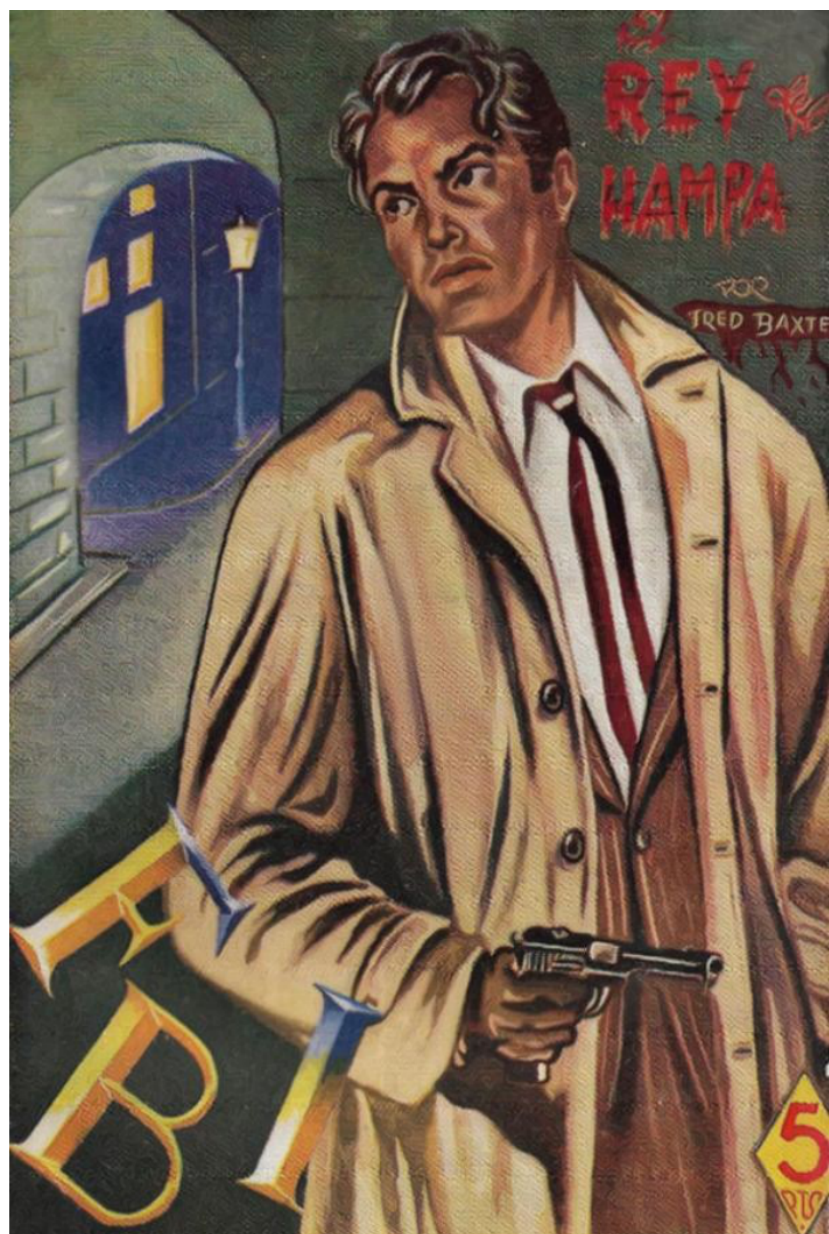




FRED BAXTER

EL REY DEL HAMPA

(SEGUNDA EDICION)





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.^a edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.^a edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.^a edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.

En preparación:

SU ALTEZA EL LADRÓN.
SHANGHAI.
ESPIAS EN LA NOCHE.
T A N G E R
LA RUTA DE LA LOCURA.

I

EL HOMBRE QUE ODIABA A LA NIEBLA



EMPTON era un hombre que odiaba la niebla y había de dejado de ser marinero por su causa debido a que un día, haciendo maniobras en Chicago, estrelló la popa del buque contra el muelle y el accidente costó la vida a dos personas. Aunque de esto ya pasaran cinco años, Kempton seguía odiando la niebla.

Aquella tarde estaba en los malecones de San Francisco, contemplando la entrada de un barco cuya sirena no dejaba de sonar. De vez en cuando le gustaba acercarse a los muelles y ver de cerca las operaciones marineras. También este día había niebla, y Kempton, levantando el puño, murmuró una sorda amenaza contra

ella.

Era un hombre extraño James Kempton. Nadie sabía cuáles eran sus medios de vida, pero a él nunca le faltaba dinero en el bolsillo. Solía recorrer el barrio chino de punta a punta, y en todas partes era conocido. Para la Policía resultaba un hombre muy útil, porque conocía a todo el mundo, y cuando se suscitaba alguna duda, decían: «Llamad a Kempton», y Kempton acudía solícito y voluntarioso y aclaraba el enredo.

Kempton no tenía amigos ni familia; vagabundeaba continuamente por los muelles, comía a bordo de cualquier buque, pagando la hospitalidad con sus historias rebosantes de humorismo, que los marineros escuchaban con la mayor atención. Los mismos, insensibles al halago, indiferentes a todo aquello que tuviera color local, oían de buena gana a Kempton hablar de Shanghái y de Singapoore, o de Hong Kong y Ceylán, y conste que el bueno de Kempton jamás había pasado del Golfo de Méjico, pero era maestro en el arte de urdir historias ajenas, a las que daba su propia personalidad.

Este hombre se buscaba la vida a fuerza de charla, pero sus chismes no hacían daño a nadie; al contrario, sus consejos solían servir de mucho a los que carecían de experiencia. ¿Qué influjo misterioso envolvía la vida de Kempton para obligarle a vivir sin trabajar y a expensas de humillantes limosnas, siendo, como era, un hombre sano y fuerte, que aún no había cumplido los cuarenta años?

Solía dormir en un tenderete del barrio chino, entre unas lonas, envuelto en trapajos, y, apenas amanecía, se levantaba y acudía al puerto a ver entrar o salir los barcos. No podía olvidar que él había sido marinero, y que ya no lo volvería a ser más, porque lo había jurado y él no era capaz de faltar a un juramento. Por la maldita niebla murieron dos personas siendo él timonel del «Edgemont» y bastó esto para que renunciara a su empleo y, desde entonces, no volvió a trabajar. Tal vez se crea que lo hacía por pereza o por negligencia; nada de eso. Su idiosincrasia sufrió una brusca transformación, y con aquel cambio perdió el carácter: pero Kempton no era malo. Jamás había denunciado a nadie, y aunque se codeaba con la resaca de los siete mares, miraba a todos con indiferencia, y lo mismo hablaba con el perdulario, el hampón, el

bohemio o el burgués, que con el simple limpiabotas; para él todos eran iguales. Cuando en la comisaría le preguntaban algún dato, siempre respondía adecuadamente, menos cuando se trataba de acusar a alguien; entonces respondía: «Si soy incapaz de conocer mi vida, ¿cómo quieren que conozca la de los demás?».

Y Kempton, que no tenía nada, que carecía de todo, encontró un día a un ser que era más pobre que él. Se trataba de un perro abandonado, que se había quedado en tierra mientras el barco en que vino zarpaba en una mañana de niebla. Y aquel pobre animalito cambió por completo la vida de Kempton, el indiferente.

Cuidó al perro con todo el cariño que no había dado a nadie, tratándolo con tal mimo, que cuando se ensuciaba un poco por haber estado jugando con otros perros, al momento lo bañaba, provocando este acto burlones comentarios en el barrio chino, toda vez que Kempton era muy poco cuidadoso de su higiene personal.

El perro era su inseparable compañero, y lo llevaba consigo a todas partes; era seguro que si al perro no le dejaban pasar en algún lado, tampoco entraría Kempton.

Los marineros querían al perro, y éste se quedaba mirando a los barcos como si en alguno de ellos quisiera reconocer al que le sirviera de hogar.

Kempton, huraño muchas veces, apocado casi siempre y sin voluntad propia en todo momento, se había vuelto locuaz y decidido desde que tenía al perro.

¿Es posible que un animal consiga hacer cambiar el carácter de un hombre?

En este caso sucedió así. El hombre y el animal llegaron a formar una cosa sola. Y esta historia no se hubiera escrito jamás de no surgir este perro, que convirtió a un hombre sin voluntad en el impulsivo más grande que conoció el barrio chino de San Francisco de California.

Y los hechos ocurrieron de este modo:

Cierto día, Kempton tuvo un pequeño descuido, cosas sin importancia que tienen que suceder y suceden. Dejó al perro jugando en una plazoleta con otros perros, mientras él penetraba en la tienda de Wang Po a leer el periódico. Poco le interesaban las noticias de política, ni los deportes, ni las conflagraciones; pero esta vez encontró algo que llamó su atención. Era una crónica del «Day

New», que hablaba de la «Trata de blancas».

Kempton se quedó pensativo; él no sabía muy bien lo que era aquello, y se lo preguntó al chino, y Wang Po, con su sencillo graficismo, explicó:

—Son muchachas que compran para atraer clientes en las casas elegantes de diversiones. Empiezan cantando y terminan llorando. En China no hay eso, y dicen que estamos atrasados.

Kempton comprendió; y él, que sólo leía la vida marítima, volvió a leer aquel artículo, y lo estuvo delectando durante un buen rato; pero, de pronto, arrojó el periódico y salió corriendo. Le extrañaba no ver al perro y que no hubiese venido a su encuentro, como hacía siempre.

A grandes pasos recorrió la calle sin contestar a los saludos que le prodigaban al pasar. Iba llamando al perro, y había en su voz, siempre serena, un temblor de emoción.

Se detuvo mirando a todos lados. En aquella pequeña plazoleta adornada con algunos macizos de hierba y varios abetos, recordaba haber visto a su perro jugando con otros, pero ahora no estaba. Le llamó de nuevo y le temblaba la voz al hacerlo.

Dos veces en su vida había sentido la extraña sensación de vacío que nos hace pensar que caemos en un abismo: la primera, cuando por su imprudencia y por la niebla la popa de su buque quitó la vida a dos personas, y la segunda la sentía ahora, al experimentar la angustia de la soledad.

Sin perder la esperanza, siguió caminando. Preguntó a varias personas por su perro, más todas se encogían de hombros, demostrando la mayor indiferencia.

Desalentado, confuso, lleno de pesadumbre, paróse, buscando lo que no podía encontrar, y en aquel momento se le acercó un arrapiezo, que con su media lengua le dijo:

—Su perro está allí —y señalaba la plazoleta.

Retrocedió ligero, bailándole los ojos de esperanza y de incontenible regocijo, y llegó a la plazoleta por la que acababa de pasar. No le costó mucho trabajo encontrarlo. Sí, allí estaba su perro, tirado entre las hierbas, pero ¡muerto!

El rostro de Kempton se convirtió en una máscara. Se achicaron sus ojos y se crisparon sus puños. Durante unos segundos permaneció rígido, como si hubiera recibido un mazazo; mordiéndose

los labios y murmuró algo incomprensible. De pronto inclinóse junto al cadáver del perro y lo recogió con suavidad maternal. Sus ropas se mancharon de sangre, aún caliente, pero él no se fijó en eso; sólo vio que su pobre perrito había sido muerto de una terrible cuchillada.

Empezó a caminar como un autómatas, llevando al animal en sus brazos, y en los ojos de aquel hombre brillaron dos lágrimas.

Recorrió todo el callejón lateral que conduce a las afueras, y en un solar se detuvo. Pidió una pala prestada y, silenciosamente, cavó una pequeña fosa, en la que depositó el cuerpo de su perro. Cuando hubo terminado la tarea, sus labios se plegaron en una mueca, y, cerrando el puño, amenazó al barrio chino como amenazaba a la niebla.

Después se perdió en la ciudad, y durante algunos días no volvieron a verlo, pero acudía siempre al promontorio, y su mirada parecía recorrer, casa por casa, aquel rincón del vicio, maldiciendo al barrio chino como maldecía a la niebla causante de su desgracia.

Y he aquí cómo este hombre, que hubiera dado muerte al que mató a su perro, se convirtió en enemigo del barrio chino, y, junto con su odio, llevaba también una promesa: la de realizar algún día la venganza colectiva contra los habitantes de aquel barrio maldito.

Y el Destino le salió al paso para que pudiese cumplir su deseo...

En una gran ciudad de mercaderes todo es vendible si el comprador paga bien, y nunca faltan testaferros. La Policía tropezó con las dificultades e inconvenientes del que camina a oscuras.

Días después, George Tunat, el audaz periodista que escribiera la crónica acusatoria, era encontrado muerto de un balazo a la entrada de su domicilio. Tampoco las indagatorias dieron resultado, pero este crimen reforzó la creencia de que aquella crónica tenía un fundamento.

Vino a corroborarlo una carta recibida de Méjico y dirigida a la Prefectura de Policía de Los Ángeles, en la que se denunciaba la misteriosa desaparición de la señorita Luz Malobar, hija de un acaudalado industrial de Arispe. Hubo un cambio de comunicados entre las centrales policíacas de los diversos departamentos, y se llegó a la conclusión de que existía un infamante comercio clandestino en gran escala, que era necesario localizar con toda urgencia; pero la cosa no era fácil. El hampa organizada estaba

protegida por el dinero, y los resortes policiales se estrellaban contra la estultez de los parásitos sociales.

Por aquel entonces, en el barrio chino, centro de corrupción y antesala del crimen, sucedieron hechos extraños que dieron origen a nuevas investigaciones, tan infructuosas como las anteriores. Fueron detenidas muchas personas, pero tuvieron que ser puestas en libertad por falta de pruebas.

El padre de Luz Malobar ofreció una recompensa de veinticinco mil dólares a quién le devolviera a su hija. Se pusieron en campaña los mejores detectives, que registraron el barrio chino de punta a punta, sin conseguir otro resultado que muchas molestias y gastar dinero.

El barrio tenebroso seguía guardando sus secretos, y el más profundo misterio cubría con su manto sombrío las tétricas callejas.

La ley, con sus largos tentáculos, alcanza muy lejos, y desde Washington, sede del

F. B. I.

(«Federal Bureau of Investigation»), destacaron a uno de sus más audaces agentes para que se encargara del caso. Un avión le trajo a San Francisco. Traía amplias atribuciones para proceder sin trabas y por propia iniciativa. Ya no era sólo la trata de blancas lo que había que evitar, sino también el tráfico de alcaloides.

Richard Kelly se llamaba el enviado. Era un hombre de veintiocho años, de constitución hercúlea, que había demostrado su inteligencia y decisión últimamente, en Chicago, descubriendo el robo de los planos de un motor de propulsión, hecho que originó violentos debates, por tratarse de un invento que iba a revolucionar los vuelos interoceánicos.

Richard iba decidido a dejar a buena altura el

F. B. I.,

al que se había consagrado con toda su alma. Amaba a la organización como se ama a todo aquello que nos pertenece y al que pertenecemos. Para él no había nada que pudiera estar por encima del

F. B. I.

Su entusiasmo le convertía en esclavo de la benemérita institución.

Desde que llegó a San Francisco, cuya ciudad conocía muy bien, por haber hecho en ella su servicio militar, dedicóse a visitar el

barrio chino. Iba vestido con ropas muy usadas, fumaba en pipa, hablaba mal de la Policía y afirmaba buscar un trabajo bien retribuido, porque él no se dejaba explotar por nadie.

Frecuentó lupanares y fumadores de opio, y en todas partes procuró hacerse de amistades. Dijo que venía de Alaska, en donde había sido minero, y que tal vez embarcase para Australia, en donde tenía buenos amigos.

Richard era uno de esos hombres que, según la popular expresión, no dan puntada sin nudo; procuraba siempre pisar sobre seguro, y no se exponía a cometer imprudencias. No ignoraba que el barrio chino, centro de intrigas y forja de asesinos, estaba infestado de rufianes, y que un paso en falso podía conducirle a la muerte. Sus superiores confiaban en él y no quería defraudarles. Entre cincuenta hombres distinguidos y capaces de hechos asombrosos, había sido elegido para desempeñar aquel peligroso cargo, que podía ser el último episodio de su vida.

Un agente del

F. B. I.,

debe poseer tres cualidades: bravura, inteligencia y astucia.

Richard era un ciego instrumento de su carácter. Desde el primer instante comprendió que sus investigaciones tropezarían con la hostilidad de la desconfianza, y empezó por tratar de borrarla, y para ello, durante algunos días, fue un hampón más que provocó reyertas, demostrando sus condiciones de buen pugilista; bebió en tabernuchos de mala muerte, bailó el último fox en los «*dancing-hall*» más concurridos por la resaca de los siete mares y hasta fue detenido y tuvo que pagar multa por escándalo. Preparaba el terreno para operaciones de más envergaduras, y así como algunos indeseables saben cubrirse con la máscara de personas decentes, él no tenía inconveniente en disfrazarse de indeseable, mostrando en sus actos, sabiamente estudiados, un carácter endiablado y una indiferencia ciega a toda reforma; es decir, que pretendía hacer creer que era uno más entre todos aquellos miserables que formaban la temible resaca del barrio chino.

Richard vestía un jersey verde con un ancla en el pecho; un pañuelo de seda negro aleteaba en su cuello, y la gorra de hule con visera no bastaba para cubrir sus revueltos cabellos rubios. En sus ojos verde mar brillaba una chispita de malicia que encantaba a

ciertas mujeres que lo trataron y para las que tuvo promesas que jamás había de cumplir.

Una semana después conocía todos los tugurios y había frecuentado los principales garitos y los más elegantes «*cabarets*». Tenía un buen surtido guardarropa y cambiaba de traje con arreglo al programa diario. Sin embargo, al final de la semana se sintió un poco desconcertado. Nada había podido averiguar que le sirviera de punto de partida.

El barrio chino continuaba siendo para él un tablero de ajedrez en donde cada figura ocupaba un lugar determinado de antemano, pero el que movía los títeres seguía oculto en las sombras misteriosas de lo incierto. Comprendió que había llegado la hora de la verdad, y se dispuso a lanzarse a la aventura. Y en medio de aquella confusa vorágine le pareció encontrarse en una isla poblada por demonios...

II

EL HOMBRE QUE ODIABA A LOS PERROS

**«Todo el silencio que la noche guarda lo
llevo yo de soledad en mi alma...»**



L final de una calle tortuosa que va a desembocar en el corazón del barrio chino, se alza una casa, cuyos muros sobresalen por encima de las otras; es un moderno edificio de hierro y cemento construido recientemente y destinado en su mayor parte a oficina. Le llaman «La casa del reloj»,

porque en su frontispicio, y en la parte más alta, campea una esfera luminosa que señala las horas a los trasnochadores.

En la parte baja, o sea en el sótano, funciona un «*music-hall*», en donde el lujo y la alegría se dan la mano.

Aquella noche penetró un hombre que debía tener cuenta corriente con la casa, porque bebió un par de copas, invitó después a unos amigos y se alejó sin abonar el gasto y sin que el «barman» le llamara la atención.

Este individuo era de aspecto repelente, y en lo físico un verdadero gorila, de brazos largos, anchas espaldas y mandíbulas cuadradas. Se llamaba Jim Wedrods, aunque todo el mundo le conocía por «el Campeón», y es que unos años antes había alcanzado el campeonato de boxeo de los pesos medios. Su carrera pugilista seguramente hubiera sido brillante sin el accidente que sufrió cierto día, en que un perro lobo le mutiló la mano izquierda de un mordisco, dejándole tres dedos cercenados; tuvieron que amputarle la mitad del índice, anular y mayor; desde entonces este sujeto tomó un odio a muerte a los perros.

A pesar de su defecto físico, «el Campeón» seguía siendo un enemigo temible, y en el barrio chino eran pocos los que no le temían. Se decía incluso que acaudillaba una banda de «gángsters» que protegía a los que pagaban, los cuales estaban libres de sus fechorías.

«El Campeón», alma turbia y criminal, tenía en su haber muchos delitos, pero nunca pudieron probarle nada. Alardeaba de estar protegido por el hombre más poderoso del barrio chino, y a este nadie le conocía; no ignoraban que se trataba de «La casa del reloj» y de un fumadero de opio situado una manzana más abajo, en el cruce de la calle Monterrey; pero este caballero no se dejaba ver a menudo, y siempre procuraba salir por una, puerta falsa que daba a un oscuro callejón, en donde le aguardaba un lujoso «Hudson» pintado de gris.

El expugilista anduvo dando vueltas por el «*music-hall*» hasta que tropezó con una chica pintarrajeada, de traje muy descotado y ademanes provocativos. Era Helen Hurley, una cancionista que estuvo muy en boga en sus buenos tiempos, venida a menos por haber perdido la voz.

—¿Qué hay, «Campeón»? —preguntó, señalando un asiento—.

¿Dónde andas tan perdido? Hace una eternidad que no te veo.

—Sólo dos días, preciosa.

En aquel salón del placer casi todos se conocían, porque casi siempre eran los mismos. Un público heterogéneo y anodino rendía culto al vicio desenfrenadamente. Al fondo había un reservado, al que se pasaba por una puertecilla disimulada debajo del palco de la orquesta. Allí acudían los cocainómanos empedernidos, seguros de la impunidad, porque el piso era movable y se elevaba por medio de unas palancas accionadas por un motor invisible. Cuando la Policía llegaba para hacer un registro se encontraba con un inofensivo salón de lectura, casi siempre desierto, y los esclavos de la droga estaban sobre sus cabezas disfrutando de sus artificiales sueños.

—¿No has visto a Lazary? —preguntó «el Campeón», tomando asiento.

—Sí; estuvo hace un rato, pero se ha marchado.

Iba el hombre a decir algo, cuando se acercó una de las camareras, diciendo:

—Le llaman del piso.

Salió «el Campeón» contoneándose, con su modo de andar característico de perdonavidas, contestando con la mano a los saludos de sus amigos y admiradores. El ascensor le llevó al tercer piso, cruzó el pasillo y penetró, después de llamar a una puerta, en un elegante departamento, al fondo del cual había dos amplias habitaciones amuebladas con especial esmero. En una de ellas estaba un hombre de mediana edad, rodeado de otros cuatro individuos tan mal encarados como el que acababa de entrar. Aquel hombre usaba una barba recortada y lentes con armadura de oro. Su aspecto patriarcal hubiera engañado a cualquiera y, sin embargo, bajo su mando se movían todos los secretos mecanismos del barrio chino. Sonreía a menudo y su sonrisa mostraba unos dientes blancos y afilados, como los de un lobeño. Los «gángsters» le conocían con el nombre de «el Patrón».

Sobre la mesa de caoba con relieves había un frasco de ginebra y varias copas. A una señal del amo, «el Campeón» no se hizo rogar y se sirvió, bebiendo con avidez. Después de pasarse la mano por los labios, sentóse, lanzando un suspiro de satisfacción.

—Tengo que reñirte, Jim —dijo el jefe con voz metálica, una voz difícil de olvidar después de ser escuchada una vez—; has

vuelto a ensañarte con esos pobres animales, que no se meten con nadie. He sabido que mataste de un tiro al perro esquimal del chino Wong Po; tuve que indemnizarle, porque intentaba denunciarte a la Policía.

—A ese chino delator cualquier día lo degüello.

—Tú no matarás a nadie si yo no te lo ordeno. Wong Po tiene toda la razón del mundo, y no sé cuándo se te va a quitar esa manía de matar perros.

—No lo puedo remediar, patrón; es algo más fuerte que mi voluntad; en cuanto veo un perro se me crisan los nervios y ya no soy dueño de mí.

—Pues eso te costará caro; recuerda lo que pasó cuando fuiste al circo y empezaste a balazos con la perrada que trabajaba en la pista; tuve que pagar una fianza de mil dólares, y yo no estoy para andar desembolsando dinero todos los días por tu culpa; en cuanto vuelva a suceder, te dejo que te las arregles solo; me pones en evidencia, y mis abogados se cansan de intervenir en asuntos de esa clase. ¡Cállate! No digas nada, porque ya está dicho todo.

«El Patrón» llenó las copas, los dejó que bebiesen, y después de encender un habano, dijo así:

—Os he reunido, como jefes de «gang» que sois, para daros mis instrucciones. El artículo del tipo ese del «Day New» armó tremendo revuelo, y hay que estar con los ojos abiertos, porque me temo que intervenga el

F. B. I.

Si eso sucediera, habrá lucha sin cuartel, porque yo no estoy dispuesto a cesar en mis actividades, en las que llevo empleado mucho dinero. Ahora bien: desde hoy, mi secretario particular, míster Marston, os dará las instrucciones. Escuchadme bien: de Manila ha salido un barco, el «Newcastle», conduciendo «mercadería». Vienen veinte lindas muchachas de ojillos oblicuos y piel aceitunada para servir en nuestros «cabarets». También viene algo de «coca» y un poco de opio. Como veis, la carga es peligrosa y hay que tomar precauciones. Es muy posible que los agentes secretos, que están desparramados por todo el Inundo, como una mala semilla, hayan averiguado algo, y para evitar funestas posibilidades, ya di orden de que otro buque salga al encuentro del «Newcastle» al pasar el Ecuador y se haga cargo de la mercadería.

Este buque se llama «Hatteras», y llegará a este puerto dentro de tres días. Debéis estar al cuidado en unas lanchas, procurando escoltar a las chicas. Llevad las ametralladoras, y nada de vacilaciones; si hay peligro, tirad a matar. Otra cosa: he sabido que El Cuerno de Oro pretende hacerme la competencia. Ponedle dificultades, y no os importe lo que suceda; tengo buenos abogados y suficiente dinero para sacaros de apuros si llegara el caso. Tú, Randolph, reúne a tu gente y estate preparado; lo mismo te digo, Cassat; y en cuanto a ti, Lazary, busca más elementos, porque los vamos a necesitar.

Dicho esto, abrió el cajón y entregó a cada uno un puñado de billetes, agregando:

—Ahí tenéis algo a cuenta. Podéis marcharos. Tú, «Campeón», quédate. ¡Ah, me olvidaba, Nick! Vigíleme al chino Wong. No es peligroso, pero habla demasiado. Supongo que con una advertencia tendrá bastante, pues ya sabe cómo las gastamos.

Nick hizo una inclinación de cabeza y los cuatro «gángsters» salieron.

Cuando «el Patrón» quedó solo con Jim, le indicó que cerrara la puerta, y tan pronto lo hubo hecho, agregó:

En el «Hatteras» viene de piloto Holberg, que ya te conoce. Mientras desembarcan a las chicas, descolgará por la parte de popa una cesta llena de cajas de betún.

—¿Betún, patrón? —exclamó el «gángster», en el colmo del asombro.

—No todo es betún. Ahí viene la «coca» y el opio. Tú te encargas de traerlo aquí y se lo entregas a Kandy. ¿Comprendido?

—Desde luego, de cabo a rabo.

—Pues a ver cómo te portas, y no vayas a cometer imprudencias, que la cosa está muy delicada. Y ahora, lárgate.

Apenas «el Campeón» salió, aquel hombre cerró la puerta del pasillo, se cambió la ropa, y despojándose de la barba postiza y de los lentes, tocó un botón que había al fondo del aposento. Se abrió un cuadrado en el piso, apareciendo una escalera por la que descendió al piso inferior. Poco después salía de aquella oficina, en cuya puerta había una chapa con el siguiente letrero: «La Marítima. Agencia de Seguros».

«El Campeón» era un hombre muy peligroso; habitante de un

barrio peor, era un ser sin escrúpulos, sin fe en nada ni en nadie; pirata moderno de todas las especies, jugador ventajista si estaba sin dinero, contrabandista o asesino a sueldo; delinquía de todas las formas imaginables cuando y como quisiera. Si el caso se presentaba, aquel bribón también sabía ser tan suave como la seda, persuasivo como cualquier hipócrita redomado y matemático como el primero, pero siempre salvaje en grado sumo. En sus ojos grises, ojos felinos, había constantemente una señal de peligro, lo mismo que en el corte de sus mandíbulas cuadradas. Se complacía en afirmar que a él nadie le ganaba en bravura y en valor, y hasta usaba una frase repetida con exceso: «Soy el diablo del barrio chino», y muchos habían llegado a creerlo.

Al volver a penetrar en el «*music-hall*» encontró a su amiga Helen acompañada de un parroquiano que venía todas las noches. Se llamaba Peddy, y era un hombre joven, que derrochaba la fortuna de «papá» a manos llenas. Peddy le había traído a Helen un obsequio: un perrito de trapo con ojos de cristal que era una verdadera monada.

Apenas «el Campeón» vio el juguete sobre la mesa, le sacudió un manotazo, arrojándolo a varios pasos de distancia. Peddy no era ningún valiente, pero ¿qué hombre se contiene delante de una dama, aunque ésta sea de la clase de Helen Hurley? Sintió el mozo hervir la sangre en las venas y se encaró con el matón, llamándole algo denigrante y tan ofensivo, que el exboxeador usó su puño derecho con tal fuerza que Peddy fue a reunirse con el perrito de trapo.

Salió Peddy, mohíno y avergonzado, pero jurando venganza. Helen volvióse diciendo:

—¡Eres un bruto, «Campeón», y nunca podrás remediarlo!

El «gángster» le volvió la espalda, encogiéndose de hombros, mientras ella recogía el perrito de trapo.

«El Campeón» salió a la calle, maldiciendo aquel odio loco que profesaba a los perros, aunque fuesen de trapo. Al pasar frente a la tienda de Wong se detuvo a escuchar. Alguien que no era chino estaba hablando con el amarillo. Creyó reconocer aquella voz. ¿Dónde la había oído? Prestó atención y hasta él llegó parte del diálogo:

—¿Y dices que mató a tu perro?

—Sí. Le pegó un tiro, y eso que el animal no le hacía nada. Yo pensaba denunciarlo, pero el abogado, míster Stonjosky, me mandó cien dólares, diciéndome que olvidara el percance y que comprase otro perro.

«El Campeón» crispó los puños, rechinando los dientes.

Alejóse calle abajo, sin observar que era seguido por un hombre que no le perdía pisada. Iba abstraído, pensando en aquella voz que acababa de escuchar, y su memoria no le ayudaba; no podía recordar; sin embargo, estaba seguro de haberla oído en otra ocasión. Pero ¿dónde?

El «gángster» se detuvo junto a un farol. Las siniestras siluetas de los edificios del barrio chino destacaban sus moles sombrías en el fondo borroso de la noche. La luz del farol plateaba el fango. Hasta él llegaban las armonías de un «jazz-band». Encendió un cigarrillo y siguió caminando, siempre seguido por el misterioso desconocido.

De pronto, junto a él cruzó un perro, uno de esos perros sin dueño que ambulan por las calles buscando un cobijo en donde descansar de sus correrías. «El Campeón», al verlo, desenfundó la pistola y, sin pensar en lo que hacía impulsado por aquel odio ciego que le dominaba, disparó contra el animal, rompiéndole una pata. El pobre can, lanzando un prolongado aullido de dolor, alejóse cojeando. Iba el «gángster» a repetir la hazaña, disparando de nuevo, cuando sintió los pasos de la pareja de guardias y, entonces corrió a ocultarse y desapareció por una puertecilla que estaba entornada y que se cerró al pasar él.

El hombre que le había venido siguiendo llegó hasta donde estaba el perro, se inclinó sobre él y ya se disponía a curarle la pata rota, cuando los policías llegaron a su lado.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó uno.

—¿Contra quién disparó? —agregó el otro.

El hombre incorporóse y, tras explicar lo sucedido, les mostró una insignia que llevaba en el bolsillo y los dos guardias se alejaron, después de saludarle militarmente.

Richard Kelly, pues era él, entablilló la pata del perro con dos palitos, y después de vendársela con su pañuelo, llevóle consigo, buscó un «taxi» y se hizo conducir a la calle del Mercado, en donde se hallaba instalada la Sociedad Protectora de Animales. Allí dejó al perro y un billete de Banco, con el encargo de que lo cuidaran bien.

—Volveré a buscarle —agregó—; se llama... «Solitario»...

Las acciones buenas o malas retratan al hombre de cuerpo entero. El agente del

F. B. I.,

había abandonado una pista por atender a un perro herido, a un perro sin dueño.

Al día siguiente, paseaba por el suntuoso Golden Gate Park, cuando vio a un hombre sentado en un banco, que parecía meditar profundamente. Richard era un gran psicólogo y sabía leer en los rostros de los hombres. Desde el primer momento supo o creyó adivinar que se hallaba en presencia de un vencido por la vida. Se le quedó mirando un instante, y por fin se sentó a su lado. El atuendo de aquel individuo, aunque paupérrimo, era limpio. Había en su persona algo que la miseria no pudo borrar: estaba recién afeitado y la camisa había sido lavada recientemente.

—Buen tiempo —dijo Richard, por decir algo.

El hombre levantó la cabeza y, mirando a su vecino de asiento con la mayor indiferencia, respondió:

—Si no fuese esta maldita niebla.

—¿Le molesta?

—La odio. Y por odiarla —agregó violento—, me gustaría vivir en los trópicos.

—Parece usted preocupado por alguna pena.

—¿Quién no la tiene? Bueno, pero ¿quién es usted y por qué quiere mezclarse en mi vida? Siga su camino y déjeme en paz. Yo no quiero tener amigos, ni busco la compasión de nadie. Amaba al barrio chino como a parte de mi ser, y ahora lo aborrezco.

Richard se sintió atraído por aquel hombre extraño que parecía poseer cierta cultura y lo siguió estudiando. Vio en él a uno de esos seres que han sufrido muchas contrariedades en la vida y que luchan en vano contra la corriente que los arrastra; adivinó en aquel extraño personaje a un ser sin voluntad, pero lleno de buenos sentimientos y sin saber por qué, deseó con toda su alma ser su amigo.

Formaban una buena pareja, pues casi eran de la misma estatura y de idéntico peso, aunque Richard, mucho más joven, mostraba la bizarría que presta la juventud.

El desconocido tenía los ojos negros, lo mismo que el cabello,

pero por las sienes aparecían algunas canas.

—No se enfade —dijo Richard—, ni desconfíe de mí, y si puedo ayudarle, lo haré.

El hombre sonrió con tristeza, diciendo:

—Sólo inspiro lástima; pero sepa que aún no he caído tan bajo para que no pueda valirme por mis propios medios. Todos tenemos una misión que cumplir en la tierra y la esperanza de lograr mi anhelo, es lo que me da fuerzas para seguir viviendo. Usted no parece ser de los que luchan para conseguir algo; usted es, sin duda, de los que ya lo tienen todo.

Richard vestía una gabardina nueva y un flexible de Filadelfia; calzaba zapatos nuevos y llevaba corbata de seda. Aquel indumento fue el que desorientó al hombre que aborrecía a la niebla.

—Se equivoca, amigo —repuso Richard—; yo también lucho por algo que espero alcanzar; no soy uno de esos zánganos que vegetan eternamente en su mundo de quimeras, y para que vea que nuestros ideales se asemejan, le diré que aborrezco al barrio chino. Anoche estuve en él; soy muy curioso y me gusta observar. Paseaba siguiendo a un tipo raro que llamó mi atención cuando vi que disparaba contra un pobre perrito al que rompió una pata. Aquel malvado logró huir, escabullándose no sé cómo, y entonces yo me acerqué al animal, curé herida lo mejor que pude y lo llevé a la Sociedad Protectora de Animales para que lo atendiesen como es debido.

El hombre, al escuchar estas palabras, volvióse a Richard, y, extendiendo la mano, le dijo:

—Si mi amistad le sirve de algo, aquí está mi mano. Los hombres que piensan como usted, comprendo que aborrezcan al barrio chino; me llamo James Kempton, y «todo el silencio que la noche guarda lo llevo yo de soledad en mi alma». También yo tenía un perro y me lo mataron; desde entonces soy otro; antes sólo odiaba a la niebla; ahora mi odio abarca a todo ese barrio maldito que está lleno de cobardes y traidores, de traficantes inhumanos y de gentuza despreciable. Anoche estuve hablando con Wong, un chino mercader de antigüedades, y me dijo que también a él le mataron su perro; pero un abogado de «La casa del reloj» le envió cien dólares para que no denunciase el hecho a la Policía. Creo que el hombre a quién usted vio anoche disparar contra el perrito es el

mismo que mató al mío. Y si es él —agregó con voz sorda—, lo mataré donde lo encuentre; no podrá escapar, porque el barrio chino no tiene secretos para mí; conozco hasta el más oculto rincón...

Richard celebró su buena fortuna por haber tropezado con aquel hombre, que podía ser su cicerone entre aquel tráfico confuso de mercaderes en donde todo era vendible.

Los esbeltos eucaliptos agitaban sus ramas como haciendo cortesías, y los pinos enanos, semejando abiertos paraguas, sombreaban en el parque a las sencillas violetas, mientras los cimbreantes abetos, como mágicos abanicos, se movían en perezoso vaivén. En aquel parque versallesco se reunían las parejas de enamorados y paseaban por las grutas artificiales buscando la suave penumbra a salvo de miradas indiscretas; pero el guardián vigilante aparecía de improviso rompiendo el encanto del idilio.

—Creo, querido amigo —dijo Richard—, y permítame que le dé ese nombre, que la suerte nos ha reunido para que podamos llevar a cabo una gran obra vindicadora y justiciera. Yo paro en la Avenida Van Ness, en el hotel Majestic; venga a verme y nos pondremos de acuerdo. Usted necesita ropas y buena alimentación para conseguir el optimismo que le falta. Esta noche, a las diez, venga a cenar; pregunte por el señor Kelly. Aquí tiene este dinero para que se vista como es debido. Después iremos a recoger a «Solitario»; es un precioso «foxterrier», que también está precisando vitaminas.

James Kempton demostró su gratitud con estas extrañas palabras:

—Ya se va disipando la niebla, y es posible que el buen sol seque el cieno que enfanga las calles del barrio chino. Iré a verle esta noche; pero...

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué confía en mí y me entrega este dinero? Usted no me conoce.

—Acabo de conocerlo.

Hubo un apretón de manos y se separaron. Richard estaba seguro de haber conseguido un buen colaborador. Confiaba ciegamente en aquel hombre, cuya historia debía encerrar sangrientos episodios. Por lo visto, el barrio chino no tenía secretos para él, y esto era precisamente lo que el astuto agente del

F. B. I.,
necesitaba.

Dirigióse al hotel y, encerrándose en su aposento, telefoneó a la Prefectura del puerto. Hubo un cambio de frases, y a continuación, una voz explicó lo siguiente:

—Se espera la llegada del «Newcastle» procedente de Manila. Informan que su cargamento es... (aquí una palabra convenida). Llegará pasado mañana.

Los agentes del

F. B. I.,
habían recibido órdenes terminantes para reprimir con mano dura cualquier transgresión de la ley. Después de los hechos ocurridos, la lucha tenía que ser sin cuartel. El hampa del barrio chino estaba bien organizada y hasta entonces había logrado librarse de todas las persecuciones; pero de pronto se pudo observar que fallaban los resortes de la máquina criminal, y un hálito de temor llegó hasta las filas asalariadas de los «gángsters».

Una noche llegó al «*dancing-hall*», de «La casa del reloj», un hombre desconocido para los contertulios; pero que debía estar enterado de lo que allí pasaba, porque habló en voz baja con uno de los camareros, y le dijo que quería fumar una pipa.

—Me manda un amigo, y pagaré bien —agregó—. Vengo de Shanghái y estoy acostumbrado a «eso». No puedo vivir sin él.

—Espere un momento —respondió el empleado—; siéntese y tome cualquier cosa mientras tanto.

Kandy, el gerente de aquella sala de diversiones, escuchó al camarero y estuvo observando al nuevo cliente. Por regla general, no ponían reparos a los que querían penetrar en el fumadero de opio que estaba atendido por tres chinos; pero aquella noche se habían recibido nuevas instrucciones y la desconfianza reinaba en el local; sin embargo, un hombre sólo era fácil de dominar y el desconocido fue autorizado a pasar al reservado de los placeres artificiales.

Abrióse la puertecilla secreta y el hombre se introdujo en el lóbrego recinto. La luz verde de las lámparas daba a los objetos un tinte espectral y macabro. Cuatro filas de literas semejabán lechos de fantasmas. En algunas de ellas veíase al ocupante sumido en un sueño ficticio lleno de falsas visiones. Los cuerpos estremecidos por

la droga, se contorsionaban hasta quedar inmóviles. La respiración era agitada y algunas veces ronca. Poseídos de delirios, aquellos hombres reían en sueños y hablaban con voz sorda, incomprensible.

Cada litera parecía un féretro, y acaso no fuese otra cosa. Los desdichados, vencidos por la droga, habían terminado por sucumbir y alejados de la realidad sumidos en la amodorradora somnolencia, con todos los nervios destrozados y el corazón agitado, pasaban por un espasmo estremecedor y frenético, disfrutando momentáneamente de una ilusión fugaz y conturbadora que los transportaba a regiones de ensueño, y veían jardines maravillosos, mujeres hermosas, palacios soberbios y cuánto la Imaginación humana puede forjar con el pensamiento, porque los efectos de la droga no eran otra cosa que la reproducción de una idea forjada antes de hundirse en el profundo sopor.

A la cabecera de cada lecho había una mesita con todo lo necesario para una droga: la pipa, ya preparada; la lamparilla, el paño para limpiar el sudor que los primeros efectos provocaban y hasta una jarra de agua y un vaso para saciar la sed al despertar del letargo.

El nuevo cliente solicitó de uno de los chinos una litera, pagó lo estipulado y fue a tenderse tranquilamente; pero tuvo buen cuidado al encender la pipa de no aspirar el humo. El narcótico se fue consumiendo poco a poco, sin que produjera los efectos acostumbrados.

Los chinos permanecían detrás de un biombo, jugando a los naipes. Ya sabía aproximadamente cuándo tenían que intervenir y lo que duraba cada letargo.

Cuando alguno se levantaba vacilante, con los ojos desorbitados y la mirada perdida en el vacío, lo acompañaban hasta dejarlo en un pasillo, y entonces otro chino lo conducía por una salida secreta que iba a dar al fondo del edificio y el opiómano se encontraba de pronto en una calle sin saber cómo... Para volver a entrar era necesario hacerlo por él «*dancing*».

Todo estaba organizado en forma que no pudieran ser sorprendidos. El fumadero disfrazaba sus actividades siniestras, bajo la máscara de una sala de diversiones.

El hombre que había entrado último, miraba de vez en vez a su alrededor, y aunque fingía estar dormido, no perdía un solo detalle

de lo que pasaba allí dentro. Las horribles muecas de aquellos seres le producían verdadera repugnancia. De pronto escuchó al que estaba cerca de él. Hablaba en voz baja; pero sus palabras resultaban incomprensibles casi por completo; sólo alguna que otra podía ser captada trabajosamente. Era un murmullo confuso, mezclado con leves silbidos y un respirar afanoso. Puso toda su atención en escuchar, y sacó en consecuencia que aquel hombre era extranjero y hablaba en una jerigonza endiablada. Nuestro hombre había venido a espiar y sólo a un agente del

F. B. I.,

se le podía ocurrir introducirse voluntariamente en aquel antro del infierno, porque el curioso observador era Richard en persona. Con un ojo cerrado y otro abierto estuvo un buen rato; vio marcharse a un individuo y cómo lo acompañaban hasta dejarlo al otro lado de una puertecilla cubierta con espesos cortinajes.

El que estaba cerca de él despertó de pronto y medio se incorporó, quedando sentado en la litera. Frotóse los ojos, estiró los brazos en un lánguido desperezo, y mirando la jarra de agua, se apoderó de ella y bebió un buen trago. Después se puso en pie, recogió el sombrero, y dando unos pasos, aguardó a que le abriesen la puerta, y como una sombra se hundió por ella.

Richard nunca había presenciado aquel cuadro de angustia y de dolor. Hombres fuertes, salían como ebrios mordidos por la droga, a la que ya nunca podrían abandonar. El terrible vicio iba minando sus organismos hasta convertirlos en siluetas esqueléticas y desmadejadas, sin voluntad y sin carácter. Un aroma fuerte, penetrante, desagradable, llenaba la atmósfera, convirtiendo el fumadero en pestífera sala. Un ventilador en el techo giraba y giraba, sin conseguir desterrar aquel ambiente molesto y repulsivo. Los que estaban acostumbrados a la droga apenas lo notaban; pero Richard tenía que hacer titánicos esfuerzos para resistirlo. Miró su reloj de pulsera; pronto llegaría el momento en que la droga terminara sus efectos soporíferos, en caso de haberla aspirado. Tenía que estar alerta. Su intención al penetrar allí era conocer la salida secreta para poder oportunamente darse otra vuelta, esa vez bien acompañado.

Sintió los pasos de los chinos. Hablaban muy despacio en su ingrato lenguaje, y uno de ellos señalaba la litera donde estaba un

joven de rostro moreno, que no tendría mucho más de veinte años. Pronto había empezado a morir aquel joven, lleno de vida.

Uno de los chinos se acercó a él y le observó, haciendo señas a sus compañeros para que se acercasen. Los vio cuchichear de nuevo y mover las cabezas afirmativamente, como si se hubieran puesto de acuerdo, y de pronto, uno de ellos inclinóse y se puso a registrar al dormido. No era fácil que despertase todavía, y sus torpes manos buscaban en todos los bolsillos algo que no acababan de encontrar. El agente comprendió. Trataban de robarle; sin duda aquel hombre, en el momento de pagar, mostró demasiado dinero y la codicia había tentado a los asiáticos.

Richard no se pudo contener. Había cosas demasiado fuertes para presenciarlas sin estar dormido. Levantóse de un salto, y como por arte de magia, en su diestra apareció la automática. Al sentirlo, los tres chinos se volvieron alarmados, y uno de ellos desnudó u cuchillo de curva hoja; pero Richard, encañonándole, le dijo:

—¡Tira ese juguete o vas a, reunirte con tus respetables antepasados!

El chino debió de comprenderle, porque se apresuró a soltar el arma, que produjo un sonido metálico en los baldosines del piso.

—¡Levantad las manos bien altas y volveos de cara hacia allá! —ordenó.

Cuando le hubieron obedecido, acercóse al joven narcotizado y le volcó en el rostro la jarra de agua. Moviéndose estremecido, pero no despertó. Con una mano le hizo caer de la litera, y, una vez en el suelo, sin perder de vista al trío amarillo, trató por todos los medios de librarle de la pesada somnolencia; al ver que no lo conseguía, separóse unos pasos, diciendo al chino del cuchillo:

—Tú, despierta a este joven y procura hacerlo bien si no quieres dormir esta noche en el fondo de la bahía.

El chino fue hasta una alacena y trajo un frasco, que destapó cerca de la nariz del mozo, el cual se agitó bruscamente manoteando como un desesperado, hasta que al fin abrió los ojos. Su turbia mirada recorrió el aposento hasta detenerse en el chino. Sin decir una palabra, trató de incorporarse, pero las fuerzas no le respondieron. En aquel momento no se acordaba de nada ni sabía quién era ni por qué estaba allí. Richard indicó al chino que le diera un vaso de agua y reiteró la orden a los otros de que no se

movieran. Mientras tanto, colocaba el silenciador a su pistola por si tenía que hacer uso de ella. No se equivocaba en sus suposiciones. En un leve descuido que tuvo, uno de los chinos giró rápidamente, y, esgrimiendo un puñal, lanzólo contra él. Richard agachóse, y arma silbando su onomatopeya de muerte, fue a clavarse en el entarimado, en donde quedó vibrando bajo el impulso recibido. Sonó un chasquido y de la pistola salió un fogonazo. El chino causante de la agresión llevóse las manos al vientre, levantó la cabeza haciendo una mueca horrible, y cayó a plomo contra el piso, en donde quedó retorciéndose.

—Vamos, amigo —dijo al joven—. No hay tiempo que perder. Levántese; ésta es una tumba de hombres vivos y mata su pestilencia; y tú, Barrabás —dijo al chino, que aún tenía en la mano el vaso de agua—, ponte donde estabas y no te muevas; ya has visto lo que le pasó al Judas éste.

Richard estaba temiendo que nuevos huéspedes vinieran y se descubriera lo que estaba ocurriendo. Arrastró al joven hasta la puerta oculta por los cortinajes, y empujándolo le hizo pasar casi a viva fuerza. Los dos chinos, con los brazos en alto, permanecían asustados, y mucho más desde que cayera su compañero; pero uno de ellos había retrocedido unos pasos, tratando de alcanzar el puñal que estaba en el suelo y que él mismo había dejado caer.

—¡No te muevas aún, hijo del diablo! —le dijo Richard—; estás jugando con la muerte. Cuenta hasta veinte, y entonces podrás bajar las manos. ¡Vamos, empieza!

La voz del chino empezó a contar con acento monótono:

—Una, dos, tres, cuatro...

Richard había desaparecido y cerraba la puerta, cruzando una barra de hierro de que estaba provista. Mientras tanto, el chino había ido hasta la alacena y oprimido un timbre. Era la campana de alarma, y bien pronto el fumadero se llenaría de «gángsters».

Pero entre tanto, los dos hombres atravesaban el pasillo, siendo interceptados por otro chino, el cual, dándose cuenta de lo ocurrido, desenfundó un revólver, y cuando levantaba el brazo para disparar, sintió un impacto en el pecho y el arma saltó de sus manos.

—Tenemos que darnos prisa, amigo; pronto esto se llenará de demonios enfurecidos. ¿No tiene armas?

—No las uso nunca.

—Pues en esta ocasión son necesarias.

Richard retrocedió unos pasos, y alcanzando el revólver del chino, se lo entregó, diciendo:

—Tome y tire a matar si se ve apurado; vamos, corra. Estamos en el mismo infierno, y nuestras vidas no valen dos centavos. ¿No oye a los energúmenos?... Hasta ellos llegaban las voces de los «gángsters» y los golpes aporreando la puerta. Richard y su acompañante corrieron, y nuevamente se vieron detenidos por la terquedad de un amarillo puesto de centinela cerca de la salida. Un disparo detonó con estruendo, aumentado por el eco, y el joven lanzó un grito de dolor al sentir el brazo herido. Hizo fuego con el revólver que llevaba, pero la bala se estrelló en el techo. Afortunadamente para él, su nuevo compañero era mejor tirador, y el chino mordió el polvo.

Lograr alcanzar una lóbrega calleja, y ya se creían a salvo cuando sintieron los pasos de sus perseguidores que habían conseguido derribar la puerta. No había tiempo que perder. Subieron por una escalerilla que les condujo al tejado de una casa vecina y por la puerta de la buhardilla se introdujeron. El muchacho, a pesar de ir herido, y aún bajo los efectos de la droga, demostraba su resistencia caminando a buen paso.

Era medianoche, y el reloj cercano dio las campanadas. Descendieron apresuradamente en un montacargas, y cuando iban llegando a la manta baja, el armatoste se detuvo.

—Buena la hemos hecho —dijo Richard, enfundando la pistola —; menos mal que aquí cerca hay una escalera; veamos lo que podemos hacer.

El montacargas no tenía techo y las paredes laterales eran gruesos barrotes de madera. Una cruz de hierro, en lo alto, servía de enganche a una de las poleas. Richard, que era un gimnasta consumado, trepó con la agilidad de un simio, y una vez arriba, alargó los brazos y cogiendo al joven por las manos, le hizo elevarse a pulso. La situación seguía siendo mala; hasta la escalera había un par de yardas y no veía solución al problema, hasta que observó que por debajo del montacargas colgaba una gruesa soga doblada, que casi tocaba el suelo; lo difícil era conseguir que el muchacho pudiera seguirle. Después de meditarlo con la rapidez que el caso

requería, murmuró:

—No hay otra solución; tú quédate en el montacargas y yo voy a ver si arreglo la cosa. Esos pistoleros nos estarán buscando, y no creo que tarden mucho en tropezamos.

Hizo descender de nuevo al muchacho hasta el piso del montacargas y, pasando por entre los barrotes, descolgóse hasta alcanzar la cuerda. Después fue fácil llegar al suelo. Encontróse en un depósito de forrajes y cereales. Sacó una pequeña linterna eléctrica y, alumbrándose con ella examinó las paredes de punta a punta. Tan entretenido estaba, que no advirtió la presencia de un hombre que acababa de levantarse de un catre en donde reposaba envuelto en una manta. Era el sereno del almacén.

—¡Manos arriba! —dijo el hombre encañonando a Richard con un pesado revólver.

En las situaciones difíciles era cuando el agente del F. B. I.,

demostraba sus cualidades de astuto luchador. Volvió la linterna al rostro del guardián medio adormilado aún y, enfocado por la luz, parpadeó ligeramente. Bastó aquella pequeña vacilación para que la pistola funcionara con matemática precisión, y el hombre, alcanzado en el brazo, bajara el arma, momento que aprovechó Richard para caer sobre él y aturdirlo de un directo de izquierda tan bien medido, que el sereno cayó como si hubiera recibido un mazazo.

—Lo siento, buen hombre —dijo, recogiendo la pistola que había soltado para golpearle con el puño—; pero las circunstancias mandan.

Dio al revólver con el pie, y al volverse divisó en un rincón el cuadro de control. Sobre una palanca leyó «montacargas», y apenas la hubo bajado, el armatoste descendió suavemente.

Cuando el joven, que no salía de su sorpresa, se hubo reunido con él, sacó del bolsillo un billete de cinco dólares, y, poniéndolo en la mano del sereno, que seguía inconsciente, murmuró:

—Para que bebas un trago a mi salud y te cures ese arañazo...

Lograron abrir una puerta y salieron a la lúgubre calleja. Al fondo, se sentía el rebullir de los «gángsters» buscando como lebreles el rostro de los fugitivos. Doblaron la esquina y, arrimándose a las paredes, consiguieron hundirse en la noche...

III

LA MUCHACHA DEL RETRATO



El día siguiente, se hallaban reunidos en una de las habitaciones del «Majestic», los tres nuevos amigos, o sea Richard Kempton y el joven encontrado por aquél en el fumadero de «La casa del reloj».

—Y ahora —dijo Richard—, sepamos quién es usted. Me ha extrañado mucho encontrar a un hombre tan joven en semejante antro.

—No soy tan joven, pues tengo veintiún años.

—No los representa —repuso Kempton—, parece que tuviera diecisiete...

Richard encendió la pipa y, sentándose en el brazo del sillón,

animó a su joven amigo para que hiciera uso de la palabra; estaba seguro de que en la vida de aquel personaje tenía que haber algún misterio. Sobre un cojín se encontraba «Solitario», el perro «foxterrier» con su pata vendada. Aquel perro fue causa de que Richard lograra conquistar al adusto Kempton, que por extraña paradoja amaba todo lo contrario que aborrecía el temible «gángster» «el Campeón», y estas pequeñas circunstancias tan insignificantes unieron a tres hombres cuyas vidas dispares iban a ser paralelas desde ahora.

Mi nombre —empezó diciendo el joven— es Gerardo Malobar, y soy de Arispe, en Méjico. Hace poco desapareció mi hermana Luz, y por ciertas averiguaciones logré saber que se encontraba en el barrio chino. Gasté mucho dinero, pero mi padre es rico y tengo autorización para seguir gastando todo lo que sea necesario. No he dejado un rincón sin recorrer. Conozco los fumaderos y los «cabarets», las salas de diversiones y hasta el último tabernucho existente. No he podido dar con ella; mi hermana no parece, y, sin embargo, tengo el presentimiento de que no está lejos. Anoche me tropecé con un desconocido que se mostró muy jovial, y cenamos juntos. Consiguió persuadirme para que fuésemos a «La casa del reloj» a fumar opio; nunca lo había hecho, pero sentía la curiosidad de experimentar las extrañas sensaciones que se sienten, y como además estaba desesperado acepté la propuesta de mi nuevo amigo; lo bueno del caso fue que al despertar no lo vi en la litera que ocupaba a mi lado...

—Lo comprendo —dijo Richard—; ese amigo ocasional ha visto que llevaba usted mucho dinero encima y planeó con los chinos aprovecharse de su sueño para apoderarse de él; yo vi cómo le registraban, y fue entonces cuando intervine; no consiento que roben a nadie si puedo impedirlo. Pero siga con su relato, que me interesa.

—Poco hay que decir ya. Salí de San Diego a bordo del «Hatteras», y durante el viaje hablé con un marinero al que di algunas propinas, y él fue quien me dijo que había visto a la chica del retrato en el barrio chino.

—¿Qué retrato? —preguntó Kempton.

—Llevo el retrato de mi hermana conmigo, y se lo enseñé. Aquí lo tengo.

Sacó de su cartera una fotografía tamaño postal y la mostró agregando:

—Es un año más joven que yo.

Richard se quedó admirado de la extraordinaria belleza de aquella mujer de grandes ojos negros y rostro perfecto. Había en la armonía de sus facciones un suave atractivo lleno de misterio capaz de sorprender al más indiferente. Todas las gracias femeninas estaban representadas en aquel rostro.

—Es muy bonita —dijo Richard—, y esto nos da motivos para creer en la existencia de esa banda de ladrones de mujeres.

—Yo no estoy tan seguro de todo eso —repuso Gerardo—, porque mi hermana tenía un novio con el que se escribía a menudo, y es probable que se haya escapado con él; claro que esto son suposiciones mías. Yo vi una de esas cartas y tenía el matasellos de Yerba Buena, que es una isla que está frente a la bahía. Fui a esa isla y allí no hay ni rastros de Luz, pero no desespero de encontrarla tarde o temprano.

—¿Sabes cómo se llamaba el novio? —preguntó Richard.

—No, nunca me lo quiso decir.

—Lo mejor que puede hacer es volverse a su casa de Arispe y dejar que la Policía se ocupe del asunto.

—De ninguna manera; yo no me voy de San Francisco hasta dar con ella.

—En ese caso déjeme esa fotografía; tal vez yo pueda ayudarle, pero no quiero que estorbe mis movimientos; si me encuentra en la calle hará cuenta de que no me conoce. Nos veremos diariamente aquí en el hotel y cambiaremos impresiones.

Poco después Richard salía a la calle acompañado de Kempton; se dirigieron al cuartel general, en donde fueron recibidos por el inspector Dawson, el cual tenía noticias importantes.

En El Cuerno de Oro había sido encontrado muerto de dos balazos en el pecho un «gángster» llamado Denny Duffy, que últimamente había estado actuando en la frontera de México. La Policía de San Diego lo tenía reclamado por varios delitos. Hubo un choque entre dos «gangs» rivales. También había otras noticias: De Manilla telegrafiaban que el vapor «Newcastle», de la matrícula de Loreto, llevaba a bordo a un grupo de jovencitas embarcadas con engaños, previo contrato para actuar en condiciones ventajosas en

los teatros chinos de San Francisco. Era necesario, por tanto, esperar al barco y proceder a un registro antes de que desembarcara nadie.

—Ya hemos dado las órdenes —explicó el inspector Dawson— para que lanchas armadas de ametralladoras estén aguardando la llegada del «Newcastle» y procedan de común acuerdo con la Prefectura del puerto. Hombres armados subirán a bordo y usted con ellos, Richard. Es necesario que no falle este golpe. De Nueva York se reciben diariamente radiogramas pidiendo detalles. Están impacientes, y con razón. El contrabando de drogas sigue en auge, y ahora viene a complicar más la cosa este nuevo comercio infamante; ¿qué pasó anoche en «La casa del reloj»? Me dicen que hubo varios heridos y uno de ellos ha muerto esta mañana.

Richard se encogió de hombros, como si no supiera nada. El inspector Dawson no pertenecía al

F. B. I.

Era de la Policía provincial, probablemente un buen representante de la ley y un digno funcionario, pero Richard estaba dispuesto a llevar sus investigaciones lo más secretas posible; aún no era tiempo de hablar; no se adelantaba nada con clausurar un fumadero, si al día siguiente se abrían cuatro. Era necesario encontrar al cerebro organizador de aquel sucio negocio, y él lo encontraría. Por otra parte, tampoco estaba dispuesto a recibir órdenes de Dawson, toda vez que tenía grado superior a él y su jefe inmediato estaba en Los Ángeles; sin embargo, procuró dejar las cosas como estaban y aceptó las sugerencias como un consejo, pero no como una orden.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Dawson señalando a Kempton.

—Un colaborador mío y un amigo.

—Tenga cuidado con las amistades que elige.

—Oiga, señor —dijo Kempton—: si usted conociera el barrio chino sabría que James Kempton es una persona decente y que en varias ocasiones he prestado buenos servicios a la Policía desinteresadamente; pero usted acaba de llegar de Sacramento y aún tiene mucho que aprender.

—¡Eh!, ¿cómo se permite hablarme en ese tono? ¿Quiere ver que lo meto al calabozo por insolente?

—Un momento, Dawson —intervino Richard—, usted no es

quién para mezclarse en los asuntos míos, y es bueno que lo sepa para lo sucesivo. Desde ahora soy yo quien da las órdenes a mis hombres; por lo visto usted no se ha enterado del último Boletín de la Jefatura Le aconsejo que lo lea... pero por si no quiere molestarse, yo le puedo decir textualmente una disposición que trae en la página segunda: «Richard Kelly, inspector de primera clase, tiene amplias facultades para intervenir en el asunto D, y T., y plenos poderes para solicitar la colaboración de cualquier fuerza armada si así lo desea, lo mismo que organizar batidas o proceder a la detención de cualquier elemento sospechoso». Como usted no ignora, el asunto D, y T, se refiere a drogas y trata de blancas. Usted, amigo mío, es más bien un empleado administrativo con sueldo de inspector, y no pertenece a nuestra organización; procure, pues, permanecer al margen de todo esto y límitese exclusivamente a lo que se refiere al orden público. En cuanto a James Kempton, he tenido por conveniente considerarlo como agente honorario, y mientras dure su actuación cobrará el sueldo que corresponda. Gracias a él poseo ya algunas pistas.

Dawson se había puesto pálido y apenas atinó a balbucir algunas excusas. Claro que él ignoraba que Richard tuviera atribuciones tan amplias y que poseyera tan alto grado. Nunca lo había visto un uniforme y pensó que era un simple agente especial, o sea uno de tantos.

En el mismo edificio, él

F. B. I.,

poseía una oficina cuya organización era completamente independiente de la Policía local, pero Dawson llevaba muy poco tiempo en San Francisco y su actuación se había reducido a examinar atestados y a recibir las novedades de los distintos distritos, las cuales transmitía a la superioridad. Por esto creyó que Richard formaba parte de aquella Policía secreta que con grado de simple agente estaba a sus órdenes. Dos horas después recibía un comunicado en el que le informaban que el

F. B. I.,

operaba aisladamente, aunque con la colaboración, si era requerida, de las demás fuerzas de Orden Público.

Y con aquello terminó el incidente...

Una vez en su oficina, Richard se dedicó a repasar los informes

recibidos, y así supo que dentro de cuarenta y ocho horas llegaría el «Newcastle» al dique central, que Henry Skinner, director de una agencia de Seguros marítimos cuyas oficinas estaban en «La casa del reloj» había pagado por un siniestro recientemente ocurrido un millón de dólares; que su secretario Marston vivía al final de la calle del Mercado, cerca de la bahía, en un espléndido chalet, y que el chino Wong acababa de ser víctima de un atentado sin más consecuencias que la parcial destrucción de su establecimiento, toda vez que él resultara ileso, pero las pérdidas sufridas eran muy importantes; que dos bandas de «gángsters» operaban por separado, una al servicio de El Cuerno de Oro y la otra en defensa de los intereses del «*music-hall*» de «La casa del reloj», y que en el tiroteo ocurrido aquella misma noche en El Cuerno de Oro había muerto Denny Duffy, jefe del «gang» de la casa.

Richard tomó buena nota de todo aquello y se propuso entrar en acción inmediatamente.

Llamando a Kempton le dijo:

—Esta noche iremos a visitar a míster Marston, secretario de míster Skinner; creo que vive al final de la calle del Mercado, en un precioso chalet.

—Y ¿qué haremos allí?

—Ya te he dicho, James, que andamos buscando al hombre que mató a tu perro.

Las espaldas del coloso se hincharon como si respirase más tranquilo, y lanzando un suspiro respondió:

—Iré donde tú vayas y haré cuánto me mandes. Eres el único hombre que has sabido apoderarte de mi voluntad.

—Gracias, Kempton, procuraré ser digno de tu confianza.

Acercóse a un aparato de radio y, después de manipular buscando la onda, envió el siguiente mensaje:

«Localizado enemigo. —Esperanzas de buena cosecha—. Pistas cruzadas. —Confusión entre ellos. Cuarenta y ocho horas de espera—. R. K.».

Una vez terminado sacó el retrato de Luz Malobar, la hermosa mejicana, y lo estuvo contemplando con embeleso mientras murmuraba:

—¡Qué hermosa es!

Kempton, sonriendo, repuso:

—Las mujeres son como la niebla, que nos hace perder el rumbo, y todo aquello que se parezca a la maldita niebla no puede ser bueno. La amistad de un perro no es peligrosa, porque...

Richard lo interrumpió, diciendo:

—El chino Wang, hombre rudo y un poco fanático, pero también sencillo y tal vez noble de corazón, comercia con las obras de arte y se recrea con ellas; las admira, pero las vende. A mi nada ni nadie me obligará a olvidarme de mi deber. Esta muchacha también es una obra de arte, pero necesita protección y ayuda. Si la encontramos, como espero, tal vez hallemos una pista; ya ves que yo procedo por mi cuenta y cierto egoísmo profesional.

—Sí, sí, pero el corazón suele traicionarnos a menudo, jugándonos malas pasadas. Voy a cumplir cuarenta años y he vivido más que tú. No olvides que tienes veintiocho, y a esa edad se hacen muchas tonterías.

Acercóse a la ventana y, mirando al cielo, agregó:

Menos mal que esta noche no habrá niebla.

Transcurrió el resto del día en perfecta calma, sin que ocurriera nada digno de mención. Apenas las sombras de la noche cubrieron el barrio chino los dos hombres, embutidos en sus gabardinas y con las pistolas dispuestas, se dirigieron a la calle del Mercado, ancha vía que va a morir en las dársenas. No les costó trabajo localizar el chalet de Marston. Estaba rodeado por una tapia coronada de cristales. Una ancha verja de hierro señalaba la entrada principal, pero la verja estaba cerrada.

Desde el primer momento, Richard pensó cómo el simple secretario de un agente de seguros podía permitirse el lujo de residir en semejante mansión; este detalle atrajo sus sospechas y para disiparlas quería visitar el chalet.

Eucaliptos y secuoyas crecían en aquel jardín, y el aroma de las trepadoras llenaba el ambiente.

Al fondo brillaban las luces del barrio chino, salpicando de luceros la noche en sombras. Como un monstruo fabuloso de cien ojos, el argos mitológico estaba fielmente representado en aquel barrio tenebroso.

En la noche inmensa, la silueta del chalet adquiría contornos fantasmagóricos, y los eucaliptos semejaban gigantes centinelas.

Se fueron acercando, y sus pisadas silenciosas no podían ser oídas, porque el rumor de la brisa apagaba cualquier ruido. Saltaron la tapia y, con las pistolas preparadas, se aproximaron a una ventana iluminada. Las notas de un piano llegaron hasta ellos. Alguien estaba tocando el final de «Norma». El arpeggio melodioso apenas era perceptible. A través de los visillos vieron la figura de una mujer sentada de espaldas a ellos.

El jardín en sombras era templo del silencio, pero en el aire gravitaba invisible una nube de amenaza. Richard encargó a su compañero que vigilara mientras él buscaba un lugar de acceso al interior del chalet. Kempton recorrió el jardín de punta a punta sin encontrar a nadie, y, sin embargo, estaba seguro que no lejos de allí alguien debía estar al acecho.

Richard no encontró ninguna entrada: la puerta principal estaba cerrada, y las ventanas todas tenían los postigos puestos, exceptuando aquélla por la que se veía a la muchacha; por eso volvió al punto de partida y la estuvo contemplando con la mayor curiosidad. La música había terminado y en aquel momento la mujer abandonaba el piano. Vio su rostro a través de la cortina iluminado por el resplandor de una lámpara, y estuvo a punto de lanzar una exclamación de asombro.

¡Aquella muchacha era Luz Malobar, la dama del retrato!



¡Aquella mujer era la dama del retrato!

Richard sintió toda la alegría que produce el hallazgo de un tesoro. Allí estaba, a pocos pasos, envuelta en un kimono y con todo el cabello suelto: catarata de azabache sobre un lecho de nieve. Allí estaba «ella», la mujer de sus sueños, porque Richard se había enamorado de un retrato que guardaba junto a su corazón; tenía

que hablarla, y si corría algún peligro la salvaría; por primera vez se apartaba de la senda impuesta, pero sería por poco tiempo.

Mientras la ciudad duerme, los mensajeros del crimen viven al acecho, y los ojos del

F. B. I.,

no podían cerrarse, por eso decidió indagar lo que sucedía en aquella casa misteriosa, en donde las notas melancólicas de una ópera habían roto la pausa del silencio.

La muchacha se contempló en el espejo. Destacaba su silueta airosa sobre el fondo verde gris de la alcoba. El piano cerrado era como una cosa muerta, y los dos candelabros de plata, sin luz parecían un símbolo funerario. En la pared había un tapiz de Bagdad representando al Sultán de los cuentos de «Las mil y una noches». La alfombra de Persia cubría todo el aposento, y aquella fastuosa riqueza sorprendió aún más de lo que estaba a Richard, y le impulsó a penetrar en el elegante edificio; pero había algo que lo impedía, algo que por primera vez en su vida le sujetaba, y era «ella», la hermosa muchacha hecha presencia y hecha carne de pronto ante sus asombrados ojos; allí estaba, a pocos pasos de él, separada tan sólo por unos cristales y unos visillos de fina malla.

De pronto se volvió al sentir aleteos de pájaros en la noche. Se había ocultado la luna y las escasas estrellas iban perdiendo su brillo; se acentuaban las sombras. La sirena de un barco vibró a lo lejos, y a flor de agua pasó una luz roja frente a la islita de Alcaraz.

Kempton se acercaba con pasos cautelosos; el gigante estaba preocupado, y su voz apagada por la prudencia llegó a él como un murmullo entrecortado:

—He visto a un hombre por una ventana y no debe de estar solo, porque parecía estar hablando con otro; creí reconocerle; me parece que se trata de Cassat, un «gángster» peligroso que frecuenta mucho el «*music-hall*» de «La casa del reloj».

—Ahora veremos, pero antes mira eso —y le señalaba a través de la ventana la silueta venusina de Luz Malobar.

—No veo nada.

Así era, en efecto. El aposento, envuelto en sombras, era un manchón más en la noche.

¡La muchacha había desaparecido!

Los dos hombres dieron la vuelta al edificio sin encontrar un

medio de penetrar en él. Atravesaron el espacio abierto por entre los árboles, y, de pronto, Kempton tropezó, inclinóse ahogando una exclamación de sorpresa y estuvo a punto de lanzar un grito de alegría al comprobar que había tropezado con una escalera tirada entre la hierba. La levantó, viendo que tenía cerca de nueve yardas de largo; por tanto, alcanzaba muy bien hasta el piso alto, cuyas ventanas estaban abiertas.

—Yo subiré primero —dijo Kempton.

—De ninguna manera —replicó Richard—, tú te esperas.

Desde lo alto contempló el agente del

F. B. I.,

a la ciudad dormida. El barrio chino, salpicado de luces, mostraba las moles sombrías de sus edificios, enormes caserones, y entre ellos las pequeñas casuchas aplastadas e insignificantes, como avergonzadas de su pequeñez. La enorme arteria de la avenida cruzaba recta hasta perderse en los bulevares céntricos, brillando su asfalto herido por las luces...

Todo estaba callado, quieto, en semipenumbra, y, sin embargo, debajo de aquella engañosa calma bullían las pasiones como mar de fondo.

Richard, apenas hubo desaparecido tragado por una de aquellas ventanas sin luz, encontróse en un aposento desprovisto de muebles, en donde había material de construcción: pinturas y barnices, yeso, mosaicos y hasta una pequeña escalera, todo ello cuidadosamente arrinconado. No tardó en aparecer Kempton, pistola en mano. El coloso se dejó caer suavemente, y al hallarse junto a su nuevo amigo, murmuró:

—Si ven la escalera sabrán que hemos entrado.

—No te preocupes: lo sabrán lo mismo, porque nosotros nos encargaremos de decírselo.

Richard pensaba en la muchacha y suponía, como es natural, que estuviera secuestrada; ya arreglaría cuentas con aquel secretario Marston, flor del hampa, a quién sin duda correspondía la culpabilidad de un delito perseguido implacablemente en todo el mundo civilizado. El salvaría a Luz Malobar, aunque tuviera que dejar sin vida a todo el «gang». Su hermano Gerardo seguía en el hotel, imposibilitado de salir a causa de la herida recibida, y buena sorpresa le aguardaba cuando le presentara a su querida hermanita

sana y salva. Pensando en todo esto, empujó a Kempton, y ambos se dirigieron hacia la puerta.

Estaba entornada y se hallaron en un amplio vestíbulo, al fondo del cual había un mirador de cristalería. Una escalera conducía a la terraza y otra descendía a la planta baja. Caminaron ahogando el ruido de sus pisadas, sin respirar apenas, empuñando las pistolas y decididos a luchar contra el enemigo que, sin duda, estaba al acecho. Todo era silencio, un silencio agobiante, cargado de amenazas.

La respiración de Richard se agitó y sus Pies tropezaron con una alfombra. Kempton sonrió blandamente al tiempo que lo sostenía por un brazo. Un farol encendido en el mirador derramaba una luz amarillenta y opaca a través de unos cristales emborronados por el humo. Las siluetas de los dos hombres se reflejaron en la pared, aumentadas de tamaño.

Richard, por nada del mundo hubiera abandonado ahora la cacería que emprendiera. En su fuero interno se hizo el propósito de estudiar secretamente la situación bajo el microscopio de sus sospechas, y había conseguido mucho más de lo propuesto; por lo pronto allí estaba «ella», que tal vez fuese el eje de toda intriga. No quiso elegir para la nocturna expedición a ninguno de sus compañeros; en aquella emergencia nadie mejor que Kempton, el hombre que odiaba a la niebla.

A todo esto se habían detenido al pie de, la escalera que conducía a la terraza. Una fila de puertas, todas cerradas, mostraba el misterio del chalet; ¿qué habría detrás de ellas? No era cosa de ir abriendo una por una, pero tampoco podían permanecer el resto de la noche dando vueltas como erráticos fantasmas; pero ¿dónde estaba el enemigo? Kempton había visto a un hombre. ¿Acaso desapareciera? No, no podía ser; allí tenía que estar él y los otros. La muchacha era prisionera de los «gángsters» y había que libertarla...

IV

AMNESIA



ARECÍA moldeado en granito el rostro de Richard; de pronto sus rasgos se habían endurecido y en sus ojos brillaba la decisión y la osadía. Desaparecida la sonrisa, mostraba el gesto altivo de los que nada temen. Su compañero era digno de él. Empuñaba la automática con fuerza, y sus ojos oscuros parecían querer taladrar las penumbras, más allá de la escalera. Pasaron al mirador, y por una puerta de cristales vieron a una joven china que se dedicaba a planchar unos

vestidos. ¿Por qué trabajaba a tales horas? Todo era misterioso en el chalet de Marston, todo, hasta las sombras que se amontonaban en el patio, en el jardín y en las escaleras.

De pronto sintieron pisadas y se escondieron apresuradamente. Cassat, acompañado por tres hombres más, se acercaba. Apenas tuvieron tiempo de ocultarse.

—Tenemos que encontrarlo —decía el «gángster» a sus compañeros—; esa escalera no pudo arrimarse sola a la pared...

Estaban descubiertos. ¿Serían solamente cuatro, o habría más en la planta baja? Pronto saldrían de dudas. El momento del choque estaba cercano. Cassat creía que se trataba de un hombre solo, y eso ya era una ventaja.

Kempton no se fijó que la luz del farol reflejaba parte de su silueta en la pared de enfrente, y aquello fue causa de que los acontecimientos se precipitaran.

Uno de los «gángsters» avisó a los otros señalando la sombra, y, como movidos por un resorte, se distribuyeron rápidamente, colocándose en los lugares estratégicos. Dos de ellos subieron las escaleras que conducían a la azotea, otro se agazapó junto a una puerta y Cassat, creyendo ya segura la presa, exclamó empuñando el arma:

—¡Salga de ahí y no haga resistencia, porque no podrá escapar! Lo tenemos bloqueado. Venga para acá y díganos qué busca.

Con la natural sorpresa, Richard empujó a su compañero hacia el fondo del corredor, en donde se veía un viejo ídolo chino de madera. Sonó un disparo, preludio trágico de la escena, y, poco después, la cabeza del ídolo presentaba varios orificios. Kempton disparó contra uno que avanzaba gateando, y le obligó a esconderse más que aprisa. La joven china lanzó un grito de terror y apagó la luz. Un disparo de Richard dejó el corredor sumido en sombras, al romper el farol de un balazo. La furia de aquellos hombres se desató en denuestos al darse cuenta que eran dos los enemigos, Gracias al ídolo chino pudieron resguardarse de la granizada de proyectiles. Cassat disparaba con una pistola provista de amortiguador. Uno de los «gángsters», amparado por la oscuridad empujado por su propia audacia, se acercó arrastrando. Oyóse la voz de Cassat recomendando ahorrar municiones y colocar silenciadores a las pistolas para que el tiroteo no fuese oído por la Policía, que tal vez

no estuviese lejos. De pronto, Richard dio un salto de felino cayendo sobre el «gangster» más cercano. Lo levantó entre sus nervudos brazos, y, sin darle tiempo a defenderse, lo arrojó contra los cristales del mirador. El hombre pasó como un bólido, dando volteretas y produciendo un ruido espantoso, para ir a caer en el jardín convertido en un guñapo. A todo esto. Kempton había logrado poner a otro fuera de combate; no estaba muerto, pero quedaba inutilizado para seguir luchando.

Nuevas pisadas se escucharon. Otro acudía atraído por las primeras detonaciones. No por esto se acobardaron los dos amigos. El ídolo chino les seguía protegiendo, y detrás de él seguían agazapados. Los «gángsters», al observar que no detonaban las armas de sus enemigos, se confiaron demasiado y avanzaron, tratando de averiguar la cause de aquel repentino silencio; pero apenas se habían hecho visibles cuando un doble disparo alcanzó a dos de ellos, uno de los cuales cayó de espaldas lanzando un alarido de dolor, mientras el otro retrocedía cojeando.

—Buen tiro, Kempton —aprobó Richard.

—El tuyo ha sido mejor, puesto que le has dado en el cráneo; yo sólo lo dejé cojo.

Cassat, eterno vencedor, estaba desesperado al ver que aquellos audaces se le escapaban de las manos. Abajo había quedado otro hombre, pero aquél no podía auxiliarles, porque estaba encargado de vigilar a la muchacha y tenía orden de no abandonar la puerta del aposento en donde ella dormía.

Cassat, uno de los «gángsters» más peligrosos del barrio chino, se sentía culpable de aquel fracaso por haber descuidado la vigilancia; pero ahora aquello ya no tenía remedio, y había que buscar la forma de exterminar a los dos hombres que les tenían en jaque. Habló con el compañero que quedaba ileso, en voz baja, y éste se apresuró a desaparecer, bajando la escalera y saliendo al jardín, Richard no las tenía todas consigo al observar la tregua, toda vez que ya no disparaban. No era de los que se conforman pronto, y trató de buscar la cause de aquel silencio. No tardó en encontrarlo. Frente al mirador, en la parte donde ellos estaban, crecía un eucalipto cuyas ramas llegaban hasta el mismo techo. Vio cómo una escalera se apoyaba en el tronco, la misma que a ellos les sirviera para penetrar en el piso, y no tardó en aparecer un hombre a

horcajadas sobre una rama. Entonces lo comprendió todo; desde allí el «gángster» podría disparar a mansalva en cuanto se colocara apropiadamente; pero Richard no le dio tiempo. Apuntó despacio, disparando a través del cristal; vióse al hombre tratar de asirse a los brotes de la rama, desprenderse éstos y caer a tierra; se oyeron dos gritos: uno de terror y otro de cólera, este último lanzado por Cassat al ver el fracaso de su pobre estratagema.

Kempton salió de su escondite, y se fue acercando al «gángster» muy despacio, arrimándose a la pared. Richard, preparado a todo evento, empuñaba la pistola decidido para volar en auxilio de su compañero, pero no fue necesario. Cassat, indeciso, estaba arrinconado, aguardando, sin duda, una oportunidad que no acababa de presentarse, cuando vio una sombra que le saltaba encima. Intentó usar el arma, pero ésta le fue arrancada de la mano, y vióse desarmado al tiempo que recibía un soberbio directo que casi le derriba. Afianzándose, trató por todos los medios de repeler la agresión de que era objeto, pero luchaba contra un hombre experimentado en las luchas cuerpo a cuerpo. Rodaron por el suelo usando de todas las tretas imaginables, hasta que, de pronto, Cassat vióse envuelto con una «llave» que, al torcerle el brazo derecho, le hizo girar de lado hasta quedar con la cara contra el suelo, y fue entonces cuando Kempton, saciando la cólera que sentía, le descargó dos terribles puñetazos, que acabaron con la resistencia del «gangster». No contento con esto lo levantó como si fuese una pluma y, alzándolo hasta la altura de su cabeza, lo envió contra los cristales del mirador. El cuerpo de Cassat fue a caer sobre la senda del jardín como un muñeco desarticulado, y allí quedó inmóvil y retorcido.

—No has debido hacer eso —le censuró Richard; hubiéramos podido interrogarle.

—Tú me lo has enseñado; ¿no recuerdas lo que hiciste con el otro? Yo no iba a ser menos y quería ver si era capaz de imitarte.

—Bien está; ahora bajemos, pero con precaución; es probable que aún quede alguno dispuesto a disputarnos el terreno conquistado.

Descendieron por la escalera, después de haber repuesto los proyectiles que habían disparado, y se encontraron en la planta baja. El «hall» estaba a oscuras, pero de uno de los pasillos laterales

salía alguna claridad. Se fueron acercando, y de pronto, Richard se detuvo al mismo tiempo que obligaba a su amigo a detenerse también. Sentado en un canapé estaba un hombre que parecía nervioso e impaciente, pues no cesaba de dirigir miradas hacia un lado. Tenía la pistola en la mano y está apoyada en la rodilla. Era un individuo de corta estatura y bastante delgado; se cubría con una gabardina. Richard caminó unos pasos. El vigilante, alarmado, se incorporó, preguntando:

—¿Quién anda ahí? Si no contestan, disparo...

El hombre estaba asustado. Lo demostraba su nervosismo y su inquietud.

—¡Tira esa pistola! —le ordenó Richard, que se hallaba oculto detrás de un mueble—. Te tengo encañonado y, si no obedeces, no vivirás lo bastante para darte cuenta de lo que ha sucedido.

Por toda respuesta, el «gángster» empezó a disparar como un loco y no cesó de hacerlo hasta que se dio cuenta que ya no quedaban proyectiles; entonces arrojó la pistola y se dirigió hacia una de las ventanas, intentando abrirla, pero Kempton disparó contra él y el «gángster» cayó de espaldas como herido por el rayo.

—¿Otra vez? —exclamó Richard, disgustado—. ¿Por qué te empeñas en matar cuando ya no hay necesidad de hacerlo?

—Ese hombre —respondió Kempton, calmado—, vale mucho más muerto que vivo.

—Te equivocas; ahora ya no puede hablar, y necesitamos a uno que nos de algunos detalles.

—Son hijos de la niebla, y, por tanto, unos solemnes embusteros, incapaces de decir la verdad. Ha sido una noche soberbia. Gracias, por habérmela proporcionado; lo que siento es que entre todos ellos no estuviera el hombre que mató a mi perro.

—Vigila, mientras yo pongo en libertad a la prisionera.

Acercóse a la puerta y llamó, dando unos golpes. Tardaron en contestarle. Cuando lo hicieron, dijo Richard:

—Vístase, señorita Malobar; venimos a libertarla.

—Aquí no hay ninguna señorita Malobar —fue la respuesta—. Yo soy Dora Foster...

Richard quedó mudo de sorpresa. ¿Estaría equivocado? Después de lo hecho no iba a marcharse sin poner las cosas en claro. Insistió, diciendo que iba a entrar, y como la puerta estaba cerrada, registró

los bolsillos del «gángster» que estuviera vigilándola. Encontró la llave y la introdujo en la cerradura. Al franquear la entrada, vio a la muchacha que estaba vestida sentada, en la cama.

Era la misma, la que viera a través de los visillos, la muchacha del retrato. No había equivocación posible.

—Señorita Luz... —empezó.

—Soy Dora Foster, caballero, y estoy esperando a mi novio. Usted no me conoce ni yo le conozco a usted. ¿Por qué se empeña en llamarme por un nombre que no es el mío? Le ruego que se marche; de lo contrario, llamo a Denny...

Richard estaba desconcertado y no sabía qué significaba aquello. Acercóse a ella, y mostrándole el retrato, exclamó:

—Vea: ésta es usted; me lo ha dado su hermano Gerardo.

—¡Yo no tengo ningún hermano!

No era posible que pudieran existir dos criaturas tan iguales. Pensó todo lo peor. Los chinos son maestros en recursos ingeniosos para convertir a una persona en otra distinta, y tal vez aquella hermosa muchacha hubiera sido víctima de alguna droga. No era el primer caso. Decidido a descorrer el velo del misterio, descolgó un abrigo que colgaba de la percha y la obligó a ponérselo. Después, colocó en su mano el bolso que estaba sobre un sofá, y, empujándola suavemente, la dijo:

—Venga conmigo; la voy a llevar a presencia de una persona que la espera...

—¿Denny?

—Sí, ese mismo.

Antes de salir, Richard telefoneó al Departamento de Policía, diciendo:

—Oiga: en el chalet de míster Marston, al final de la calle del Mercado, hubo un choque entre «gángsters», y resultaron varios muertos; conviene que vengan a recogerlos para que el asunto no trascienda.

—¡Espere, no cuelgue! ¿Quién es usted? ¿De dónde telefona?

—No se preocupe en averiguarlo. Mi nombre no interesa.

Y al decir esto, colgó el auricular.

El reloj del «hall» señalaba las tres de la mañana. Por la escalera bajaba la joven china, y al ver a los dos desconocidos, hizo ademán de retirarse; pero Kempton en dos saltos estuvo junto a ella, y,

agarrándola por un brazo, la trajo en presencia de Richard.

—Déjala —dijo éste—; nada podría decirnos, porque no sabe una palabra, y sólo nos serviría de estorbo —y volviéndose a la chinita, agregó—: Lo mejor que puedes hacer, flor de loto, es marcharte a tu casa, porque va a venir la Policía y querrá saber qué hacías aquí. ¿Sabes cómo se llama esta señorita?

—Dora Foster.

—De acuerdo. ¿Y tú?

—Kay Sing.

—Bonito nombre. Eso quiere decir, si mal no recuerdo, Flor Verde; bien, que Confucio te proteja. Vamos.

Y salieron. Tres minutos después, ella les seguía. Cuando cruzaban la plaza, dos coches de la Policía llegaban a la puerta del chalet.

Tuvieron que recorrer una buena distancia sin encontrar un «taxi»; pero al fin hallaron uno que salía del barrio chino. El chófer detuvo el coche y preguntó adónde tenía que llevarles.

—¡Al Hotel Majestic!

Kay Sing, la muchacha china, dio la vuelta al escuchar aquel nombre, y a buen paso se perdió entre el laberinto de las calles llenas de tenduchos. El barrio chino parecía dormido, pero no lo estaba. Por muchas ventanas salían raudales de luz, y del fondo de las cuevas, convertidas en salones de baile, fumaderos de opio o teatruchos asiáticos, llegaban los acordes de músicas extrañas, como cantos exóticos o murmullos de un viento de tragedia...

Al día siguiente, Gerardo fue despertado de su sueño y se encontró con Richard, que estaba a la cabecera de su lecho y le invitaba a levantarse sin pérdida de tiempo.

—¡Grandes noticias! —le dijo—. Su hermana está en el hotel.

Gerardo saltó de la cama, vistióse en un periquete y, ardiendo de impaciencia, salió al encuentro de Luz. Kempton estaba con ella. Fue una escena desconcertante y que dejó asombrados a todos.

Gerardo, al ver a su hermana, dio un grito de alegría y avanzó hacia ella con los brazos abiertos, pero con la mayor sorpresa vio cómo la muchacha retrocedía.

—¡Pero Luz!... ¿No me conoces? Soy Gerardo, tu hermano.

—Yo no tengo hermanos, ni me llamo Luz; mi nombre es Dora Foster, y quiero ver a Denny.

Gerardo miró a Richard con la mayor desolación reflejada en el semblante ante actitud tan incomprensible. Fueron inútiles todas las palabras, y cuánto argumento se empleó para convencerla porque ella siempre respondía lo mismo.

Richard pudo tener alguna duda acerca de la verdadera identidad de la muchacha, pero Gerardo no podía equivocarse; aquélla era su hermana Luz y no comprendía lo sucedido. Después de nuevas tentativas y de un cambio de impresiones, decidieron consultar inmediatamente con el mejor psiquiatra de la ciudad. Telefonaron al doctor David Ramsay, del Sunset Medical College, solicitando su presencia con la mayor premura, y el famoso hombre de ciencia acudió poco después, intrigado por aquella llamada tan intempestiva.

Richard contemplaba con apasionamiento a Luz, cuya belleza avasalladora le había cautivado, y no sabía a qué atribuir aquel cambio tan extraordinario, ni comprendía por qué ella trataba de ocultar su verdadera personalidad. Sospechaba, desde luego, en la existencia de algo inusitado, tal vez una pérdida de memoria provocada por cualquier accidente o que hubiera sido víctima de cualquier droga suministrada con perversos fines.

Esperaron al psiquiatra con impaciencia, y cuando lo vieron entrar, lo llevaron aparte, explicándole el caso. El doctor hizo sentar a Luz y la estuvo examinando durante un buen rato, al tiempo que la interrogaba hábilmente. La muchacha contestaba con indiferencia, automáticamente, sin poner interés alguno en lo que decía terminando siempre por decir lo mismo: que quería ver a Denny.

—No puedo diagnosticar aún —dijo el doctor Ramsay, poco después—. Necesitaremos someterla a prolija observación para determinar las causas que provocaron su estado de amnesia; pero opino que no sea nada grave, y que podamos devolverle la memoria. Ante todo, necesitamos saber quién es ese Denny al que menciona tanto.

—Probablemente su novio —respondió Gerardo—; yo no lo he conocido.

—¿Han registrado su bolso? Probablemente entre sus papeles se encuentre algo que nos oriente.

Richard fue en busca del bolso, y como había supuesto el célebre

psiquiatra, en él encontraron una fotografía y varias cartas firmadas por Denny. No tardaron en averiguar que el tal Denny era Denny Duffy, muerto en la refriega entre «gángsters» que tuvo lugar en el «*cabaret*». El Cuerno de Oro, unos días antes.

El doctor Ramsay dispuso que la enferma mental fuese llevada al Cliff House, el moderno balneario de fama universal. Allí procedería a su rápida curación por métodos de hidroterapia.

El doctor, antes de marcharse, les explicó:

—Esta señorita debe de haber sufrido una fuerte emoción que fue causa de la pérdida de memoria, y, sin duda, estuvo largas horas durmiendo; al despertar, alguien le hizo creer que su nombre era Dora Foster, pero hay algo que me desorienta; sólo un recuerdo vive en su memoria: el nombre de ese Denny. Es de suponer que él fue causa de su trastorno mental.

En aquel momento, Richard había abierto una revista, en una de cuyas páginas aparecía el retrato de Denny Duffy con la siguiente leyenda: «El “gángster” muerto en reyerta la otra noche en el barrio chino».

Se la mostró al doctor, y este repuso:

—Tal vez ésta sea la causa que buscamos. Me llevaré revista. Acompañen a la señorita hasta mi coche.

«Solitario», el «foxterrier» que había estado dormitando en un sillón, se puso a gruñir sordamente.

«El Campeón» penetró aquella noche en el «*music-hall*» y vio a Richard hablando con Kandy, el gerente del «*cabaret*». Hizo un gesto de desagrado, y fue en busca de su amiga Helen. La saludó más cordialmente que nunca, bailó con ella, le hizo un buen regalo y después de todos estos preliminares protocolarios, sentóse a su lado, diciendo:

—Tienes que hacerme un favor, Helen. Tú sabes que te quiero y que por ti soy capaz de todo. Muchas veces he pensado que podríamos vivir felices en un chalecito en la isla de Yerba Buena...

Helen lanzó una ruidosa carcajada que tuvo la virtud de atraer las miradas de varios contertulios, al tiempo que exclamaba:

—¡Pero «Campeón»! ¿Te has vuelto romántico?

—Te estoy hablando en serio. Escucha: ¿ves aquel tipo que habla con Kandy? Se me ha metido en la mollera que es un «poli», y me

gustaría averiguarlo. Procura hacer amistad con él y sácale cuánto puedas; si lo consigues, te compraré aquel «visón» que te gustaba tanto. Estamos rodeados de espías, y el jefe está furioso porque teme que le cierren este negocio. El chino Wong ya recibió un aviso por charlatán; pero hay otros que necesitan un «repaso».

Helen se encogió de hombros, como si no comprendiera la finalidad de tal intento, pero «el Campeón» supo ser persuasivo, y como ella siempre se dejaba convencer por su amigo, al que admiraba por su valentía, le prometió intentarlo todo para complacerle.

—Eres bonita —remachó el «gángster»—, y con un poco que te empees, ese individuo beberá los vientos por ti. Finge que te dejas enamorar, y lo demás será fácil.

—¡Es peligroso jugar con el amor, Jim!

—Tu corazón está ocupado, y no hay peligro; de sobra sabes que si me engañaras... Bueno, es preferible no hablar de eso.

Poco después, Richard estaba sentado junto a Helen. A ella le había costado muy poco atraerle, toda vez que el agente del F. B. I.,

acudía al «*music-hall*» para documentarse. Helen era una mujer que había perdido todas las buenas cualidades que poseía. Enfangada en aquel ambiente de pecado, sólo buscaba con los placeres una remuneración para satisfacer sus vicios. Recibió a Richard con agrado. Era un buen mozo, y además parecía rumboso. La misión que le diera Jim no iba a resultarle molesta. Hablaron de todo mientras bebían una botella de «*champagne*». Richard supo buscar el lado débil de la vendedora de sonrisas. Le dijo que era hermosa y hasta le aseguró que empezaba a gustarle.

Separado por la concurrencia, «el Campeón» observaba desde un palco, cuyas cortinillas estaban echadas, y sonreía...

Richard adivinó el peligro, pero supo disimularlo. Entre los bailarines había dos agentes del F. B. I.

—¿Qué haces en el barrio chino? —preguntó ella.

Richard dijo que sólo trataba de divertirse hasta encontrar algo que le conviniera. Mientras le durase el dinero nada le preocupaba. La vida era una simple broma y había que vivirla en son de fiesta. Después de media hora de charla, ella sabía tanto como al principio,

mientras que él había averiguado que en la isla de Yerba Buena también había un «*cabaret*» para los turistas, aunque allí todo costaba doblemente caro.

Helen, veleidosa y provocativa, olvidaba su papel y se mostraba frívola y casquivana. Tal vez evocara tiempos mejores cuando el arte y la fama iban con ella. La antigua cantante sabía disfrazar sus sentimientos, pero en aquel momento tal vez fuese sincera.

—Estoy viendo —dijo Richard, siempre galante—, que voy a tener que dejarme el corazón prendido en un deseo. Las mujeres como usted siempre logran cuánto apetecen y saben vencer sin lucha. Después de tanto rodar, he venido a perder la voluntad, que era mi más firme baluarte.

—Y ¿eso le disgusta? Hay derrotas que parecen victorias.

—Es posible; pero los hombres como yo, acostumbrados a ganar siempre, no aprenden a perder...

A todo esto, Helen se había olvidado del «gángster», de su cometido, de la misión que tenía en aquella casa y de otras muchas cosas: se había olvidado de todo. No le ocurría lo mismo a Richard. Mientras estaba con ella, se acordaba de Luz Malobar, la bella flor mejicana, que en aquel instante estaría durmiendo tranquila en un pabellón del aristocrático balneario, persuadida de que era Dora Foster.

Tenía que desentrañar aquel misterio. En su vida se cruzaban otras vidas, serenas unas y tenebrosas otras. Sin olvidar su deber, estaba dispuesto a llegar hasta el fin, como había hecho siempre.

Al sentir sobre sus manos las de Helen, creyó que eran las de la otra, y correspondió a la dulce presión.

—¿Por qué está tan callado? Hábleme de su vida.

—Mi vida es un álbum de paradojas, que no tienen relieve. Soy como un pobre hombre que viviera en una casa de cristal y tratara de cerrar las puertas.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—Tal vez mañana o acaso nunca. Empujado por vientos contrarios, marchó a la deriva, y en cualquier momento puedo estrellarme contra los arrecifes de mis fracasos.

—No quiero que eso suceda. Desde hoy yo puedo ser su amiga.

—Acaso abuse de ese ofrecimiento; la amistad es una carga muy pesada, y son muy pocos los que saben llevarla; de todas maneras,

pronto la pondré a prueba... si volvemos a vernos.

—Yo aquí le espero.

Se separaron como buenos amigos. Richard no había querido ir más lejos, y ella no pudo hacer averiguaciones. Sabía tanto como antes de verlo; pero necesitaba urdir algo para contar al «Campeón», y se le ocurrió lo peor que podía habersele ocurrido.

Poco después hablaba con él, y para disipar sus celos, le dijo que aquel hombre estaba casado y separado de su mujer, que andaba buscando empleo y que la Policía de cierto Estado vecino le perseguía.

—No he podido averiguar nada más —agregó—, porque hubiese desconfiado de mí; pero otra vez que vuelva trataré de hacerlo.

—No es necesario que te muestres tan afectiva. Cualquiera al veros hubiese imaginado que erais novios o cosa por el estilo. Recuerda, Helen, que eres mía, y mataré al hombre que intente arrebatarme lo que más quiero.

—¡Nunca me hablaste así, «Campeón»!

—Soy poco amigo de palabras inútiles. ¿Sabes lo que dice Kandy? Me ha contado que ese tipo estuvo tratando de averiguar quién era el propietario de todo esto, y no sé por qué me parece que ese hombre, cada vez me resulta más sospechoso. Que ande con cuidado, si no quiere recibir una dolorosa sorpresa.

—Jim, sólo piensas en matar.

—Compensaciones del mundo. Para que vivan unos han de morir otros. Me voy. Nos veremos mañana. Esta noche tengo que hacer.

—¿También secretos conmigo?

—Claro, si tú los supieras, ya no serían secretos.

Alejóse el «gángster», después de acariciarle la barbilla, y se perdió entre los bailarines, cruzó el salón, y al salir a la calle se dirigió a los muelles sin observar que era seguido.

El barrio chino vibraba como un nido de abejorros. Detrás de cada puerta atisbaba una sombra, y por las oscuras callejas transversales veíanse figuras fugitivas que desaparecían en los recovecos de las sórdidas encrucijadas.

V

LA REGATA DE LA MUERTE



L «Newcastle» había llegado y en aquella madrugada nebulosa estaba realizando maniobras para atracar al muelle. En el remolcador que lo escoltaba iban varios policías preparados para registrar el barco; pero el registro no dio resultado alguno. Casi a la misma hora, el «Hatteras» surcaba la bahía. Sin detenerse, a marcha lenta, dejó caer la escala a su costado, y por ella descendieron veinte muchachas de piel aceitunada y ojos de avellana, que fueron recogidas por un lanchón provisto de un motor a gasolina. Y aquella embarcación desapareció entre la niebla.

Todo el muelle estaba cubierto de vigilancia. Los pasajeros del

«Newcastle» fueron examinados de pies a cabeza, leídos sus pasaportes de origen, pero todo estaba en regla.

Los ojos del

F. B. I.,

vigilaban muy cerca, y Richard, acompañado de Kempton y dos hombres más, estaban en otra lancha presenciando aquello. La segunda lancha siguió a la primera, y pronto las dos embarcaciones parecieron disputarse una prueba de velocidad.

La gasolinera tomó el rumbo de la isla de Alcatraz. El mar era como un bruñido espejo en aquel amanecer opaco y gris.

Richard desconfió del «Hatteras» cuando vio que no había dado resultado el registro del «Newcastle», pero todo estaba perfectamente combinado; mientras los de la Prefectura hacían el registro, la tripulación del otro barco se deshacía del cargamento a dos millas del puerto. Y ahora, iban persiguiendo aquella lancha que se empeñaba en desaparecer de sus perseguidores.

De pronto oyóse una detonación y Richard, al darse cuenta de que eran atacados, ordenó contestar al fuego. Poco después una ametralladora instalada en la proa tableteaba incesante.

La gasolinera del

F. B. I.,

era más rápida que la otra y terminaría por darle alcance; así debieron de comprenderlo los perseguidos, porque torcieron bruscamente, cambiando de dirección con el propósito de tomar tierra en Yerba Buena.

Las dos lanchas seguían tiroteándose. «El Campeón» iba en la primera y contemplaba con alarma aquella cesta llena de drogas que valía una fortuna. ¿Cómo salvarla? Lo veía difícil. Sus perseguidores estaban dispuestos a evitarlo. En otras ocasiones había podido burlarlos, pero ahora iba un agente del

F. B. I.,

aunque él lo ignoraba.

De pronto, uno de sus acompañantes desplomóse, alcanzado por una bala. Tal vez no estuviese muerto, pero el «gángster» no quería estorbos a bordo y levantándolo por las piernas lo arrojó al agua. Quedando cinco hombres útiles y éstos estaban dispuestos a defenderse, pero no tenían armas largas y aquella ametralladora terminaría por acabar con todos. La isla se iba agrandando. Si

conseguían llegar a ella estarían salvados, porque allí habían buenos escondrijos. Pero Richard, como si hubiera adivinado su intención, ordenó aumentar la velocidad. La gasolinera, trazando un medio arco, cortó por delante del rumbo que llevaba la otra, y los «gángsters», al darse cuenta de la maniobra, viraron en redondo, emprendiendo la fuga en dirección contraria. Eso era lo que quería Richard: obligarles a dirigirse a los muelles de la ciudad, sabiendo que allí no tendrían escapatoria.

Otro de los hombres del «Campeón» fue herido en la cabeza y desplomóse como un fardo.

—¡Echadlo al agua! —dijo Jim, que estaba ocupado en disparar desde la popa.

La tripulación del bote contrabandista iba disminuyendo. La ametralladora vaciaba sus proyectiles continuamente, y algunas balas perforaron la línea de flotación; la lancha empezó a embarcar agua, aunque en poca cantidad.

Hubiera sido curioso presenciar aquella regata de la muerte en la que se disputaban las vidas de unos hombres puestos al margen de la ley, pero nadie podía verlo más que los propios protagonistas del drama.

Uno de los acompañantes de Richard había sido herido en el cuello y Kempton se apresuró a socorrerlo, taponando la herida lo mejor que pudo; el hombre, echado en el fondo de la lancha no viviría mucho tiempo.

Richard vio que la embarcación perdía velocidad y preguntó al mecánico qué pasaba.

—Un pequeño percance, jefe; el depósito no tiene gasolina, pero llevamos un bidón de repuesto.

—¡Acabe pronto!

La lancha se había detenido. La ametralladora seguía funcionando, pero la otra embarcación se alejaba. Sólo perdieron tres minutos, y sin embargo, durante aquel breve espacio de tiempo, los fugitivos lograron considerable ventaja.

—Recobramos lo perdido —dijo el hombre, poniendo en marcha el motor.

La gasolinera partió como una saeta. Se deslizaba sobre las aguas con velocidad vertiginosa, y a veces la hélice giraba en el aire. Ya «el Campeón» se creía libre de sus perseguidores, cuando

los vio acercarse de nuevo. Amenazando a todos, mandó que forzaran la marcha, pero la embarcación no daba más de sí. A su frente vieron el dique central ir acercándose cada vez más. El «gángster» ya tenía meditado su plan: jamás se apoderarían de las drogas. Amarró al cesto un pesado trozo de hierro y se dispuso a hundir el contrabando en el mar; uno de sus hombres trató de impedirlo, diciendo que aquello valía demasiado dinero para tirarlo. «El Campeón», por toda respuesta, disparó su pistola contra el «gángster», y después, dándole un empujón, lo arrojó al agua. Tras de él fue el cesto que, se hundió rápidamente.

Los hombres que quedaban con vida fueron cayendo, y de pronto, «el Campeón» se quedó solo. Ya no había resistencia posible. El muelle estaba cerca y no le costaría mucho trabajo alcanzarlo a nado. Zambullóse sin hacer ruido, dejando a la gasolinera continuar su fantástico viaje con dos muertos a bordo.

Richard se extrañó al observar la marcha de aquella embarcación que navegaba haciendo curvas y cambiando de rumbo continuamente.

Fue Kempton quién se dio cuenta de que un hombre iba nadando en dirección al muelle, y sin consultarlo con nadie se arrojó al agua. Era un gran nadador, pero el «gángster» le llevaba mucha ventaja. Lo siguió durante un buen trecho, y de pronto lo vio desaparecer por detrás del «Hatteras». Tal vez hubiera subido a bordo, pero «el Campeón» no era tan tonto para cometer semejante torpeza. Quedóse agarrado a la cadena del ancla, y cuando su perseguidor fue izado a cubierta, lanzóse al agua de nuevo y fue a salir cerca de una escalerilla, en donde se acurrucó aterido de frío, hasta que pudo deslizarse sin ser visto por entre unos vagones que había en los muelles.

Había perdido su pistola, y ahora se encontraba indemne; era como un gato furioso al que hubieran cortado las uñas. Se introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de billetes tan mojados que tal vez resultaran inservibles. Jurando venganza, deslizóse furtivamente hasta alcanzar el esquinero de la Prefectura, y como una sombra huyó buscando la salvación en las próximas calles.

Al encontrarse a salvo, caminó con paso natural, para no inspirar sospechas. Estaba amaneciendo, y a esa hora, sólo pasaban

los abastecedores del mercado, y el «gángster», que no envidiaba a nadie, en aquel momento tuvo envidia de aquella gente que podía transitar riendo y hablando de sus asuntos, mientras que él, era como un lobo perseguido...

Aún tuvo suerte por poder llegar con vida al barrio chino. Allí, en su cubil, seguía siendo un enemigo poderoso.

Mientras tanto, Richard y sus acompañantes habían conseguido alcanzar la lancha, pero se encontraron con dos muertos a bordo y ni la menor señal del contrabando.

Al llegar al muelle, Kempton les estaba esperando, y con acento pesaroso, explicó:

—Vi a uno que huía nadando y lo seguí, pero o se ahogó, o ha desaparecido, porque lo perdí de vista junto al «Hatteras». Me subieron a cubierta, y cuando supieron de lo que se trataba, me invitaron a registrar el barco. Yo sabía que no encontraría nada y desembarqué amargado por mi fracaso.

—De todas formas —dijo Richard—, algo hemos adelantado. Por lo menos cinco «gángsters» están en el fondo de la bahía, y tenemos una lancha por cuya matrícula sabremos a quién pertenece.

Pero también en esto se equivocaba, porque la lancha era de la propia Prefectura, y había sido robada.

—No hay que apurarse —dijo Kempton—, por lo pronto no han podido desembarcar el contrabando.

—¡Quién sabe! —repuso Richard.

Condujeron al herido a la enfermería del puerto, pero falleció a poco de ingresar...

¿Quién era Henry Skinner?

Para unos, era una persona dignísima, honorable y solvente; por la última particularidad, contaba en el barrio chino con muchos simpatizantes, y con no pocos admiradores; para otros era un ser ambicioso y egoísta, despreciable en grado sumo.

¿Quién de ellos tenía razón? ¿Quién estaba en lo cierto? ¿Cuál se acercaba más a la verdad?

Los hechos lo dirán.

Henry Skinner, director gerente de la gran Sociedad de Seguros La Marítima tenía instaladas sus oficinas en el segundo piso de «La casa del reloj». Últimamente había pagado en concepto de siniestros importantes sumas, sin que la firma se resintiese por tales

desembolsos.

Skinner era un hombre de treinta y cuatro años, de rostro alargado, cabellos castaños y ojos pardos. Vestía con cuidada elegancia, llegando a merecer el nombre de «el Petronio del Barrio Chino». Poseía un hermoso coche azul de los llamados torpedos, un «Oldsmobile» de última creación, y también era dueño de un yate pintado de blanco, que se balanceaba en la bahía. A pesar de toda la potencialidad de sus recursos económicos, no faltaba quien decía que se dedicaba a negocios ilícitos; esto no había sido probado, pero bien dicen que «*vox populi, vox Dei*», y algo tenía que haber de cierto cuando le vieron en ciertas ocasiones llevando en su coche a dos conocidos «gángsters» como escolta. Si se hacía acompañar por ellos, era probable que no estuvieran muy distanciados. Skinner frecuentaba la alta sociedad, y asistía a banquetes y reuniones. Aunque no iba nunca al teatro, tenía un palco abonado en el Opera House, y era de buen tono para él figurar como asistente en todos los bailes realizados en las embajadas.

En el «Herald Time» apareció una mañana una noticia que llamó poderosamente su atención. Decía así:

«Un caso misterio. —El renombrado psiquiatra, doctor David Ramsay estudia un caso curioso, tal vez único en los anales de la moderna medicina. Se trata de una señorita que sufre de amnesia parcial, hasta el punto de haber olvidado su propio nombre y no reconocer a un miembro de su familia. Sin embargo, recuerda perfectamente a su novio, al que nombra continuamente. El famoso médico ha logrado en pocas horas someterla a un tratamiento especial, consiguiendo observar una notable mejoría. Ahora la enferma habla de su hogar, del pasado y de hechos que conducirán sin duda a seguir una pista para el esclarecimiento de los hechos demasiado confusos.

»Según el dictamen médico, la señorita L. M. sufrió una fuerte emoción que le produjo un desvanecimiento bastante prolongado, y al volver en sí ya no se acordaba de nada. Alguien entonces le hizo creer que su nombre no era el que llevaba, y vióse convertida en

otra persona.

»Secuestrada estuvo varios días, hasta que la libertaron, y ahora se encuentra en observación en el Cliff House, el elegante balneario tan frecuentado por nuestras damas del gran mundo.

»No estamos autorizados a profundizar más en el asunto, pero es muy posible que dentro de algunos días dediquemos mayor espacio a este caso misterioso».

La lectura de aquella noticia produjo en Skinner alegría y sorpresa. Tenía que tomar medidas enérgicas inmediatamente antes de que fuera tarde. Se puso en comunicación con su secretario y le dio órdenes concretas. Marston, después de lo sucedido en su chalet, estaba desesperado y había tenido que comparecer ante la Policía para responder a los cargos acumulados contra él, pero pudo comprobar que por esos días había estado ausente, y sin duda elementos incontrolables se adueñaron de su casa; nada de esto era cierto. Sin embargo, salió bien librado del percance. Los muertos eran todos individuos de pésimos antecedentes y su desaparición representaba escasa pérdida.

Skinner dio a Marston nuevas instrucciones.

Aquella muchacha tenía que volver de nuevo con ellos, y era necesario movilizar a todos los hombres disponibles para lograrlo.

Marston prometió ocuparse del asunto.

Skinner subió al otro piso.

Tiró de un cordón y apareció el retrato de una mujer bellísima, de ojos negros, piel morena y cabellera de azabache.

Aquel hombre, cuyo poder hacía temblar a todo el hampa del barrio chino, cruzó los brazos y contemplando extasiado a la deidad, murmuró:

—Te adoro, pequeña, te adoro con todo el fuego de una pasión salvaje, y nadie podrá arrancarte de mis brazos. Tarde o temprano serás mía. Quiero tu amor, pero lo deseo espontáneo; has de ser tú misma quien me ofrezcas la miel de tus labios. Centenares de mujeres me rinden sus sonrisas y me ofrecen sus halagos, pero todas juntas no valen lo que tú, y por eso las desprecio. Te amo, dulce flor de las dilatadas praderas verdes; te amo, gentil descendiente de dos razas heroicas, y este amor que consume mi corazón sólo tú podrás suavizarlo con tus caricias. Soy fuerte y poderoso, poseo millones, y

de nada me sirven porque me faltas tú. Cuando te tenga, nos iremos muy lejos, donde el barro de las fuertes pasiones no pueda mancharnos, y donde el sol de las grandes llanuras nos alumbre la senda de la felicidad.

¡La dama del cuadro era Luz Malobar...!

Y a la misma hora, Richard, decidido a saber penetraba en el «*music-hall*» dirigiéndose al encuentro de Hylen Hurley, que le esperaba con irrefrenable impaciencia.

La araña iba tejiendo su tela.

El barrio chino, cuajado de secretos, era como un inmenso libro de signos misteriosos, cuyas páginas mostraban al profano jeroglíficos y laberintos en revuelta confusión, que había que aprender a descifrar...

VI

UN PARAÍSO TERRENAL



LIFF House, el balneario de moda era también un aristocrático refugio de invierno. Cercado por extenso parque, se alzaba el soberbio edificio dividido en tres plantas, entre piscinas y jardines. Todo cuanto el confort y el capricho pueden apetecer, allí se hallaban reunidos. A las fiestas nocturnas se asistía de rigurosa etiqueta, y en ellas se derrochaba el dinero a manos llenas.

Los pensionistas de aquel paraíso disfrutaban de todas las comodidades que la vida puede prodigarles.

El parque era un rincón de leyenda, con sus grutas artificiales, los pequeños lagos cruzados por góndolas, las tiendas de lona, los asientos hechos de huesos de ballena y los columpios.

Allí fue donde el doctor Ramsay llevó a Luz Malobar para su curación. Desde los primeros momentos, el famoso psiquiatra pudo

observar que la curación no sería larga ni difícil. Colocó en su aposento el retrato, previamente ampliado de Denny Duffy y sometió a la paciente a varios experimentos, logrando ver confirmadas sus esperanzas.

Días después, llegó Richard al balneario. Habló con el doctor y éste le autorizó a que visitara a la paciente.

—Háblele de su pasado, haciéndole recordar todo cuanto usted conozca de su vida —le dijo—, y sobre todo insista con ese Denny que ella tanto menciona, a ver si averiguamos quién es.

—Ya lo he averiguado, doctor —contestó Richard—. Denny Duffy fue un peligroso «gángster» que murió a manos de otros pistoleros en El Cuerno de Oro.

—En ese caso, creo que podremos curarla rápidamente. Una emoción fuerte la privó de la memoria, otra emoción semejante puede devolvérsela.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Reproducimos la escena. Casualmente en el balneario hay una compañía de artistas que se dedican a representar imitaciones de escenas históricas. Busque usted los datos más precisos del hecho, y verá qué pronto hilvanamos el drama. Para interpretar el papel de Denny Duffy poseemos su retrato y Eugenio Bellini lo imitará perfectamente. Sarah Lugossi puede encarnar el rol de la propia Luz Malobar. Sólo necesitamos que usted averigüe cómo se desarrolló el suceso, y lo demás corre de mi cuenta.

Richard se valió de Helen Hurley para poder entrevistarse con Chuck Moore, uno de los «gángsters» de El Cuerno de Oro. Se presentó a él diciendo que deseaba ingresar en la banda, que venía de Chicago, en donde había hecho muchas barbaridades, y ahora buscaba trabajo porque sus recursos tocaban a su fin. Moore era desconfiado, pero la tarjeta firmada por Helen borró todas sus desconfianzas y empezó a considerar a Richard como a un amigo. Éste supo llevar la conversación al terreno que le interesaba, y le dijo que sentía mucho la muerte de Denny Duffy, a quién había conocido en San Diego.

—Lo mató «el Campeón» en un descuido —respondió Moore—, porque Denny era un relámpago con la pistola. Fue una cosa que nos sorprendió a todos. Verás. Ocurrió de este modo.

Y el «gángster» relató el hecho con todos sus detalles, que era lo

que Richard necesitaba. Se separaron, prometiendo volver al día siguiente, cosa que no iba a ser posible, porque Richard tenía mucho interés en que Luz recobrara la memoria. Presentía que detrás de todo aquello se ocultaba el hilo de la intriga, y estaba dispuesto a descubrirlo a costa de todos los sacrificios.

Después de lo sucedido, comprendió que la organización de contrabandistas de drogas se amparaba detrás de un sólido baluarte, y era necesario localizarlo. Hacía falta un gran capital para mover el engranaje de aquella potente máquina, y sólo un hombre muy rico podía ser el responsable de tantos delitos. Mientras no se imposibilitara a éste, todo sería inútil.

Richard regresó al balneario con los datos conseguidos, y el mismo director de la compañía escribió un guion representable que se pondría en escena en cuanto se ensayase un poco, con el título de «Un drama en el barrio chino».

Y llegó la noche de la representación.

La sala estaba repleta, y en uno de los palcos proskenios se sentaban Luz Malobar, el doctor Ramsay y Richard.

En las primeras filas de butacas estaba James Kempton, vestido de punta en blanco, acompañado por dos agentes del F. B. I.

Al levantarse el telón apareció un decorado representando un reservado del «cabaret» El Cuerno de Oro. Alrededor de una mesa jugaban al póker Moore, Danny Duffy y otros dos individuos. Luz Malobar, sentada detrás de Denny contemplaba la jugada. La muchacha vestía traje de noche. Los intérpretes de estos papeles habían procurado copiar la mayor semejanza de los personajes que representaban. El diálogo, lleno de comentarios, resultaba un poco monótono, y para animarlo, una voz bien timbrada cantó entre telones una romanza. La música llegaba suave y muy afinada, y sus arpeggios levantaron murmullos de admiración.

Era tan fiel la escena que estaba viendo, que Luz se incorporó asombrada y ahogó un grito de sorpresa. Richard la hizo sentarse de nuevo y siguió la representación.

De pronto irrumpieron en el reservado cuatro hombres, y al verlos, Denny levantóse echando mano a su pistola. Uno de los recién llegados, que era «el Campeón», disparó contra él y el «gángster» cayó herido de muerte. Luz dio un grito de espanto y

perdió el conocimiento. Las luces se apagaron y los «gángsters» agresores se llevaron a la muchacha. Uno de los personajes exclamó: «Los celos son como los malos vientos que provocan tempestades». Y descendió el telón.

El doctor dirigió una mirada a Luz, viendo que estaba doblada sobre el asiento.

¡Se ha desmayado!

La representación fue un verdadero fracaso, y aquel público acostumbrado a presenciar bellas obras teatrales, exteriorizó sus protestas sin saber que había ido a ver un simple experimento, pero la compañía, para compensarle del mal rato, representó a continuación «Romeo y Julieta».

Mientras tanto el doctor Ramsay hacía trasladar a la paciente a su aposento.

—No conviene despertarla —advirtió—; en este momento se halla sepultada en un profundo letargo que probablemente le dure hasta mañana. Cuando se levante, lo recordará todo o no recordará nada; si esto último sucede nos veremos obligados a someterla a una peligrosa operación, aunque no creo que tal cosa ocurra.

Cerró las persianas, apagó la luz y después de encargar a la camarera que no abandonara bajo ningún pretexto la habitación, salieron...

Aquella noche Richard no pudo dormir pensando en la muchacha. Había estado a su lado y conversando con ella, admirando su graciosa sonrisa y el brillo maravilloso de sus hermosos ojos.

Al día siguiente presentóse en la oficina y cursó un radiograma al inspector general con estas palabras.

«Estoy colocando los anzuelos para pescar a los peces gordos, porque los pequeños ya están en la red. El mar es grande y la marejada fuerte, pero con habilidad llegaremos a puerto. R. K.».

Luz Malobar despertó aquella mañana con un fuerte dolor de cabeza y paseó su asombrada mirada por el aposento, como si no recordara dónde estaba. Vistióse apresuradamente y se asomó a la ventana. Al ver aquel suntuoso parque, preguntóse dónde estaba,

porque todo aquello era desconocido para ella. Vino la camarera a traerle el desayuno y le preguntó cómo se encontraba, a lo que respondió Luz.

—Como si acabase de nacer; todo me parece distinto, y tengo la impresión de que estuve durmiendo mil años.

—¿Le gustó la función de anoche?

—No recuerdo haber visto ninguna función. Pero ¿quién es usted?

—¡Cómo! ¿Ya no se acuerda? Soy Betty, la camarera.

—Pero ¿dónde estoy?

—En el Cliff House. Mire, aquí viene el doctor. El podrá explicarle.

Sentóse el doctor a su lado, y empezó a explicarle lo sucedido. A medida que hablaba, su hermoso rostro se iba poniendo sombrío. Los más amargos recuerdos llegaban ahora a su memoria. Denny Duffy, el hombre a quién se confiara, y al que llegó a querer con verdadera idolatría, sólo fue un «gángster» criminal, y ahora estaba muerto. Poco a poco los torrentes de recuerdos acudían. Su casa, sus padres, su hermano.

El doctor le contó de qué modo Richard Kelly la había arrancado de las garras de los temibles hampones que la tenían secuestrada, y cómo la casualidad le llevó también a salvar a su hermano, encharcado en un inmundo fumadero de opio; la lucha con los chinos y la accidentada fuga en un montacargas, por los tejados y a través de las sórdidas callejas. Ramsay terminó diciendo:

—Es necesario que permanezca aquí algunos días, hasta reponerse por completo. Su sistema nervioso está deshecho, y sería peligroso descuidar el más pequeño detalle. Su protector vendrá a visitarla y también vendrá su hermano en cuanto pueda.

Levantóse el doctor, y asomándose a la ventana la invitó a que se acercara, agregando:

—¿Ve usted aquel hombre que está sentado en un banco leyendo el periódico? Tenga confianza en él. Es amigo de su protector y está encargado de vigilarla y defenderla.

—¿Vigilarme, defenderme? ¿Por qué y de quién?

—Su vida puede estar amenazada; es probable que los «gángsters» tengan ciertos planes con respecto a usted, tampoco es dudoso que teman relaciones y confidencias peligrosas para ellos;

son gentes que no reparan en nada y cuando algo les estorba, lo suprimen. Yo soy el doctor David Ramsay, y estoy pasando una temporada en este apacible rincón, por tanto, seguiré atendiéndola con el mayor interés. Ahora debe bajar al parque y dar unos paseos. No se preocupe por nada, ni piense en nada. Para usted la vida empieza de nuevo. Confíe en el hombre del periódico, y si la sigue, haga como si no lo viera.

Luz bajó al parque y dirigióse hacia el estanque. Pudo observar que era seguida por el hombre del periódico, pero siguió caminando y fue a sentarse en la glorieta de las cuatro fuentes. Una vez allí, sus pensamientos se desbordaron arrolladores. En su interior se había obrado un cambio brusco, extraño, desconcertante. No sentía la muerte de Denny Duffy. Recordaba que la sacara de su casa diciéndola que iba a establecerse en San Francisco y que ya tenía el local alquilado; de pronto encontróse en un «*cabaret*» rodeada de mujeres descaradas y procaces, en un ambiente exótico y mundanal, cerca de hombres de ceños duros y ademanes violentos. Después del drama que grabó en su memoria un solo nombre: el del muerto, el mismo que ahora trataba de olvidar. ¡Qué contradicción tan espantosa se operaba en su cerebro! ¿Cómo podía el amor dar lugar a la indiferencia?

No podía recordar lo que ocurrió en el «chalet». Entre nieblas veía el rostro de un hombre joven aún, de mirada centelleante, al que todos obedecían ciegamente. Y también se acordaba de una chinita que se esmeraba en servirle, obsequiosa y humilde. Pero nada más. En vano trataba de ir hilvanando sus recuerdos.

Pensó en las palabras del doctor y en aquel misterioso protector al que estaba deseando conocer.

Volvióse de pronto y vio al hombre del periódico que se alejaba; se extrañó del detalle; se sentía más segura teniéndole cerca. Estuvo por llamarle, pero no se atrevió. Tal vez más tarde le preguntaría el motivo de su alejamiento.

¡Aquel hombre era James Kempton!

Acababa de marcharse porque vio venir a Richard y sorprendió una señal de éste.

Al volverse Luz sorprendióse de nuevo. Delante de ella, sombrero en mano, estaba un joven apuesto, de singular arrogancia y elegante atuendo. Había resplandores luminosos en sus ojos

azules, cuando dijo:

—Señorita Luz Malobar, el doctor Ramsay me ha contado el milagro, y no sabe cuánto lo celebro —se inclinó, agregando—: Soy Richard Kelly.

Luz extendió su mano, que él estrechó, y señalándole el asiento, repuso:

—No encuentro palabras de gratitud para expresar lo que siento; después de lo que hizo por mí, siempre estaré en deuda con usted.

—Nada tiene que agradecerme, señorita; es un doble deber en nuestra profesión velar por los que necesitan amparo, el deber de caballeros, ante todo y el de defensores de la ley. Ahora bien: le ruego que no vea en mí al egoísta que pretende cobrarse el favor. Tiempo tendremos de hablar de las causas que motivaron mi intervención, pero sí puedo decirle que nunca me sentí más orgulloso de mí mismo, ni tampoco más satisfecho por haber intervenido tan a tiempo. No es éste el momento más oportuno para hablar de nuestros sentimientos, pero puede creerme que he pasado muy malos ratos al ver la desesperación de su hermano cuando usted afirmaba llamarse Dora Foster.

—Alguien me grabó ese nombre en el cerebro a fuerza de repetirlo, pero estoy segura que lo reconocería si volviese a verlo. ¡Pobre Gerardo! ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, y con muchos deseos de verla, pero por ahora no conviene que él se acerque por aquí ni que usted vaya al hotel. Señorita Luz, voy a pedirle un favor: en este balneario ha sido inscrita con el nombre de Dora Foster, ¿quiere usted seguir siéndolo?

—No comprendo el interés que puede tener tal pretensión, pero a usted no puedo negarle nada. Seré Dora Foster hasta que usted quiera.

—Gracias. Ya le explicaré las causas de ello.

Fueron paseando bajo la fronda del maravilloso parque, seguidos por las miradas envidiosas de las damas, que no podían disimular la contrariedad que les causaba ver a los hombres atraídos por la belleza de aquella mujer, y pronunciar sin recato alguno sus más encendidas alabanzas.

Mientras tanto, murmuraba Kempton:

«Dos cosas inútiles en el mundo: la mujer y la niebla; estoy

viendo a mi amigo desorientado en un mar de bruma. Ha perdido el timón y marcha a la deriva».

Todos los días venía Richard a ver a Luz, y paseaban por el frondoso parque en amable compañía, cambiando impresiones y haciendo proyectos. Richard iba sintiéndose esclavizado por los encantos de aquella hermosa muchacha. ¿Cómo atreverse a decirla que la amaba? ¿Cómo manifestar de pronto el estado de su alma? No podía hacerlo, no, no podía, y sin embargo, lo estaba deseando.

Luz era asediada por una pléyade de jóvenes vulpinos y neuróticos, que trataban de conquistar sus simpatías. Pero ella se mostraba indiferente con todos, sin alentar sus entusiasmos. Richard se sentía celoso y procuraba disimularlo. Aquellos mozalbetes mimados por la Fortuna, eran seres sin aspiraciones, incapaces de saber sacrificarse por un anhelo. Los odiaba. Sólo eran unos parásitos sociales, tan inútiles como los mismos «gángsters», con la diferencia que éstos, al menos, se jugaban la vida cuando llegaba el caso.

Richard estuvo a punto de armar un escándalo cierto día al ver a uno de aquellos gomosos emperarse en acompañar a Luz; lo apartó con cierta brusquedad.

Ella sonrió sin decir nada. Insensiblemente iba aceptando lo irremediable. Perdidos entre la espesura, dedicaron aquel espacio de tiempo a contarse sus propias impresiones.

—Siento una sensación de serenidad que nunca había sentido —decía Richard—, y no quisiera separarme de su lado nunca.

Luz no supo qué responder. Después de las emociones sufridas se encontraba en un estado de postración extraordinario, y aunque trataba de distraerse, no lo conseguía.

Respondió después de una pausa:

—La causa del error en las cuentas de la gratitud que se espera por los favores recibidos, es que el orgullo del que da y el orgullo del que recibe no pueden ponerse de acuerdo sobre el precio del beneficio.

Richard se sintió herido por aquellas frases inmerecidas, y trató de sincerarse; él no buscaba nunca la recompensa al deber cumplido; tampoco pretendía erigirse en dominador. Su único defecto era creer que a las gentes se las conoce por los hechos y no por las palabras.

Al paso de los días se fueron conociendo mejor, y llegó el momento en que ella creyó que Richard era un modelo de sinceridad. Le admiró, y de la admiración al amor no hay más que un paso...

Richard no abandonaba sus investigaciones. Visitó nuevamente a Helen, y por ella supo que los «gángsters» de El Cuerno de Oro se habían unido con los hombres del «Campeón», formando una banda numerosa. La excantante se iba sintiendo atraída por Richard y ya no le ocultaba nada. Aquella noche le dijo que iban a reunirse en el sótano de los muelles, en el dique 5, pero que tuviera cuidado, pues allí no podía entrar nadie que no perteneciese a la banda.

Kempton seguía a su amigo a todas partes, como si fuera su propia sombra; jamás le abandonaba. El

F. B. I.,

obedeciendo las indicaciones de Richard puso a su disposición una patrulla de hombres escogidos para dar una batida en los diques.

Todas las salidas fueron tomadas. El muelle vióse visitado por extrañas siluetas. Algo, sin embargo, había ocurrido una hora antes; «el Campeón», disgustado por la pasividad de Helen, discutió con ella y la obligó a que hablase claro.

Helen entonces confesó que había dicho a Richard el sitio de la reunión sin creer, claro está que ello pudiese traer malas consecuencias. «El Campeón», al oírla, la abofeteó. Helen juró vengarse.

El «gángster» tomó sus medidas. Estaba dispuesto a capturar al hombre aquel que tanto se mezclaba en sus asuntos.

Cruzó el muelle sin ver nada sospechoso y al llegar a la rampa de descarga en donde estaban las grúas, vio un perro negro que bajaba por la planchada de un barco. No se pudo contener y sacando la pistola, lo mató de un tiro; hecho esto, agarrólo por la cola y lo arrojó al agua. El hombre que odiaba a los perros se introdujo por una trampa abierta en el suelo y que volvió a cerrarse. La escena había tenido un testigo presencial y éste había sido Kempton. Comprendió que aquel hombre era el mismo que él andaba buscando y decidido a todo, levantó la escotilla, y hundióse en la negrura del sótano. Un olor a humedad llegó hasta él. Pilas de sacos y cajones llenaban aquel local. Era el depósito de los muelles

y el sereno que estaba de guardia aquella noche pertenecía a la banda.

Un farol iluminaba pobremente el recinto. Los hombres que allí estaban parecían esperar algo. Sobre uno de los cajones había instalado un teléfono y de pronto sonó el timbre.

«El Campeón» descolgó el auricular preguntando:

—¿Quién habla?

Y la voz del jefe llegó hasta él. Era una voz nerviosa y ronca, la voz de un hombre enfadado la que hablaba. Les puso de vuelta y media censurando sus continuas imprudencias. Los muelles estaban bloqueados y sería difícil que pudieran escapar. No les quedaba más remedio que utilizar la salida secreta por dónde circulaban las aguas residuales de aquel barrio. El jefe lo sabía todo. Sus confidentes, bastante numerosos por cierto, le tenían al tanto de lo que pasaba y acababan de avisarle de la encerrona que les estaba preparando.

«El Campeón» no se desanimó por eso. Allí no podrían entrar y la salida secreta daba a flor de agua, debajo del dique cinco. Siempre estaba dispuesta una lancha por lo que pudiese ocurrir. La reunión tenía por objeto ponerse de acuerdo con los del otro «gang», los cuales asistirían aquella noche y eso estaban esperando, pero se cansaron de aguardarlos. Moore recibió el aviso de que la Policía iba a intervenir y dio la orden de no moverse.

A todo esto, Kempton se había introducido en los depósitos y espiaba. Vio a los «gángsters» sentados charlando en voz baja. Todos estaban armados con pistolas ametralladoras provistas de silenciador, por eso nadie había oído el disparo que mató al perro negro.

«El Campeón» consultó el reloj. Eran las once y habían quedado citados para las diez y media. Aquella falta de formalidad le irritó y lanzando un denuesto, dijo a sus hombres:

—Me parece que no podemos confiar en la gente de Moore; prometen mucho, pero no cumplen nada, y el caso es que nos serán necesarios para atacar el balneario; el jefe quiere a toda costa apoderarse de esa muchacha.

Kempton se sobresaltó al escuchar tales palabras. De buena gana hubiera querido salir de aquella cueva, pero estaba la salida bajo el chorro de luz de un farol y no podría escapar sin ser visto. Se

agazapó dispuesto a esperar. Empuñó la pistola dispuesto a utilizarla contra el malvado Jim, de quien sospechaba que fuese el matador de su pobre perro. De pronto, sobre su cabeza se sintieron pasos. Uno de los «gángsters» corrió al escotillón que estaba provisto de una argolla por la parte interior y le colocó un candado a la cadena que colgaba de la pared. Ahora ya no podrían abrir aquella entrada. Alguien forcejeaba allá fuera. «El Campeón» llevóse un dedo a los labios. Todos los «gángsters» se inmovilizaron con las armas dispuestas. Eran doce hombres, doce demonios capaces de prender fuego a la ciudad; eran el producto envenenado del barrio chino, la resaca del Pacífico, y Kempton se hallaba entre ellos con la salida cortada.

Randolf, un tipo picado de viruelas, más malo que un escorpión, movióse de pronto al sentir un leve ruido detrás de la pila de fardos. Hizo una señal a Nick, y los dos avanzaron dispuestos a sorprender al intruso porque allí con ellos había alguien que trataba de pasar inadvertido.

Sobre sus cabezas sintieron golpes de hachas.

Kempton, al verse descubierto, dio un salto, y plantándose en mitad del sótano, dijo apuntando al «Campeón» con su pistola:

—Mataré a ese hombre si no me dejáis salir.

El sereno de servicio estaba alejado del grupo. Fue acercándose sigilosamente, y de pronto empujó la pila de fardos, que se desmoronó ruidosamente, alcanzando uno de ellos a Kempton, que fue derribado al suelo. Cuando quiso incorporarse, ya estaba desarmado, y media docena de pistolas le apuntaban.

Los golpes afuera arreciaron y algunas astillitas cayeron al suelo.

—¡No hay tiempo que perder! —dijo Jim—; huyamos. Dentro de cinco minutos tendremos aquí a toda la jauría del puerto.

Para no comprometer al sereno, que era su cómplice, lo dejaron sólidamente amarrado, y lo mismo hicieron con Kempton; pero a éste lo llevarían con ellos. Apagaron los faroles y se deslizaron a lo largo del depósito. En uno de los rincones había una escalerilla de piedra por la que descendieron, y al salir cerraron la reja con un fuerte candado. Un corto túnel les separaba del agua del puerto. Fueron a salir en el desaguadero...

Una lancha les aguardaba. Frente a ellos estaba anclado el «Newcastle», cuya mole sombría se recortaba sobre un fondo

plomizo. De su chimenea salía un garabato de humo.

Oyóse un silbido, y de la popa del buque descendió una maroma. Con ella amarraron por la cintura a Kempton y poco después era subido a bordo mientras la lancha se alejaba a golpe de remo.

Entre tanto, Richard, al frente de varios hombres, penetraba en el sótano después de haber forzado la entrada. Se alumbraron con las linternas eléctricas y hallaron al guardián nocturno amarrado y con una mordaza puesta. Lo interrogaron después de desatarle. No sabía nada; unos hombres le habían sorprendido y no le dieron tiempo a defenderse.

Richard encendió uno de los faroles, y con él en la mano recorrió el sótano de punta a punta. En uno de los fardos encontró una K marcada con carbón y debajo 12. Otro en su lugar no hubiera sabido leer aquello; pero él comprendió inmediatamente su significado. La K quería decir Kempton y el 12 era el número de «gángsters» que estuvieran allí antes de llegar ellos. No tardó en hallar la salida secreta. Con una barra hizo saltar el candado, y, volviéndose a sus hombres, les ordenó:

—Llévense a ese farsante —y señalaba al sereno—, y vuelvan a sus puestos. Desde ahora yo me encargo del asunto.

Poco después, el sótano quedaba silencioso y envuelto en sombras. Richard, frente al muelle, vio al buque anclado, y una sonrisa animó su semblante. Alcanzó un bote amarrado allí cerca y lo impulsó hasta el timón del barco. Después de leer su nombre en la popa, remó hasta la parte de proa, y alcanzándolo la cadena del ancla, empezó a subir por ella...

•••••
Todas las mujeres leen la colección

F. B. I.

**porque contiene románticas escenas de amor
junto a pasajes viriles y sugestivos.**

VII

EL CAZADOR DE HOMBRES



«Newcastle» estaba desierta, pero en la cubierta del toldilla de popa dos marineros jugaban a las cartas y de vez en vez echaban un trago de una botella que tenían a mano. Tan tranquilos se hallaban y tan descuidados, que no se dieron cuenta de que un hombre acababa de subir a bordo. Pasaron unos minutos, y de pronto dijo uno de ellos:

—Será mejor que vaya a ver cómo sigue nuestro huésped; parece hombre forzado, y si consigue desatarse, puede darnos un disgusto, y ya sabes lo que dijo Jim, que había que llevarlo a presencia del jefe.

Dicho esto, levantóse y se dirigió hacia el escotillón. Descendió

las escaleras, llevando consigo el farol, y contempló a Kempton echado sobre una pila de lonas. Tenía las manos atadas a la espalda y no parecía muy preocupado con su suerte. Al ver al marinero hizo un gesto de desprecio y le volvió la espalda.

Mientras tanto, el otro marinero aguardaba a que subiera su amigo para continuar la partida interrumpida. Se había quedado fumando en su pipa y sin tomar precaución alguna; pero de pronto le pareció sentir pasos y se puso a la defensiva. Vio una sombra que avanzaba hacia él, desdibujada por la penumbra; la vio cuando ya estaba muy cerca. En el momento en que echaba mano a la cintura, sintió un tremendo porrazo en la cabeza y vio millares de lucecillas danzando en torno suyo; después, las sombras le envolvieron y perdió la noción de las cosas.

La luz del farol apareció en lo alto de la escalera.

—No hay novedad, Karl —dijo el hombre—; nuestro parroquiano sigue desvelado; pero Karl ¿no me oyes? ¿Dónde te has metido?

Avanzó levantando el farol para ver mejor, y en aquel instante divisó a su compañero tendido en cubierta con la frente ensangrentada.

—¡Por todos los diablos...! —murmuró.

No pudo seguir expresando su sorpresa, porque algo se apoyaba en su espalda, y una voz que no tenía nada de amistosa le decía:

—¡Levanta las manos y no te muevas!

El marinero dejó el farol en el suelo y levantó las manos. Sintió cómo le despojaban de las armas y le empujaban hacia la escotilla. Una vez en la bodega, siempre obediente a la voz de Richard, desató a Kempton, y luego éste a su vez lo amarró a él. Subieron a cubierta. Kempton se apoderó de las armas del marinero, toda vez que a él le habían quitado las suyas, y se dirigieron a proa para descender por la cadena del ancla.

Todo hubiera ido bien si en aquel momento el hombre que estaba en la bodega no empieza a dar gritos como un desesperado. Abrióse un camarote del entrepuente y surgieron tres individuos mal encarados que se detuvieron, tratando de ver lo que pasaba. En proa había un farol, y su luz les mostró a los dos intrusos.

—¡Vamos con ellos! —dijo uno, empuñando una barra de hierro.

Tenían orden de no hacer disparos para no llamar la atención de

la Policía del puerto y confiaban en resolver la cuestión a fuerza de puños. Fueron bien recibidos. El que empuñaba la barra recibió un puntapié que le hizo caer rodando, y antes de que se levantase, sus dos compañeros comprobaban con dolorosa sorpresa la calidad de aquellos boxeadores. El hombre que había quedado en popa sin conocimiento abrió los ojos, y al sentir el ruido de la gresca acudió presuroso deseando tomar parte en ella. Llegó a tiempo. Kempton le esperó a pie firme y agachándose un poco recibióle sobre su espalda, le aferró una mano y con un fuerte impulso lo mandó por encima de la borda. Sintióse el chapoteo al caer al agua. Los otros tres seguían luchando con todo su entusiasmo. Uno de ellos perdió el pie al recibir un directo de Richard, doblóse hacia atrás y fue a caer sobre cubierta desde tres metros de altura, y allí quedó encogido. Abrióse la cabina y apareció un hombre con gorra de oficial empuñando un rifle. Estaba en mangas de camisa, y al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo acercóse, encañonando al grupo.

—¡Quietos! —gritó—. ¿Qué es lo que pasa ahí?

Kempton apoderóse de un pesado rollo de cuerdas y lo arrojó a la cabeza del piloto, y sin perder tiempo en observar los resultados, dio un salto cayendo sobre él. Bajo aquel impulso incontenible, el oficial perdió el equilibrio, arrastrando consigo a Kempton; pero éste, que estaba furioso, le descargó un par de puñetazos que terminaron con la resistencia del individuo.

Mientras tanto, Richard seguía peleando con los dos marineros y no parecía llevar la peor parte. Kempton acudió en su ayuda muy oportunamente, porque el hombre que había caído al agua asomaba de nuevo, habiendo trepado por la cadena del ancla. Kempton le dio con el pie en la cabeza al tiempo que le decía:

—¡Necesitas otro baño!

Y allá fue el marinero por segunda vez al agua. Después volvióse y dedicóse a poner fuera de combate a uno, mientras Richard acababa con el otro. Aunque espectacular y contundente, la pelea sólo había durado escasos minutos. Ya iban a retirarse cuando sintieron la llamada del aparato de radio.

—Vigila, Kempton —dijo Richard, penetrando en la cabina.

Sentóse frente al aparato, y con el lápiz en la mano estuvo tomando nota del radiograma. Sorprendióse del descubrimiento. Telegrafiaban desde alta mar y el texto no podía ser más expresivo,

pues decía lo siguiente:

«Llegaremos a esa pasado mañana con mercancía abundante. Salgan a recibirla al sitio de costumbre, comuniquen al jefe la noticia y cuiden de no dejarse sorprender como la vez anterior. Habla

J. O. H.

Contesten».

Richard pulsó la palanca, respondiendo:

«Enterado. Se cumplirán las órdenes. Buena suerte,
J. O. H.».

Salió de la cabina, y, cogiendo por el brazo a Kempton, lo empujó, diciendo:

—Vamos; no hay tiempo que perder.

Descendieron por la cadena del ancla, y al llegar al agua se encontraron que la lancha había desaparecido. Sin duda se aprovechó de ella el marinero al caer por segunda vez. El muelle estaba muy cerca y todo era cuestión de darse un baño, poco agradable, desde luego, a tales horas; pero no había otro remedio. Nadaron con una sola mano, llevando la otra en alto, y en ella la pistola. Cuando alcanzaron la escalerilla de piedra, tiritaban como si tuvieran la fiebre palúdica.

Era muy tarde, y no quisieron exponerse a un mal tropiezo; por eso se dirigieron al hotel en un taxi.

El barrio chino dormía su modorra, bajo un cielo azul tachonado de estrellas, Richard, antes de acostarse, tomó algunos apuntes y se hizo servir un buen vaso de ponche. Estaba amaneciendo cuando se metía entre las sábanas.

Al día siguiente, o mejor dicho, nueve horas después, Richard estaba en su oficina. Con la guía de teléfonos en la mano, tomaba nota de todos los teléfonos existentes en «La casa del reloj».

Llamó varios de ellos, preguntado por personas imaginarias.

En su despacho acababa de ser instalado un aparato de televisión, y deseaba probarlo. A ninguna llamada pudo ver la imagen reflejarse en el cuadro, y ya iba a renunciar al ensayo

cuando observó que en el tercer piso había un teléfono al cual no había llamado. Marcó el número, hizo girar la llave de conexión y esperó. Esta vez su tentativa tuvo éxito. En el cuadro reflejóse el rostro de un hombre con barba negra y que llevaba puestos unos anteojos de cristales ahumados. La voz llegó hasta él.

—Hable, aquí «el Patrón». ¿Quién es?

Richard había colocado la cortina para que no pudiesen verle a él. Trató de retener el sonido de aquella voz, una voz bien timbrada y de modulaciones enérgicas.

—Oiga, patrón —respondió con la pipa en la boca, a fin de disfrazar su voz—; aquí el timonel del «Newcastle». Hemos recibido un radiograma de

J. O. H.,

diciendo que llega pasado mañana la mercadería, y quería preguntarle en qué sitio hemos de aguardar.

Si Richard esperaba una respuesta satisfactoria, se llevó chasco. La voz al otro lado del alambre contestó:

—Eso es cosa mía, y no se meta donde no le llaman.

La figura del que telefoneaba desapareció y la comunicación quedó cortada; pero Richard ya sabía algo. El jefe era un hombre de barba y usaba lentes ahumados. Además había otro dato: podía encontrarle en el tercer piso de «La casa del reloj».

Frotándose las manos fue a sentarse frente a su mesa de trabajo, y durante un buen rato estuvo escribiendo hasta que le anunciaron la llegada de su ayudante Kempton. Lo hizo pasar, y poco después decía éste:

—Anoche con el barullo me olvidé de decirte algo muy importante. Cuando estaba en el sótano con esa resaca, oí decir a uno de ellos, a ese que odia a los perros, pues mató otro delante de mis narices, que pensaban atacar.

«Cliff House», para apoderarse de la muchacha por ser ésa la voluntad del «Patrón», y que necesitaban la ayuda de la gente de Moore, al que estaban aguardando y no llegó.

Henry Skinner, el hombre de las elegancias, decidió pasar unos días en Cliff House. Dirigióse al balneario dispuesto a disfrutar de un merecido descanso una breve temporada.

Fue recibido por el gerente en persona, que ya le conocía, y

después de encerrar su coche en el garaje, cambiósese de ropa y penetró en el ambigú, siempre muy concurrido.

Y dio la casualidad que se tropezaron con el doctor Ramsay. Éste le saludó, estrechando su mano, y durante un rato hablaron de las oscilaciones de Bolsa durante aquellos días; pero Skinner pronto cambió de conversación, diciendo:

—La Prensa habló mucho con demasiada insistencia del caso de esa señorita que sufrió un ataque de amnesia: Dora Foster, si mal no recuerdo; creo que estaba a su cuidado. ¿Qué ha sido de ella, doctor?

—Está aquí y sigue bajo mi observación.

—¿Logró curarla?

Ramsay había recibido instrucciones de Richard, y respondió:

—Es probable que tengamos que operar. Tiene días de lucidez; pero hay otros en que no recuerda nada. Desde luego, se encuentra mucho mejor.

—Tengo curiosidad por conocerla. A juzgar por las fotografías aparecidas en las revistas es muy hermosa.

—Siempre será usted el mismo, Skinner —respondió el psiquiatra—; pero en este caso me parece que no adelantará nada. La señorita Foster rechaza a todos sus admiradores, que son legión y desdeña las galanterías.

—No lo decía por eso, doctor; no sea malicioso. Siento la natural curiosidad y nada más. Ya sabe que voy a casarme, y hace tiempo qué me convertí en una persona seria.

—A la hora de comer se la presentaré. En este momento debe de estar paseando por las grutas; es su rincón favorito.

—¿Y se averiguó quién era ese Denny a quién ella mencionaba tanto?

—No —mintió el doctor, haciendo un gesto de indiferencia—; eso es cosa de la Policía, según creo. Además, ella ya lo ha olvidado.

Poco después, en el comedor, Ramsay presentó a Skinner a Luz Malobar, la cual supo fingir perfectamente su estado de amnesia, representando la comedia a la mayor perfección. Estaban en la misma mesa y Skinner trató de llevar la charla por distintas veredas; pero se estrelló ante la habilidad del psiquiatra y la perseverancia de Luz que procuraba hablar lo menos posible.

Skinner era un hombre de mundo y comprendió que su

curiosidad parecía molestar, y no insistió. A los postres brindó por las mujeres bonitas, mirando a Luz con insistencia; pero ella, sin darse por enterada, pagó el brindis con una sencilla sonrisa.

Luz observó que los ojos de Skinner estaban clavados en ella, y pidió permiso para retirarse.

Luz paseaba bajo el amparo de una sombrilla, deteniéndose a contemplar cualquier detalle: el verde trébol, la sencilla margarita, la trepadora adherida a las piedras de la gruta, la mariposa en sus vuelos de conquista, posándose de flor en flor para que fuera más vivo el contraste de sus alas multicolores.

Todo aquello tan sencillo tenía para ella el encanto de lo sublime. De pronto se detuvo al oír una voz que la decía:

—¡Qué feliz encuentro, señorita!

Volvióse ella sin demostrar sorpresa, y al ver a Skinner hizo un gesto de fastidio, que no pasó inadvertido para su admirador. Ella tampoco podía despedirle sin una causa justificativa; pero necesitaba un pretexto para demostrarle su aversión, y el mismo Skinner se lo dio al entregarle una artística y elegante caja de bombones atada con una cinta de seda.

—Le ruego acepte este obsequio.

Luz tomó la caja, y después de contemplarla vio que allí cerca estaba uno de los jardineros charlando con una niña que debía de ser su hija, a la que llamó, diciendo:

—Ven aquí, pequeña, ¿te gustan los bombones? Este caballero quiere obsequiarte. Toma, para ti.

La niña dio las gracias y se alejó muy contenta mientras Skinner se quedaba sin saber qué decir bajo el asombro que la decisión de Luz le había producido. Después de una pausa, durante la cual siguieron caminando por el parque, Skinner, disimulando el mal efecto que la acción de la señorita le había producido, dijo de pronto:

—Nunca encontré una voluntad tan rebelde como la suya, y ello me contraría grandemente pero soy buen luchador y no me rindo en las primeras derrotas. Ya habrá usted podido darse cuenta que la amo y quiero que sepa que soy el único hombre en San Francisco capaz de hacerla feliz.

Ella se le quedó mirando con una sonrisa escéptica en su bello semblante, al tiempo que preguntaba:

—¿Puedo saber por qué?

—Porque soy el más rico, y con el dinero se consigue todo. Mi fortuna me permite comprar cuánto deseo.

Según eso, para usted todo es vendible: voluntades, conciencias, amor... Pues se equivoca, porque yo no me vendo. Todo su dinero no bastarla para pagar un «sí» de mis labios.

—Me alegra oírle hablar así, señorita Dora, toda vez que ello confirma la opinión que de usted me había formado; sólo he tratado de estudiar su idiosincrasia y espero que no se haya ofendido, porque no ha sido esa mi intención; lo único cierto que hay en mis manifestaciones es que la quiero y la seguiré queriendo a pesar de todo.

—No creo que logremos jamás ponernos de acuerdo, porque pensamos de distinta manera y hablamos otro lenguaje, porque nuestros sentimientos nos impulsan a ver la vida por un prisma distinto; es decir, que pertenecemos a un mundo diferente.

Skinner no salía de su asombro. El modo de razonar de aquella mujer ponía de manifiesto una vasta cultura y un cerebro perfectamente normal. ¿Cómo podía hablar así una persona que hubiera sufrido bruscos trastornos nerviosos? Empezaba a estar desorientado; pero no era hombre que se conformara de buenas a primeras con una fácil derrota. Dominando a duras penas su contrariedad, disimuló lo mejor que pudo su fracaso sentimental y cambió de conversación; pero bien pronto advirtió que su compañía no era grata a la bella Dora.

—Le agradecería que me dejara sola —dijo ella, esbozando una imperceptible sonrisa—. La soledad suele ser casi siempre mi mejor compañera.

—Nos veremos esta noche en el baile.

—Es probable, pero no le aseguro nada. Celebro el encuentro —agregó, tratando de alejarse.

—Espere, señorita, aún no he terminado.

—Pero yo, sí.

Skinner trató de detenerla; pero en aquel momento apareció Richard, interponiéndose entre ambos, y con los más finos modales, le dijo:

—La señorita ha dado por terminada la entrevista, y le ruega que se retire, y la súplica de una dama ningún caballero la rechaza.

Skinner, hombre violento, impulsivo y orgulloso, miró al intruso con los ojos llameantes. Sin duda debió de reconocerle, porque replicó:

—Por lo visto usted es de los que llegan siempre a dónde no los llaman.

Richard pareció sobresaltado por el sonido de aquella voz. Tenía la sensación de haberla oído antes, aunque no recordaba dónde.

Sin perder la calma, siempre seguro de sí mismo, repuso:

—Si no me equivoco, es la primera vez que nos vemos, y no creo que sus palabras, dichas sin reflexionar tengan el menor fundamento, pero si no fuera así, le ruego me explique el alcance de ellas, porque yo no he llegado a comprenderlas.

Luz trato de alejarle, cogiéndole por el brazo, pero Richard la apartó suavemente, dándole unas palmaditas cariñosas, al tiempo que agregaba:

—El señor Skinner, hombre elocuente y de grandes recursos me complacerá diciéndome por qué soy un inoportuno. Tengo un gran interés en saberlo.

—Mi frase —explicó Skinner— es puramente convencional y fue dicha espontáneamente, sin medir su significado. Le presenté mis excusas, señorita Dora —agregó, sacándose el sombrero—, a sus pies.

Marchóse erguido y soberbio, con esa altanería de los que no admiten errores ni derrotas, persuadido de que acababa de dar una lección al entremetido. Le vieron alejarse en dirección al pabellón de las diversiones, haciendo girar la caña del bastón en el aire.

Richard, pensaba en el timbre de aquella voz, que no le recordaba nada, pero que estaba seguro de haber oído en alguna parte, y Luz también tenía una ligera idea de que no era la primera vez que veía al hombre aquél.

—¿Qué le pasó con ese monigote? —preguntó Richard.

Luz relatóle lo sucedido sin ocultar nada.

—Me extraña mucho su conducta, porque según los informes que poseo, este Petronio es la amabilidad en persona y la exquisitez andando. No comprendo su modo de proceder, la verdad. Un hombre de mundo como él no se comporta de ese modo; será preciso vigilarle; el caso es que su voz me parece familiar.

—Tengo la misma impresión; creo haberla oído en otro lado.

Fueron paseando cogidos del brazo. Desde la ventana del pabellón, los ojos celosos de Skinner los seguían y en ellos brillaba una llamita maligna. Los estuvo contemplando hasta que desaparecieron detrás de la gruta. Richard ardía en deseos de confesar su amor. Había estado estudiando una declaración toda la mañana, y cuando, se disponía a decirla, se encontraba sujeto por un secreto temor: el de ser rechazado. Prefería la duda al desengaño, y por ello aguardaba a que los acontecimientos le dieran la pauta a seguir. Por su parte, ella se sentía muy contenta en su compañía, y no la hubiera cambiado por la de ninguno.

Hablaron de Gerardo. Había ido a Méjico para comunicar a la familia el feliz hallazgo. Antes de marchar quiso ver a su hermana, pero Richard logró persuadirle para que no lo hiciera. Seguía siendo Dora Foster, y no era conveniente descubrir el enredo. Costó mucho trabajo convencerlo, pero al fin aceptó el sacrificio y se había marchado, prometiendo regresar Inmediatamente.

—A veces pienso —decía ella—, que nos conocimos hace mucho tiempo, y que después estuvimos una eternidad sin vernos. Hay cosas difíciles de explicar, pero yo puedo decir que cuando nos encontramos la primera vez, sentí la sensación de que tropezaba con un antiguo conocido.

—Eso quiere decir —se apresuró Richard a responder— que el Destino, dueño y señor de nuestras vidas, nos señalaba con su dedo invisible la misma senda...

—No sé, no sé... Me siento tan diferente, veo la vida de un modo tan distinto... Todo me parece cambiado, como si acabase de despertar de un sueño, y lo que pienso ahora, al cabo de un instante, me veo obligada a reconocer que era un error; no acabo de comprender lo que me pasa. Bien quisiera seguir mis propios impulsos, pero hay algo que me detiene, y no acierto a saber lo que es.

—No pierda nunca la confianza en usted misma, y vencerá. Todo lo que le sucede es que ha perdido la fe. En mí tiene un amigo, leal y desinteresado, un amigo dispuesto a servirla y a defenderla.

Insensiblemente ella se apoyaba en su fuerte brazo y él sentía el suave calor de su cuerpo cerca de sí. Al cruzar un escalón de la gruta, Luz tropezó, y Richard apresuróse a ayudarla. Fue lo imprevisto, lo inesperado, pero lo que tenía que ocurrir tarde o

temprano. Sus rostros quedaron muy cerca y el choque de las miradas fue como el poderoso imán que atrae. Se unieron sus labios en un beso de fuego, y la chispa prendió en sus almas. Esclavos de un amor que había brotado en una noche trágica, ya nada podría separarlos. Eran uno del otro para siempre...

Asustados de sus propias audacias se dirigieron hacia el balneario, como si fuesen culpables de algo, pero de pronto, Richard se detuvo y cogiéndola por las manos, le dijo:

—Te quiero y tú también me quieres. No debemos avergonzarnos de nuestro cariño. Ambos tenemos derecho a ser felices, y nadie podrá disputarnos esa felicidad que merecemos. Nuestro amor ha triunfado. Desde ahora, yo viviré para ti, te lo prometo.

Luz estaba radiante. Lo que ella tanto había deseado, lo que aguardó con temor y con recelo, acababa de ocurrir.

—Richard —dijo con voz temblona en la que vibraba la indecisión—, tienes que prometerme algo si quieres hacerme completamente dichosa. Es verdad que te quiero como no he querido nunca. Lo otro fue un loco devaneo del que estoy arrepentida. Apenas quedan recuerdos de lo que pasó. Quiero que también tú lo olvides.

—Ya lo he olvidado.

—Aún hay más: ignoro por qué expones tu vida continuamente, y no quisiera perderte. Adivino que realizas una misión peligrosa, y temo por tu vida; tienes que prometerme que abandonarás ese empleo que tantos peligros te proporciona. No necesitas exponerte.

—No hablemos de eso por ahora. Cada uno tiene una misión en la tierra y debe cumplirla.

Estuvieron juntos toda la tarde, y tuvo que venir el doctor a separarlos. Luz ya estaba completamente restablecida, pero había que dar apariencia a su estado de convaleciente, y aquella noche no asistió al baile. Richard despidióse de ella, diciendo:

—Aunque no me veas, siempre estaré junto a ti con el pensamiento.

Las sombras de la noche habían envuelto a Cliff House, y el parpadeo de algunas estrellas señalaba la hora del descanso, pero en aquel rincón paradisíaco vibraban las armonías de la orquesta, desgranando sus alegres notas, y las luces asaeteaban la penumbra,

mientras cerca de allí, las olas al estrellarse en las rompientes formaban un extraño concierto.

Un hombre sobre el acantilado encendió un farol que llevaba, y valiéndose de un paño negro empezó a transmitir señales por medio del alfabeto «morse». A lo lejos le respondieron en la misma forma.

En aquel momento Richard hablaba por teléfono, empleando una clave convenida de antemano. Poco después, alrededor de Cliff House se movieron las siluetas de numerosos individuos vestidos de las más caprichosas formas. Unos llevaban la chaquetilla de camarero, otros el traje de etiqueta, algunos el chubasquero de pescadores, y no faltaba entre ellos quien vistiera gruesas chaquetas de cuero y anchos sombreros. Eran los hombres que vigilaban el balneario desde aquella mañana. Se esperaba un ataque y las fuerzas estaban movilizadas; todo había sido preparado secretamente.

Muchos «gángsters» recientemente reclutados en otras poblaciones, eran desconocidos de la Policía. Fácil hubiera sido detener a los que se habían destacado en otras ocasiones, pero con esto no se solucionaba nada, y el

F. B. I.

tenía por costumbre no podar las ramas, sino arrancar el árbol de raíz.

El personal de Cliff House ignoraba lo que iba a ocurrir y lo mismo les sucedía a sus distinguidos huéspedes, entre los cuales se encontraban personajes muy importantes.

Richard quería que de producirse el choque entre las fuerzas antagónicas, todo el mundo creyera que se trataba de una lucha entre «gangs» rivales; por esto preparó a su gente con tan diversos atuendos.

Era probable que la lucha estallara al mediar la noche, pero como medida preventiva convenía estar preparados dos horas antes.

Los «gángsters», fueron llegando en lancha y en coche, Algunos ya estaban en el balneario desde muy temprano.

En una curva de la carretera apareció el jefe, con su barba cerrada y sus lentes ahumados, vistiendo una gabardina. Le rodeó su estado mayor, compuesto por «el Campeón», Randolph, Nick y Lazary. Todos ellos recibieron sus órdenes, que no podían ser más terminantes. Un grupo capitaneado por Lazary sorprendería a los

jugadores del casino, llevándose todo el dinero que encontrasen. Aquél era el pretexto del ataque. Randolph, al frente de diez hombres, se encargaría del secuestro de la muchacha, mientras Moore, con los suyos, inmovilizaba a los del salón de baile. «El Campeón» y Nick, con el resto de la gente, tratarían de rechazar toda ayuda del exterior, estableciendo un cordón defensivo en torno del balneario, y la señal del ataque sería una bengala disparada desde las grutas.

Apenas dichas las órdenes, el jefe desapareció rápidamente. «El Campeón» consultó su reloj pulsera de esfera luminosa, viendo que faltaban diez minutos para las doce. En Cliff House se fueron apagando las luces del piso superior, pero en la planta baja continuaba el bullicio y la alegría. Venus, Baco y Terpsícore recibían las ofrendas de aquel bullicioso público que con loco entusiasmo rendía culto al placer.

Se hallaba Richard en la escalinata fumando una pipa, cuando vio un chorro luminoso surcar el espacio y deshacerse en una lluvia de chispas.

—¡Una bengala! —murmuró—. Ésa debe de ser la señal.

Penetró en el balneario, y a uno de los camareros le dio una orden. Poco después, en lo alto de la escalera asomaba el cañón de una ametralladora.

Los «gángsters», obedeciendo las indicaciones recibidas, se distribuyeron en todas direcciones.

El primer grupo pudo llegar al salón de baile. Pistola en mano, dieron orden de levantar los brazos. Calló la orquesta, chillaron las damas y los caballeros, desarmados, se limitaron a obedecer. Algo parecido sucedió en el casino, donde los jugadores, sorprendidos, se quedaron inmóviles, mientras un par de individuos se apoderaban del dinero.

Pero donde la sorpresa fue grande para los «gángsters» fue en el «hall», que se encontraba a oscuras. Cuando Randolph penetró al frente de sus diez pistoleros, se encendieron las luces y de lo alto partió una ráfaga de ametralladora. El primero en caer fue Randolph. Al verse sorprendidos, se apoderó el pánico de aquellos hombres, y trataron de retroceder, pero ya era tarde. La lluvia de proyectiles segó sus miserables vidas antes de que pudieran alcanzar la puerta.

Como si aquello fuese la señal, se oyeron numerosas detonaciones en el exterior, seguidas por gritos de alarma. Los

«gángsters» que habían asaltado el casino y la sala de baile salieron disparando sus armas. Los hombres de Richard se encargaron de dar voces, diciendo:

—¡Son los hombres de Moore, que nos quieren hacer la competencia!... Esos traidores...

Como es natural, todos creyeron que se trataba de un choque entre maleantes.

Los empleados de Cliff House, recobrada la calma, y una vez cerradas las puertas, consiguieron poner un poco de orden en aquel mar revuelto. Las pérdidas no eran importantes. Sólo consiguieron llevarse unos puñados de dólares de la sala de juego, porque las fichas no tenían ningún valor para ellos, y tampoco les dieron tiempo a verificar registros, como pensaban.

Ahora la lucha era fuera. Los «gángsters» se encontraron acorralados y tuvieron que abrirse paso a la desesperada, y eso les costó bastantes bajas. Nick, con siete hombres, tropezóse de pronto con el paso interceptado por varios individuos vestidos de marineros. Fue en el parque, frente a unos espesos macizos. Lucharon a brazo partido. Un hombre, esgrimiendo un tremendo garrote, abrióse paso, sembrando la muerte a su alrededor.

¡Era Kempton!

Nick pudo escapar perdiendo la pistola en la huida. Algunos hombres le siguieron, pero la mayor parte de su gente pagó su crimen con la vida.

Moore tuvo mejor suerte. Amparado por la tapia, defendióse lo mejor que pudo, pero pronto comprendió que la resistencia era imposible y se batió en retirada consiguiendo librarse de aquella lluvia de plomo que caía sobre ellos.

De cada hueco salía un disparo, los árboles estaban ocupados por los defensores, y cada tronco era una trinchera. Pronto no hubo más que fugitivos, que confiaron la salvación a la ligereza de sus pies.

Terminada la batida, unas ambulancias recogieron los muertos y los heridos, y cuando llegó el retén de la Policía, Richard se encargó de comunicarles que había sido un choque entre dos bandas de «gángsters».

Sin embargo, el oficial quiso hacer indagaciones pero unas palabras de Richard bastaron para que desistiera y se retirara con

sus hombres.

En aquel momento, Skinner, vestido de etiqueta, apareció en la puerta principal del balneario.

—¡Valiente susto hemos llevado! —exclamó.

—No parece usted muy asustado, míster Skinner —replicó Richard—. ¿Dónde estaba cuando se produjo el tiroteo?

—En la sala de baile.

—Ha tenido usted suerte...

Skinner nunca supo el motivo de aquella respuesta.

Apareció Kempton protestando. Su mirada dirigióse al espacio y durante un rato estuvo con los ojos clavados en el mar.

—¡Maldita niebla! —murmuró—, cómo ensucia el horizonte. Todo lo borra; es como una mancha sobre el verde de las aguas y el azul del cielo...

VIII

LA CASA DEL RELOJ



ELEN seguía aguardando a Richard. Desde que fuera maltratada por «el Campeón» odiaba a éste con toda su alma y buscaba una oportunidad para vengarse. Sabía muy bien que la vida de Richard corría un enorme peligro. Lo buscaban para matarle, y ella no encontraba forma de darle aviso. Aprovechando ir de compras, dirigióse a la casa del chino Wang, en el que tenía mucha confianza, y preguntó por su amigo.

—No sé por dónde anda —respondió el asiático—; pero puedo darte el número de su teléfono. Para en el hotel Majestic, más es

difícil encontrarle en él. ¿Para qué le quieres? Si desconfías de mí, ¿para qué has venido a verme?

—Wang —dijo Helen con amargo desaliento—, la vida de Richard corre peligro.

—No es ninguna novedad, y él lo sabe. ¿Qué has averiguado?

—«El Campeón» lo anda buscando para matarlo.

Wang fue al teléfono y marcó un número. Su voz era opaca cuando habló, y no parecía la de él. Helen extrañóse de que el chino hablase en español. Por mucho que escuchó, no pudo entender gran cosa. Cuando colgó el auricular sus ojos brillaban como carbones encendidos. Volvióse a Helen, diciendo:

—Hace dos días que no va por el hotel. Debe de estar en Cliff House.

—¡Cliff House! —repitió ella, como un eco—; anoche hubo allí un gran tiroteo. No me han querido contar la verdad, pero debió de ser algo terrible. Han muerto muchos hombres, y entre ellos Randolph. La banda ha sufrido un verdadero descalabro. Fue una trampa que les tendieron. «El Patrón» debe de estar furioso.

—¿Lo viste?

—Ni lo conozco. Es un hurón que siempre está escondido. ¿Sabe, Wang, que empiezo a odiar a ese hombre?

—Ten cuidado con esas palabras. Ya sabes que la traición se paga cara en el barrio chino.

—Empiezo a cansarme de todo, y no me importa.

—Eres una buena chica, Helen, y siento que hayas elegido tan mal camino. ¿Por qué no cambias de rumbo?

—Ya es tarde para eso.

—Nunca es tarde si se consiguen los propósitos deseados. Calla... Alguien entra.

Apareció Kempton, seguido de otro hombre con aspecto de marinero. Ambos se acercaron al mostrador y mientras Kempton hablaba en voz baja con Wang, el otro individuo invitó a Helen a marcharse diciéndola:

—Váyase señorita; su vida no está segura en este sitio.

Helen miró al chino y vio en el rostro de éste un gesto de asentimiento. Marchóse disgustada consigo misma. El barrio chino encrucijada de la traición y de la muerte empezaba a cansarla. El peligro rondaba a cada paso.

Silenciosamente penetró en «La casa del reloj». En el amplio vestíbulo vio a varias personas hablando animadamente. En uno de los grupos estaba Skinner. Helen deslizóse sin ser vista y fue a ocultarse en el guardarropa. En su interior brotaba Indómita una idea: proteger a Richard de todo peligro. Sentía hacia él una especie de secreta adoración. No ignoraba que en aquel edificio siniestro se conspiraba a todas horas. De sus oficinas salían órdenes conducentes a la realización de turbios negocios. Helen nunca se había detenida a considerar la importancia de aquella casa llena de despachos con anuncios pretenciosos: Agencia de seguros. Agencia de Detectives, Compañía Naviera, Sociedad de Industrias Reunidas, Dartell y Comp., abogados, Sindicato Nacional de Azúcares y Derivados... Todos aquellos nombres, podían leerse en las puertas de los lujosos pisos de «La casa, del reloj».

Apareció Nick, seguido de tres pistoleros.

—No está aquí —dijo un tipo regordete de cabellos rojizos.

—Será conveniente que lo busquéis. No podemos esperar más.

¿Qué sucedía? Helen comprendió que la gran colmena de parásitos estaba revuelta y que algo muy grave iba a ocurrir. Deslizóse sin ser vista y corrió a ocultarse en el «*music-hall*».

Mientras tanto, a tres pasos de allí, estaba el drama. Wang lo esperaba desde que llegaron Kempton y su acompañante. Vinieron a decirle que el «gang» pensaba volar su tienda. Sospechaban de él.

Los dos hombres se habían ocultado en el interior de dos cajas que sirvieron para traer dos momias de El Cairo; ahora aquellas cajas estaban vacías...

Wang estaba protegido por el

F. B. I.

Al fondo de su tienda había instalada una estación de radiotelefonía utilizada por los agentes secretos de la Investigación Federal.

De pronto aparecieron varios «gángsters» que se situaron en la vereda, mientras Nick, seguido de cuatro, penetraba en la tienda.

—Tenemos que registrar tu casa. Wang —dijo Nick desnudando una pistola.

Nick adelantó un paso, pero en aquel momento de una de las cajas partió un fogonazo y el «gángsters» se desplomó herido de muerte. Como si aquel disparo sirviera para dar comienzo a la lucha, en la calle se oyeron voces de alarma, ruido de pasos y

después varios disparos.

Allí estaba Richard, que como siempre llegaba a tiempo. De una de las ventanas hicieron fuego. Las detonaciones llevaron la alarma al propio corazón del barrio chino. Los escasos agentes de Policía que vigilaban por allí cerca también acudieron. El combate tomó caracteres alarmantes. Media manzana de casas estaban en guerra contra los hombres de la calle. En el interior de la tienda de Wang, también se luchaba pero de distinta manera. Cuando los «gángsters» vieron caer a Nick, buscaron por todas partes sin verlo al autor del disparo. Las dos «momias vivientes» encerradas en sus fúnebres catafalcos aprovecharon el desconcierto de aquellos hombres para atacarlos a mansalva; pero los pistoleros eran gente dura, acostumbrada a combatir valientemente hasta con desventaja. Se atrincheraron detrás de cajones y fardos y bien pronto se dieron cuenta de dónde partía el ataque, pero el amigo Wang, antiguo filibustero en los mares de la China, no era hombre para quedarse quieto y armado de un rifle que tenía debajo del mostrador y que antaño había servido para cazar búfalos, empezó a disparar contra los intrusos logrando herir a dos de ellos. De pronto, Kempton abrió la caja y apareció de improviso sorprendiendo, a uno de los «gángsters» que cuando quiso darse cuenta se encontraba en el suelo, con la cabeza rota. El otro huyó hacia la calle, siendo, muerto por sus propios compañeros.

Kempton llamó a su acompañante para que saliera de su escondite, y como no obedeciera abrió la caja de la momia. El hombre cayó hacia adelante en sus brazos.

—¡Estaba muerto!

En la calle seguía la lucha con más intensidad que al principio. Toda la hez del barrio se había unido contra la ley. De balcones y ventanas salían disparos. Kempton le arrancó al chino el rifle y desde una rinconada empezó a disparar con tal acierto que logró desalojar a varios tiradores furtivos, consiguiendo algunas bajas en el campo enemigo.

Poco a poco la lucha se fue debilitando. Muerto el cabecilla, sus hombres combatieron por instinto de conservación, desorganizados, buscando la forma de poder escapar a una muerte cierta; pocos pudieron librarse del asedio. Sin embargo, el barrio chino era como una inmensa colmena llena de agujeros y había miles de refugios y

escondites ignorados por los defensores de la ley. En un momento dado, los que quedaban ilesos desaparecieron por distintos rincones y como por arte de magia el silencio sucedió al estruendo, pero en la calle quedaban heridos y muertos que fueron recogidos por las ambulancias que al toque de campana se alejaron del lugar del hecho.

En un coche apareció el inspector Dawson, de la Policía municipal, que trató de levantarle atestado, pero Richard, acercándose, le dijo:

—Servicio secreto. No intervenga. Márchese... Y la calle quedó desierta. El chino Wang cerró la puerta de su tienda colocando el cartelito de rigor y se puso a manipular en el aparato de radio.

Las ondas llevaron muy lejos la noticia de lo que acaba de suceder en el barrio chino.

Como si nada hubiese ocurrido las gentes volvieron a sus faenas, los vendedores ambulantes pasaron pregonando su mercancía, y aquella corriente humana que había interrumpido el tráfico en aquella hora de prueba, volvió a lanzarse a la calle. Estaban tan acostumbrados a los diarios zafarranchos, que uno más no les causaba sensación. Como si se tratara de una lluvia, se refugiaban en sitio seguro mientras duraba la trifulca, para volver a reaparecer tan pronto acabara la gresca.

Así era el barrio chino: un mar encrespado y furioso o bien un piélago en calma...

Apenas los faroles del alumbrado se encendieron, Richard penetró en «La casa del reloj». Quería hacer una visita de inspección. Se había vestido con un guardapolvo gris y llevaba una gorra de visera. Iba bien armado y provisto además de una linterna eléctrica. Tenía sospechas de que en aquel piso segundo existía algo que no funcionaba bien, pues recordaba lo que viera con el aparato de televisión. No ignoraba lo peligroso del paso. En el «*hall*» quedaba su inseparable Kempton murmurando protestas.

Richard, ejemplo de perseverancia y modelo de audacias, subió la escalera. Apenas si respiraba mientras escuchaba. Había en su rostro una tensión y un furor contenido en cada uno de sus movimientos estremecedores. Se detuvo para escuchar de nuevo; por último la resolución pareció endurecer sus músculos sensitivos y avanzó silenciosamente hasta acercarse a una puerta. Encendió la

linterna eléctrica y entonces pudo leer el nombre de una sociedad de seguros marítimos. Aquello no le interesaba y subió al tercer piso. Hasta él llegó un grito ahogado y después el ruido de un cuerpo que cae. Apretó con fuerza la culata de su pistola «Williams» y siguió escuchando, pero ahora reinaba el silencio: Trató de controlar sus nervios y, se agarró con fuerza a la barandilla. De pronto corrió a ocultarse. Un ascensor subía, pero no sé detuvo en aquel piso. Una tabla crujió por debajo de sus pies. El sudor humedecía su frente, el oscuro pasillo era como la prolongación de un túnel. Ni una sola lámpara brillaba. Al avanzar ahora sus dedos se deslizaron a lo largo de la pared.

Richard sabía que jamás se había encontrado en mayor peligro. «La casa del reloj» era la tumba de los audaces. Seres malvados, incontrolados, ocultos por los disfraces de falsas ocupaciones moraban allí acechando continuamente, como el lobo en su madriguera, dispuestos a caer sobre sus víctimas. En cada piso existía algo al margen de la ley; no era una colmena de zánganos como él había supuesto, sino una bien organizada colonia de laboriosos vampiros.

En uno de aquellos aposentos moraba «el Patrón», aún una negra de los sangrientos sucesos, cerebro dirigente de las grandes usurpaciones, fértil imaginación para urdir planes maquiavélicos. Sí, allí estaba, pero ¿dónde?

¿Cómo localizarlo? No era fácil. Tentado estuvo de retroceder. Solicitar una orden judicial y registrar piso por piso, pero después de meditarlo con calma comprendió que con aquel sistema no adelantaría nada. Era lo mismo que intentar echar la red para atrapar cangrejos...

Cada ciudadano de aquella casa estaba respaldado por una segunda personalidad, seguramente. Frente a la ley eran unos respetables burgueses que pagaban sus impuestos y contribuían al engrandecimiento de la ciudad de un modo legal; detrás de la ley eran los que vulneraban el código y sacaban el dinero por medios prohibidos para pagar aquellos impuestos...

Richard crispó los puños. Tan cerca que estaba del ansiado final y, sin embargo, qué lejos. Aquellas puertas cerradas eran como el dique que los separaba de la realidad.

Encendió la linterna eléctrica, y el chorro de luz iluminó por un

instante un cartel que colgaba de una de las puertas. «Se alquila este piso», leyó asombrado. ¿Cómo podía ser eso? Él había telefonado, y de esto estaba bien seguro, al tercer piso de «La casa del reloj» y recibido respuesta.

No sabía qué decidir; pero la curiosidad suele ser un factor esencial en las vacilaciones y nos empuja a realizar muchas cosas que no quisiéramos hacer. Trató de abrir aquella puerta, comprobando con el mayor asombro que sólo estaba entornada, y sin saber cómo, se encontró dentro de la habitación. Como esperaba, allí no había muebles de ninguna clase. Por la ventana penetraba la claridad de los focos de la calle, una claridad escasa, pero suficiente para distinguir los objetos que lo rodeaban.

Avanzó unos pasos, y de pronto giró sobre sí mismo, sorprendido. La puerta acababa de cerrarse con cierta violencia. Corrió hacia ella, viendo que estaba provista de unos resortes automáticos combinados con un cable eléctrico. Empuñando la pistola enfrentóse con el misterio que le rodeaba. Nada pudo ver ni oír nada. El silencio parecía tener alas. Una extraña palpitación en el espacio, un vibrar de cuerdas mudas, el sortilegio de esa soledad tan llena de ecos. Sí, hasta él llegaba el sordo rumor de abejorros, algo indefinido, pero latente, incorpóreo, pero tangible.

Había dos puertas laterales, una de ellas tapada por una cortina. No sabiendo hacía cuál dirigirse, fue hacia la de la derecha y con el pie la empujó. Abrióse la puerta, y entonces Richard exploró el aposento con su linterna. Vio algunos muebles y unos cuantos cuadros, pero la habitación estaba cubierta de polvo.

Mordióse los labios sin saber qué decir. Aquel aposento no tenía salida. Asomóse a la ventana, y miró a la calle. Los hilos del teléfono pasaban muy cerca y pudo observar que uno de aquellos hilos tenía conexión con el aposento inmediato, o sea el de la izquierda.

Por un momento llegó a olvidarse de que estaba encerrado. Ahora era imposible volverse atrás y siguió caminando. Al llegar junto a las cortinas, apartó una de éstas y empujó la puerta, Como esperaba, no estaba cerrada.

El reloj de la casa dio once campanadas y Richard se asombró. Llevaba más de dos horas dando traspiés. Examinó aquel aposento; era distinto en todo a los otros restantes. Habla una mesa llena de

libros y papeles, varias sillas, una máquina de escribir, unos estantes ocupados con objetos diversos y varios cuadros por las paredes, casi todos cinegéticos. También vio un reloj de péndulo y ¡un teléfono!... Un biombo ocultaba algo, y la curiosidad empujóle de nuevo. Al acercarse, echó una mirada distraída sobre la mesa, y algo vio que le hizo detenerse. Era un cartapacio con una etiqueta en la que podía leerse en caracteres gruesos: «Mercadería de Manila»... Dejó la pistola sobre la mesa y colocó la linterna sin apagar, de forma que pudiera ver el contenido de aquella carpeta.

La curiosidad le hizo olvidar toda prudencia. Por un momento el astuto agente abandonó las precauciones y se entregó en manos del Destino. Apenas había empezado a hojear aquellos manuscritos cuando se iluminó la habitación, cayóse el biombo y una risita sorda llegó hasta sus oídos. La sorpresa le hizo girar en redondo, y entonces vio a un hombre embutido en un viejo gabán deshilachado sentado en un sillón, y que le apuntaba con una pistola provista de silenciador. Era un hombre de barba y con lentes ahumados, de espesa y revuelta cabellera, cuyos ojos parecían dos lucecillas malignas.

—Buenas noches, Richard —dijo la voz—; le agradezco la visita. No, no se mueva, si no quiere llegar a los infiernos en dos minutos. Retírese de la mesa y siéntese en aquella silla. ¡Obedezca!

Richard consideró su situación. Antes de que pudiera empuñar su pistola, aquel desalmado dispararía. Lo estaba leyendo en sus ojos crueles. Obedeció. La luz de la linterna proyectaba su luminosidad contra la pared. «El Patrón» cogió un cepillo y lo arrojó contra ella. Cayó al suelo y se apagó.

—Me molestan esas luces —dijo, lanzando una risita cavernosa—. Y ahora hablemos, señor agente del

F. B. I.

No, no trate de engañarme; le conozco hace tiempo, y confieso que me ha vencido varias veces, pero se acabaron sus victorias.



—Y ahora hablemos, señor agente del F. B. I.

Richard se estuvo fijando en un cuadro que estaba cubierto por un tul. «El Patrón» observó aquella mirada y sin cesar de reír, dijo:

—Precisamente de «eso» quería hablarle. Levántese y tire del cordón.

Richard lo hizo, lanzando un grito de sorpresa al ver el retrato

de Luz.

—¡Siéntese! Ya veo que le sorprende; lo esperaba. Sólo hay un medio de que usted salga de aquí por sus propios pies. Si le escribe una carta citándola en el sitio que yo le señale, tan pronto como ella acuda, esa puerta se abrirá y usted podrá marcharse libremente. Eso no quiere decir que la lucha termine entre nosotros, porque está empeñada a vida o muerte, pero habrá una tregua...

—Veo que usted no me conoce. Una vez tuvo en su poder a esa señorita, y logró escapar de sus garras...

—Gracias a usted —le interrumpió.

—En efecto, gracias a mí. No espere que ahora por salvarme de este apuro momentáneo vaya a entregarle lo que más quiero.

—Usted no sabe definir con exactitud los conceptos, y lo lamento. Su apuro no es momentáneo, toda vez que su vida me pertenece por entero, y me sobran medios para deshacerme de ella. Amigo mío; somos rivales, porque yo también adoro a esa hermosura y he jurado que será mía. Me valdré de todos los recursos. No lejos de la ciudad poseo un retiro cómodo y solitario, donde pienso llevar a mi amada, y nadie podrá impedirlo.

—Ya ha visto que no es tan fácil. Recuerde lo que sucedió en Cliff House.

—¡Qué tontería! No se comete el mismo error dos veces. No me obligue a recurrir a la violencia. Mis medios son expeditivos y lamentaría tener que emplearlos con usted y con ella. He aquí lo que pienso hacer con usted si se niega a escribir esa carta. Le haré perder el sentido, y cuando se halle inconsciente, le administraré una droga que surtirá unos efectos magníficos, porque Richard Kelly se olvidará de su propia personalidad pasando a ser un personaje de mi invención.

—¡Canalla! ¿Eso fue lo que hizo usted con ella?

—Ya vio con qué resultados... Claro está que esta droga si no se renueva cada seis o siete días, va perdiendo su eficacia —lanzó una carcajada, agregando—: el famoso psiquiatra se cree que ha hecho un milagro.

Incorporóse Richard furioso, intentando arrojarle sobre el jefe de los «gángsters», pero éste, sin moverse, le advirtió:

—¡Cuidado, o disparo! Acostúmbrase a pensar que está en mi poder, y que no lo dejaré escapar, a menos que no siga mis

indicaciones.

—¡No lo espere, miserable!

—En ese caso, peor para usted. Hace poco inutilice a uno que también se mostraba rebelde a mis deseos. En este momento se halla en sitio seguro, privado de conocimiento, y mañana, cuando despierte, no recordará nada, ni sabrá quién es. Le explicaré lo que pienso hacer. Abandonaré este aposento y diez minutos más tarde unos gases penetrarán en él, trayendo el sueño para usted. Son producto de la India misteriosa, que yo sólo poseo y me están dando excelentes resultados. ¿Qué decide el agente del

F. B. I.?

—No le temo, maldito; puede ensayar los procedimientos que quiera, pero le advierto, canalla, que tarde o temprano pagará todos sus delitos.

—No lo crea. Si alguna vez soy derrotado, tengo medios suficientes para emprender un largo viaje sin retorno, antes de que los jueces quieran sancionarme con sus leyes. Bien; nuestra conversación termina. Le quedan cinco minutos para decidirse. Mire ese reloj; cuando el minuterero llegue al número cuatro todo habrá concluido.

Richard miró el reloj. Eran las once y quince. El segundero caminaba rápido y, sin poder remediarlo, se estremeció. En el rostro barbudo había una sonrisa siniestra. Su mano sostenía firme la pistola...

No era el miedo a la muerte lo que sentía Richard, sino el temor al fracaso. Muchas veces su jefe le había dicho: «Los hombres del F. B. I.

sólo fracasan cuando la muerte les sorprende en el cumplimiento de su deber». Recordó eso y se preparó a enfrentarse con lo imposible.

Miró su pistola, que estaba a cuatro pasos, miró al hombre, y un sonido sin palabras subió a sus labios; sentía la frente humedecida por un sudor helado y un amargor en la boca. Fue a dar un paso, y en aquel momento se apagaron las luces.

IX

EL FIN DE UN BANDIDO



N aquella noche llena de negros presagios, Kempton anduvo buscando a su amigo. Un presentimiento le atenazaba y no sabía qué resolver; volvió a la casa de Wang, pero el chino no sabía nada, fue en busca del policía de servicio en la esquina y éste no le había visto; cansado de dar vueltas, penetró en el «*music-hall*». Allí estaba Helen charlando con un cliente. Se conocían por habérsela presentado Richard, y fue a su encuentro. El antiguo marino le habló de sus temores, lamentándose de que si ocurría algo, él era responsable, por haberlo abandonado. Había estado telefoneando a todos los sitios a que Richard solía ir, y en ninguno lo vieron.

Helen trató de recordar. Ella había subido en el ascensor al cuarto piso y le pareció ver en el rellano de la escalera a un hombre que se parecía mucho a Richard. Entonces no puso atención, creyendo haberse equivocado, pero ahora pensaba que acaso fuera él, y de ser así, seguramente se encontraba en un grave apuro.

La antigua cantante siempre había sido fiel a la banda pero desde que sufriera los malos tratos del «Campeón», estaba deseando vengarse de todos. Habló con Kandy, el encargado, y le dijo que tenía que salir un momento. Penetró en el guardarropa de las muchachas y se puso su abrigo, armándose al mismo tiempo con una pequeña pistola. En una percha vio una chaqueta del «Campeón» y sintió el deseo de registrarla; encontró una llave de metal dorado y la introdujo en su bolso. Poco después salía acompañada de Kempton. Dieron la vuelta a la calle, penetrando por la entrada de coches. Subieron al «hall», y penetraron en el ascensor. Kempton la seguía con cierta desconfianza, pero iba preparado para desmayarla de un puñetazo si trataba de buscarle una encerrona. Helen no pensaba en eso. Sólo ella sabía lo que pudo haber pasado. Al encontrarse en el piso segundo, Helen introdujo la llave en la cerradura de la puerta de la Agencia de Seguros Marítimos.

—¿Qué venimos a hacer aquí? —preguntó Kempton.

—No hable, y no se duerma, por si acaso.

Tan abstraídos iban, que no se acordaron de cerrar la puerta con llave y la dejaron entornada. Al fondo del aposento había otra sala más amplia, y en ella penetraron. Helen, al parecer, conocía aquello al dedillo, porque se inclinó debajo de la mesa y oprimió un oculto resorte. Entonces un cuadro de grandes dimensiones que colgaba de la pared se movió, dejando a la vista un hueco lo suficientemente amplio para que pudiera pasar una persona. En aquel momento ambos sintieron una corriente de aire y al volverse, vieron a Marston, el secretario de Skinner.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó asombrado, y al ver el pasadizo secreto, agregó:

—¡Ah traidora! Tú tenías que ser...

Kempton comprendió lo que iba a pasar si aquel individuo desenfundaba un arma. La detonación atraería gente y el escándalo lo echaría todo a perder, por tanto, había que impedirlo. De una

ojeada se hizo cargo del peligro. Apenas Marston introducía la mano debajo del brazo, empujó a Helen, inclinóse con rapidez, y dando un fuerte tirón a la alfombra hizo caer al secretario de espaldas, saltó sobre él y sus puños entraron en acción. Marston lanzó un gemido y perdió el conocimiento. Entonces Kempton apoderóse de los cordones del cortinaje y con ellos lo amarró sólidamente, como él sabía hacerlo. Eran nudos de marinero, muy difíciles de desatar. No teniendo mordaza a mano, desprendió uno de los visillos de la ventana y le vendó la boca, colocando en la nuca un lápiz atravesado, de forma que con cualquier movimiento que hiciera para desprenderse de la mordaza el trozo de madera se le hincara en el cuello. Hecho esto, lo levantó con una sola mano y lo sacó al pasillo, dejándolo en el rellano de la escalera. Después cerró la puerta.

Pasaron por el hueco, tropezando con una angosta escalera, hasta encontrar el piso superior. Entonces, Helen dio sus instrucciones en voz baja al oído de Kempton:

—Voy a apagar la luz, y cuando lo haga, usted da vuelta a ésa rueda que se ve en la pared y se abrirá un cuadrado en el piso, penetra por él y entonces ayuda a su amigo, que seguramente se encontrará en un apuro; yo, mientras tanto, voy a preparar mis cosas para largarme, pues no quiero que el día de mañana me sorprenda en «La casa del reloj».

—Vaya al Majestic y espérenos.

Helen desapareció con el miedo reflejado en su semblante, mientras Kempton hacía girar la rueda.

Al apagarse la luz, Richard se arrojó al suelo, al tiempo que un leve chasquido se dejaba oír y una bala se clavaba en el entarimado. «El Patrón» volvióse como un basilisco, adivinando que alguien acababa de penetrar por el paso secreto. Las manos de Kempton tropezaron con él y le zarandearon como si fuera un muñeco.

Richard buscó a tientas su pistola, y al dar con ella, trató de encontrar la linterna eléctrica.

A todo esto, Kempton luchaba a brazo partido en la oscuridad con el misterioso hombre de la barba. Consiguió arrojarle al suelo, y ya creía haberle dominado, cuando de pronto se le escurrió de las manos. Lanzando una maldición extendió los brazos.

Cuando Richard pudo hacer uso de la linterna eléctrica, que

estaba en el suelo, vio a su amigo incorporarse con un abrigo en la mano. Entonces exclamó sonriendo:

—El lobo se ha escapado, abandonando la piel...

Pero oye: ¿cómo has podido llegar a esta guarida?

—Ya te lo explicaré luego. Vámonos, porque aquí corremos un grave peligro.

—En cualquier parte que estemos del barrio chino nos pasará igual. Espera un poco; quiero examinar esto...

Detrás de una cortina vio una magnífica instalación de radio conectada con el teléfono, el cual estaba provisto de un moderno cuadro de televisión. Mientras Richard observaba todo aquello, Kempton cerró la escotilla, pues tal cosa parecía aquel cuadrado en el piso, y fue hasta la puerta. No pudo abrirla, pero Richard encontró al lado del sillón un dispositivo automático por medio del cual se cerraba y abría la puerta del piso. Sobre la mesa halló el cartapacio que tanto llamara su atención y se puso a examinarlo; allí estaba lo que durante tanto tiempo estuviera buscando. Había un mapa de la isla Yerba Buena y un plano por separado con Inclusión de parajes numerados. También encontró varias facturas, listas con nombres exóticos, fórmulas químicas y una relación de drogas clasificadas específicamente, con expresión de clases y tarifas, lugar de origen y algunas advertencias referentes al opio y a la cocaína.

Richard guardó todos aquellos papeles en el bolsillo, y ya iba a salir, cuando sintió la llamada de la radio. Se puso los auriculares, y oprimiendo el manipulador marcó la palabra convenida: «Escucho».

Fue recogiendo en el papel el mensaje. Era muy breve; sólo contenía estas palabras:

«Llegamos mañana. No atracaremos dique. Peligro.
Iremos directamente al sitio de costumbre».

H.

Richard frunció el entrecejo, y haciendo una señal a Kempton se dirigieron hacia la puerta. Ya no funcionaba el ascensor y tuvieron que bajar a pie. Al llegar al segundo piso, Kempton se detuvo sorprendido. El cuerpo de Marston había desaparecido...

Aún les aguardaba otra sorpresa. Cruzaban el «hall» cuando

tropezaron con el cadáver de Helen.

¡Había sido estrangulada con su propio pañuelo de seda...!

Con una pistola al pecho, Kandy les franqueó la entrada al fumadero, que esta vez no pudieron disfrazar como tenían por costumbre. Tres chinos fueron detenidos y gran cantidad de drogas intervenidas.

Poco después, Richard ordenaba desalojar el «*music-hall*». En otras ocasiones, los «gángsters» se hubieran opuesto con las armas en la mano; pero en esta ocasión ni uno solo hizo acto de presencia.

Desde allí se dirigieron al «*cabaret*». El Cuerno de Oro.

Con la cautelosa gracia del andar de una pantera, apareció a la vista un hombre alto, de facciones bronceínas, embutido en un entallado gabán y cubierto con un turbante. Acercóse a Richard, y le dijo:

—Soy Amir Shon al Katir, de Ceylán, y he venido en busca de mi hija Zayma y de sus seis doncellas. Supe después de muchas averiguaciones que estaban en el barrio chino de San Francisco y fleté un barco expresamente para rescatarlas. Hace dos días que recorro todos los lugares de diversiones, sin encontrar su rastro; alguien acaba de decirme que ustedes pertenecen a esa benemérita institución de la Policía de investigaciones y he querido ponerme en sus manos. Todos esos hombres que ve por ahí vestidos tan caprichosamente, pertenecen a la tripulación del «Formosa», y están a mis órdenes. Son veinte tigres capaces de cualquier hazaña; pero se encuentran lejos de su tierra y no saben por dónde andan: lo mismo me pasa a mí. Esta tarde estuve hablando con un inspector llamado Dawson y le conté el caso; me respondió que eso se sale de su jurisdicción y que no puede hacer nada, prometiéndome que pondría el asunto en buenas manos; pero el tiempo pasa y mi impaciencia de padre se agranda. No me importa gastar una fortuna si consigo volver a Ceylán con mi hija.

Aquel hombre hablaba el idioma de Shakespeare con rara perfección. Richard le prometió devolverle a su hija y a sus seis doncellas antes de veinticuatro horas; pero tenía que prometerle no intervenir en nada y esperar tranquilamente a bordo del «Formosa».

Amir Shon el Katir se lo prometió, y antes de retirarse del «*cabaret*», escoltado por los veinte «tigres», aún le dijo:

—Es probable que junto con Zayma y sus seis doncellas haya

otras pobres muchachas arrancadas de sus hogares en la Isla de Luzón. Se trata al parecer de un moderno buque pirata que se dedica a recorrer el Asia, realizando un tráfico clandestino y lo mismo embarca drogas que mujeres. Cree que ese barco utiliza para sus fines criminales doble matrícula y tan pronto navega con bandera americana como con bandera filipina.

—Lo sabía —respondió Richard—; una vez pudo engañarnos, pero yo le prometo que no volverá a ocurrir.

—Buenas noches, señor; después de haber escuchado sus palabras, la esperanza renace otra vez en mi corazón.

Inclinóse ceremonioso, llevándose la mano al pecho, y salió después de hacer una señal a los intrépidos marinos del mar de Bengala, los cuales le siguieron, sumisos y silenciosos...

Aquella tarde se hallaba Luz sentada en la glorieta del lago leyendo una novela, cuando vio aparecer a Skinner, vestido con un elegante atuendo deportivo. Sus miradas se encontraron y en la de la muchacha fulguró un relámpago de enojo mezclado con un gesto de desdén.

—Mis parabienes, señorita Foster —dijo la voz meliflua—, por encontrarla tan mejorada y tan bella como siempre; espero que mi presencia no la moleste; siento mucho turbar su reposo, pero no he podido resistir al deseo de verla. Mis ocupaciones me llaman y debo alejarme, ¡cuánto lo siento!; hubiera querido permanecer a su lado continuamente para decirla toda mi admiración y para ofrendarle con ella este gran amor que le profeso. Tan pronto el doctor Ramsay le dé de alta, usted necesitará pasear y he pensado hacerle un pequeño obsequio. Tengo un coche de dos plazas, que es una maravilla de elegancia y de buen tono. Lo pongo a su disposición; desde este momento es suyo.

Luz encogióse de hombros con gesto despectivo. Había en su mirada un chispazo de burla cuando dijo:

—Se lo agradezco, pero nunca acepto regalos de personas a quienes no estimo.

—Está bien —dijo colérico—, usted lo ha querido. Cuando una mujer insignificante como usted desdeña la protección y el afecto de un hombre como yo, sólo merece que se la trate de cualquier manera, y eso pienso hacer. Usted desconoce mis fuerzas y lo que puede mi capricho.

—Se equivoca; no desconozco nada que se refiera a usted; pero no le temo, y ahora le suplico que me deje sola. Es necesario que se convenza de una vez que me molesta su presencia. Si fuera un caballero, no procedería como lo hace.

Luz levantóse y le volvió la espalda, encaminándose al fondo del parque. Skinner permaneció un instante contemplándola con fiereza, y al fin dirigióse al invernadero. Allí se encontró con «el Campeón», que le aguardaba. El «gángster» se había vestido con especial esmero; pero las ropas desentonaban en aquel cuerpo desmadejado.

—¿Qué hay que hacer, míster Skinner? —preguntó el «gángster».

—Síguela y no la pierdas de vista. En la alameda espera mi coche, y Bill está al volante. Apodérate de ella y llévala a la isla. En el dique cuatro está esperando mi gasolinera. No cometas errores y recuerda que es muy importante lo que te mando.

Skinner desapareció detrás de los macizos de ligustros que rodeaban el parque.

Mientras tanto, Luz había ido hasta la pequeña colina desde la que se dominaba la playa. A sus pies, allá abajo, culebreaba la blanca carretera. Vio un coche parado a la sombra de una sequoia. Era un auto pequeño, pintado de verde con franjas rojas, y el chofer estaba sentado en su asiento como si aguardara algo. La curiosidad empujó a Luz a salir de los confines del balneario para examinar de cerca aquel carruaje que le parecía conocido. Avanzó por una tortuosa senda hasta detenerse al pie de un copudo cedro.

Al fondo llegaba la resaca lamiendo las rocas. Desde aquel sitio, Luz dominaba el maravilloso paisaje, y tan entretenida estaba, que no sintió el ruido de pasos de alguien que se acercaba furtivamente. Al darse vuelta, encontróse con el rostro duro, hosco y feroz de Jim «el Campeón», que la miraba con la codicia del cazador que ha descubierto de pronto una buena presa.

Luz dio un paso atrás y trató de huir, pero el «boss» la trincó por una mano y la atrajo hacia sí, diciendo:

—No tengas tanta prisa, paloma, que no pienso hacerte nada. Sólo quiero que vengas a dar un paseo conmigo en aquel bonito coche que nos espera.

El terreno que los separaba del coche era empinado, lleno de

piedras y matojos. Formaba parte del balneario como lugar de caza. Cuando el «Campeón» creía ya haber conseguido su propósito, sintió una voz amenazadora que salía de un matorral cercano:

—¡Quieto, pirata, y suelta a esa señorita!

Volvióse Jim como un relámpago y vio a Kempton surgir entre las ramas como un diablo vengador. Empuñaba una pistola y en sus ojos brillaban chispas. Luz se había apartado del rufián y contemplaba la escena con el mayor estupor. Los dos hombres se miraron con odio profundo. El «gángster» había visto muchas veces la muerte pasar a su lado, sin estremecerse; pero en aquel momento sintió el miedo, ese miedo que nos acobarda privándonos de toda decisión. Acababa de reconocer al hombre a quién tanto aborrecía, el hombre que durante noches y noches lo había seguido como una sombra por las callejas lóbregas del barrio chino.

—¡Vas a morir! —dijo la voz pausada de James Kempton—, y quiero que sepas por qué te mato. Pago una deuda contraída en una noche de niebla. Tú mataste a mi perro, ¿lo recuerdas?

Al decir esto avanzó hasta colocarse a tres pasos del «gángster». Éste veía el cañón de la pistola amenazante ir acercándose a su pecho; la muerte avanzaba inexorable; pero él no podía morir sin luchar. A pocos centímetros de su mano izquierda estaba la «Luger»; pero antes que lograra desenfundarla, Kempton dispararía.

Murmuró algo que no llegó a percibirse. Estaba muy pálido. Contrajo los labios, crispó los puños y sus ojos se revolvieron en las órbitas. Miraba el negro boquete del cañón de la pistola, que apuntaba a su corazón, y el miedo, ese miedo que también hace valientes, lo empujó de pronto a intentar lo único que podía salvarle. Dio un tremendo salto de gimnasta, y al caer se agarró a las piernas de Kempton, al que arrastró en la caída. Salió el tiro, que silbó sobre su cabeza, y los dos hombres rodaron por la pendiente, abrazados, frenéticos, poderosos, bajo el impulso de la terrible cólera que los animaba. Eran dos colosos de fuerzas igualadas; pero Kempton poseía la técnica de los buenos luchadores que no se ofuscan en los momentos difíciles y saben conservar la calma en las mayores borrascas. Sintió atenazada su garganta; pero se desprendió de un rodillazo. Había soltado la pistola y ahora la lucha era a fuerza de puños.

Kempton consiguió, después de violentos forcejeos, dominar a su

adversario y lo aplastaba contra el suelo, golpeándole la cabeza; de pronto, se incorporó y, levantándole entre sus musculosos brazos, lanzóle por el barranco. El cuerpo del «gángster» fue rodando y en sus rebotes se deshizo contra las piedras. Cuando llegó a la carretera sólo era una piltrafa. El chofer salió del auto y se acercó a él. En aquel momento, Kempton, que había recuperado su pistola, disparó. El chofer apresuróse a subir, empuñar el volante y desaparecer a toda marcha.

—Volvamos —dijo Kempton a Luz—; esto ya ha terminado y ese maldito rufián ya no volverá a matar más perros.

Al penetrar en el parque, les salió al paso un elegante «policeman», inquiriendo la cause de aquel disparo. Kempton limitóse a mostrar una insignia que llevaba, y el representante de la ley le saludó militarmente, murmurando:

—Yo no sé cómo se las arreglan estos del
F. B. I.,
que están en todas partes.

—Una llamada de teléfono avisó un poco más tarde, que debía acudir al embarcadero Kempton, y apenas llegó el relevo, despidióse de Luz, diciendo:

—Esta noche terminarán nuestras tribulaciones.

—¿Qué va a suceder?

—¡Eso sólo Dios lo sabe!

En aquel momento subían el cuerpo deshecho de Jim «el Campeón» y lo depositaban en una ambulancia. Kempton, al ver pasar al que había sido el más terrible pistolero del barrio chino, recordó a su perro y tuvo como una honda satisfacción al ver cumplidos sus propósitos de justicia. La Sociedad Protectora de Animales ya podía estar contenta porque había muerto un asesino...

**ENCONTRARA USTED UN CUPON EN
LA SEGUNDA EDICION DE «|CULPABLE|»
para el original
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA**

X

EL QUE A HIERRO MATA...



ERBA Buena se alza como un centinela avanzado frente a San Francisco de California. Es un islote que hoy sirve de recreo a los paseantes, en donde han instalado un gran hotel, un «*night-club*», verdadero palacio de diversiones y algunas dependencias destinadas a dar alojamiento a los marinos y pescadores. También existe el Casino Miramar con su escenario y su patio de butacas, en donde se exhiben las danzarinas de las cinco partes del mundo.

Los palcos del gran Casino están revestidos de púrpura y el juego de luces arranca de ellos miradas de extrañas refulgencias. Bronces y cornucopias revisten y adornan el frente del escenario, cuyas

bambalinas son de seda blanca con dibujos exóticos.

El Casino era explotado por una Sociedad anónima, de la que era accionista Skinner.

Al oscurecer de aquel día, que iba a ser memorable en los anales de la historia del «gansterismo», varias lanchas de la Prefectura Marítima salían del Dique Central, tripuladas por numerosos agentes. Otra lancha del buque «Formosa» siguió a las primeras, llevando a bordo a los «tigres» de Bengala; el propio Richard les había autorizado a última hora para hacer una excursión nocturna hasta Yerba Buena.

Las lanchas atracaron al noroeste de la isla, y una vez amarradas, quedaron al cuidado de sus respectivos timoneles, mientras los demás tripulantes se disponían a obedecer las órdenes recibidas.

Como siempre, los agentes vestían ropas adecuadas al papel que iban a representar. Se distribuyeron por toda la isla, ocupando las posiciones indicadas de antemano. Los marineros del «Formosa» quedaron como fuerza de choque en una playa resguardada por los acantilados laterales. El muelle de Yerba Buena era un simple pontón de tablas sostenido por gruesos postes. Un barracón de madera servía como depósito. Aquella noche la vigilancia había sido retirada, pues se temía que los dos números del resguardo allí destacados estuvieran en combinación con los contrabandistas.

A las diez de la noche, un foco lejano señaló la aparición de un barco; le contestaron desde la isla con luz blanca, indicando que no había novedad.

Junto al barracón aguardaban varios hombres.

Eran los estibadores encargados de la descarga del barco que llegaba.

De pronto se vieron rodeados por otros hombres que, pistola en mano, les obligaron a penetrar en el barracón. Con las manos en alto permanecieron unos minutos hasta que fueron amarrados sólidamente en cadena, es decir, unos a otros.

Ignorantes de lo que pasaba, pidieron explicaciones por lo que creían un abuso, y entonces Richard les dijo:

—Nada tenéis que temer si os estáis quietos y callados; pero al que alborote no le quedarán ganas de volver a intentado. Nosotros haremos vuestro trabajo: pero vosotros cobraréis él jornal lo mismo

y tal vez con aumento.

La silueta del barco se iba perfilando entre la bruma. La noche era pesada y las nubes flotaban bajas, llenando el mar y la isla de negruras. El viento suave, pero frío, azotaba las aguas, encrespándolas, y el oleaje se deshacía en encajes de espuma.

A corta distancia, San Francisco presentaba un magnífico aspecto con sus millones de luces que parecían ejércitos de luciérnagas entre las sombras de aquella noche negra, con su Incesante parpadeo.

El buque se acercaba por momentos, perfilándose, y al avanzar, su proa era como una gigantesca cuchilla cortando las aguas. La luz de tope parecía una estrella solitaria. En el muelle de madera, Richard con un farol hacía señales. Todo estaba previsto en aquella encrucijada, en la que se iba a jugar una partida muy importante.

En el aire flotaba el aroma singular de las algas, ese aroma salobre y amargo, unido al fuerte olor de las playas en las que abundan mariscos, y es que Yerba Buena era un lugar de recursos insospechados, pues contaba también con una pequeña factoría de conservas...

Y mientras tanto, Kempton pensaba que para manejar a un «gángster» era menester saber un poco más de lo que el individuo sabe.

La silueta del buque se hizo mayor, y el humo de la chimenea parecía más azul y más blanco al mismo tiempo. Giraba la hélice acompasadamente y poco a poco fue cesando en sus evoluciones. Desde a bordo arrojaron un cable al muelle y la maroma, fue anudada en un grueso poste. Lentamente, el viajero de los mares se fue acercando hasta quedar arrimado al muelle. Otro cable fue amarrado por la parte de popa, y el gigante quedó inmóvil. Parte de la barandilla fue apartada y la pasarela deslizóse hasta quedar afianzada en los tablones.

Un hombre descendió por ella, colgándole los cordones de sus zapatos. En una mano llevaba un farol y en la otra unos papeles. Vestía un jersey raído y se cubría con una gorra en la que había un galón blanco. Richard le recibió al pie de la escalera.

—Soy Holberg, el piloto —dijo con voz chillona—; supongo que todo estará en orden. ¿Dónde está Jim?

—Sufrió un accidente de poca importancia; un balazo en una

pierna; ocho días de cama... y como nuevo. ¿Qué tal el viaje?

—Bien; un poco de mar de fondo frente a Panamá. Bueno, ¿qué hacemos? El capitán espera a bordo con las comprobaciones, según costumbre.

—Claro, es natural; venga por aquí.

Holberg, sin sentir la menor desconfianza, siguió a Richard, y apenas habían penetrado en el barracón, encontróle encañonado por varias pistolas. No tuvo tiempo de protestar ni de nada. Le arrebataron el farol y los papeles, vióse despojado de sus armas y antes de que pudiera darse cuenta de lo que pasaba se encontró amarrado como un fardo y con una buena mordaza.

Richard llamó a Kempton y le dijo que acompañado por diez hombres ocupara la puerta del Casino procurando no sembrar la alarma hasta que ellos hubieran terminado. Uno de los agentes fue en busca de los marineros del «Formosa», y con ellos se situó delante del «*night-club*» con las armas apercebidas.

—Y ahora —dijo Richard— vamos a tomar posesión del cargamento; es probable que haya tiros; por tanto, no se anden con vacilaciones. Sígueme.

Seis hombres siguieron a Richard y otros tantos aguardaron a que llegase a bordo para subir ellos. Un tercer grupo subiría a continuación, escalonadamente. La marinería, ocupada en las tareas de a bordo, ni se dio cuenta de lo que pasaba. Richard, al poner los pies en cubierta, vio un salvavidas, comprobando que aquel barco era el «Hatteras».

Los agentes del

F. B. I.,

se fueron distribuyendo por el barco y poco después, los tripulantes se encontraban encañonados. Fue una inesperada sorpresa para ellos.

El capitán estaba en su cámara aguardando al representante del «Patrón». La entrada de Richard no le produjo ninguna desconfianza. Le estrechó la mano, diciendo:

—Todo a punto, amigo, esta vez el jefe estará contento. Traigo lo mejorcito que he podido encontrar: coca, opio, morfina y una docena de muchachas estupendas. Para ser el último viaje que hago puedo decir que tuve suerte.

—No mucha, capitán, desgraciadamente para usted, porque

resulta que ha metido las narices en el asunto el

F. B. I.,

y todo está descubierto.

—¡Bah!, no me preocupan esos entremetidos porque tienen mucho que aprender. Las muchachas vienen con un contrato en regla y con toda la documentación extendida con arreglo a la ley — lanzó una carcajada y agregó—: En cuanto a los alcaloides los traigo en los paquetes de cigarrillos. ¡Pronto van a dar con ellos! Aquí están, en esta maleta.

Seguía riendo con todas sus ganas y Richard le hacía coro. De pronto, la risa se cortó en sus labios. En la puerta acababa de aparecer su contraamaestre atado, y detrás de él dos hombres empuñando pistolas ametralladoras.

—¿Qué significa esto? —preguntó palideciendo.

—Capitán —repuso Richard—, tenía usted razón al decir que éste era su último viaje; debió retirarse antes y hubiera ganado mucho. Debo presentarme: soy Richard Kelly, del

F. B. I.,

y su barco está ocupado por mis hombres.

Richard había desenfundado su pistola y le apuntaba con ella. Uno de los agentes se hizo cargo del prisionero.

—No alborote, capitán, y le tendrá mejor cuenta. Hay que saber perder, y usted ha perdido; gracias por sus indicaciones. ¡Llévenselo!

Los hombres del «Hatteras» habían sido encerrados en la bodega donde venían las muchachas, las cuales fueron subidas a cubierta y luego llevadas al hotel. Poco después, los marineros del «Formosa» ocupaban el «Hatteras», mientras los agentes del

F. B. I.,

se dirigían al Casino.

Richard no esperaba que todo fuese bien como hasta entonces. En el Casino estaban los «gángsters», que sólo esperaban un aviso para escoltar los alcaloides hasta el barrio chino.

El local se hallaba repleto, y si se producía un tiroteo pagarían justos por pecadores; era necesario, por tanto, procurar hacer las cosas con mucho cuidado. Todas las salidas fueron ocupadas y nadie podría escapar. El salón estaba provisto de micrófonos y sería fácil dar el aviso para que el público desfilara ordenadamente por la

puerta principal. Las canoas de embarque para pasajeros se habían marchado bajo el mandato de un oficial de la Prefectura que viniera con Richard. Todas las medidas estaban bien tomadas y la redada había de ser completa.

Richard subió al piso de los palcos seguido por Kempton y tres hombres más. Por una escalerilla descendieron al escenario y apenas bajó el telón aprisionaron a los empleados, encargando a las muchachas del «*ballet*» que no alborotaran. Todas las chicas fueron encerradas en sus camarines.

Después sucedió la gran sorpresa. Un timbre de alarma hizo callar la orquesta y por uno de los altavoces se escuchó la inesperada advertencia:

—¡Atención, atención! El Casino está ocupado por la Policía. Los que pertenezcan al público pueden ir saliendo sin temor alguno por la puerta principal. Serán registrados y se les exigirá el «carnet» de identidad; ésa será la única molestia que sufran. Los que tengan armas, pueden dejarlas debajo de sus asientos, porque aquel que se encuentre armado será detenido. ¡Atención, atención!, no se alarmen y salgan ordenadamente...

Ya no le escuchaban. Como un mar alborotado se lanzaron a las salidas, pero todas las puertas, menos la principal, estaban cerradas. Según iban saliendo se les cacheaba bajo la amenaza de las pistolas y se les pedía la documentación. Las señoras, que eran muy pocas, quedaron libres de tal exigencia. La chinita Kay Sing también quiso salir pero fue detenida. Entre el público se filtró algún «gángster», pero, al ser identificado, quedó preso en el acto. Cuando se desalojó la sala, Richard creyó llegado el momento de intervenir.

Ordenó a sus hombres por medio del altavoz disparar contra todo aquel que no se rindiera.

Los «gángsters» se habían hecho fuertes en el bar y era necesario desalojarlos de allí. Lazary colocó una ametralladora sobre el mostrador y se hizo cargo de ella. Nick armado con otra, ocupó el pasillo y Moore, pistola en mano al frente de diez hombres, se dispuso a forzar la salida, pero se encontraron de pronto bajo una lluvia de fuego. De los palcos, del escenario, de las puertas se cruzaban los proyectiles en todas direcciones. Lazary cayó el primero y lo reemplazó otro que sufrió la misma suerte. Nick sangraba por dos heridas.

La decoración y el artesonado saltaba en fragmentos bajo aquella lluvia incesante de plomo. En el bar no quedó botella intacta. Los «gángsters» fueron cayendo uno a uno. También sus atacantes tuvieron bajas muy sensibles, pero al fin vencieron los que defendían la ley, el orden y la salud pública. Moore estaba doblado sobre una butaca con el arma en la mano y los brazos tocando el suelo. Después de quince minutos de espantoso tiroteo, varios hombres salieron con las manos en alto.

La bodega del «Hatteras» se llenó de prisioneros.

Poco después, Richard encontraba a Zayma y a sus seis doncellas. Formaban parte de un coro de danzas escandalosas, lo mismo que otras desdichadas compañeras de infortunio, a las que se encerraba una vez terminado su trabajo. Las pobres muchachas eran explotadas inicuamente en una forma que es preferible no describir.

Todas las noches las canoas estuvieron haciendo viajes desde Yerba Buena a San Francisco. A bordo del «Hatteras» se encontraron comprobantes plenos para poner en claro el infame comercio.

Amir Shon al Katir recibió a su hija Zayma con los brazos abiertos, el corazón rebosante de felicidad y los ojos nublados por las lágrimas. Antes de levar anclas, el «Formosa» dejó un donativo de

15 000

dólares para los pobres del barrio chino.

Al día siguiente, Richard encaminóse a «La casa del reloj» seguido como siempre por su inseparable Kempton. Penetraron en la Agencia de Seguros Marítimos, en donde hallaron a Skinner despachando muy tranquilo con su secretario Marston.

—Vengo a prenderle, Skinner —dijo Richard encañonándole con su pistola.

—¿De qué se me acusa?

—Contrabando de drogas, trata de blancas, rapto y asesinato.

—Tendrá usted pruebas, de lo contrario...

—Desde luego.

Hizo una señal y Kempton mandó pasar al doctor Ramsay, seguido de una mujer cubierta con un velo. Apenas dejó la dama su rostro al descubierto, exclamó Skinner asombrado:

—¡Dora!

—En efecto —repuso el famoso psiquiatra—, es su esposa Dora

Foster, recluida en una casa de salud a causa de sus malditas drogas. Se parece bastante a la señorita Luz Malobar, aunque tiene más edad. Actualmente la señora Dora Foster es heredera de tres millones de dólares que usted quería hacer suyos presentando a una sustituta, pero yo me encargué de la curación de su esposa, y aunque ella no quiere declarar contra usted nos ha dicho lo bastante para saber todos sus turbios manejos.

—Además. Skinner —dijo Richard—, ha cometido usted varias torpezas seguidas, y se las puedo enumerar si quiere: primera, al tratar de casarse con la señorita Luz Malobar contra la voluntad de ella; segunda al ordenar la destrucción de la tienda de Wang, sabiendo que el viejo chino pertenece al

F. B. I.,

y tercera, con el asesinato de Helen Hurley, en cuya mano derecha dejó un puñado de su barba postiza y...

Richard dio un salto, pero llegó tarde. Skinner acababa de introducirse algo en la boca.

—Ya le dije la otra noche que tenía medios suficientes para librarme de la ley si me veía acorralado —rechazó al doctor que trataba de auxiliarle, y agregó—: Es inútil, mis drogas no fallan nunca. Son productos de la India misteriosa. Adiós, Dora; perdóname, si quieres. Te felicito, agente del

F. B. I.,

has... podido más que yo.

Cayó sobre la mesa. Estaba muerto. En uno de sus dedos mostraba un anillo que poseía un hueco en donde estuviera encerrada la píldora mortal.

Y así terminó la vida del hombre que había convertido durante varios meses en un infierno al barrio chino.

Dos días después, Kempton recibía un despacho nombrándole capitán del «Hatteras», incautado por el Gobierno; en lo sucesivo, haría viajes de cabotaje por las costas americanas del Pacífico.

Aquella misma tarde Kempton recibió un regalo, el que más estimaba. Richard le cedió al «foxterrier» «Solitario».

Y al día siguiente, un coche espléndido, con matrícula de Arispe, se detenía frente al hotel «Majestic». Lo conducía Gerardo Malobar. Poco después subían al auto Luz y Richard, que iban a continuar su idilio a tierras de Méjico. Fue tierna la despedida. Allí quedaban

muchos amigos y entre ellos Kempton, que ya no aborrecía a la niebla, y el doctor Ramsay, que tan gran servicio había prestado a la Justicia.

El auto se puso en marcha, cruzó la gran avenida y se perdió en las curvas de la carretera de Monterrey. Detrás de ellos, como un recuerdo ingrato quedaba el barrio chino, con sus lóbregas tabernas y sus hombres encharcados en el vicio.

Gerardo se volvió, y dirigiéndose a su hermana, sonrió diciendo: —¡Puedes besarle, Luz, es un buen chico!

Y apretando el acelerador se puso a silbar un estilo de su tierra. Luz, recostada en el hombro de Richard, sonreía feliz...

F i n



San Bernardo, 68



M A D R I D

¡ATENCIÓN, LECTOR!

EDITORIAL ROLLAN, deseando recompensar el entusiasmo del público por la Colección F. B. I., abre un original

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

cuyas bases son las siguientes:

1.° A partir del día 20 de febrero actual, EDITORIAL ROLLAN admitirá, para este CONCURSO, las respuestas correspondientes al CUESTIONARIO del dorso, a las que forzosamente ha de acompañar un cupón de los que aparecen en la SEGUNDA EDICION de «¡CULPABLE!», número 1, SEGUNDA EDICION de la «HORA GRIS», número 2 del F. B. I. y SEGUNDA EDICION de «EL REY DEL HAMPA».

2.° Cada semana se sortearán DOS magníficos PREMIOS entre los acertadores del CUESTIONARIO; siendo el PRIMER PREMIO una Colección completa de las acreditadas SELECCIONES LOTO (28 volúmenes, por un valor total de 140 pesetas); y el SEGUNDO PREMIO consistirá en una Colección de AVENTURAS Y HUMOR (10 volúmenes, por un valor total de 110 pesetas).

Madrid, 15 de febrero de 1950.

CUPON

CONCURSO DE
CULTURA POLICIACA

CUESTIONARIO

PARA EL

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

1.ª ¿Qué doble significado tienen las iniciales F. B. I.?

El doble significaaao de las iniciales F. B. I. es

.....
.....
.....

2.ª ¿Qué clase de delitos son de la competencia del F. B. I.?

Son de la competencia del F. B. I. los delitos de

.....
.....

3.ª ¿En qué caso de resonancia mundial ha intervenido el F. B. I.?

El F. B. I. ha intervenido en

.....
.....

4.ª ¿Dónde se halla la Academia para Agentes Especiales del F. B. I.?

La Academia del F. B. I. se halla en

.....
.....

5.ª ¿Quién es el director actual del F. B. I.?

El director actual del F. B. I. se llama

.....

DATOS DEL CONCURSANTE

Nombre

Calle, núm.

Ciudad

PROXIMO NUMERO:

EL COBARDE

Un hombre siente la angustia de la desesperanza, sin más meta que la desilusión de una vida rota por el Destino; su magnífica carrera, la brillantez de su porvenir, se desmorona al contacto de los acontecimientos, y va rodando sin alma de abismo en abismo hasta hundirse en la ciénaga del dolor.

Sus actos no son suyos, es un irresponsable. Es de todo: cobarde, pirata, bandido y hasta criminal, porque su cerebro no siente más que la aguja del dolor.

Esta es la psicología de

EL COBARDE

la máxima creación de ALF MANZ, la historia de un alma que sólo bebió en la copa de la amargura.

* *

UNA VIDA ROTA, esto es la dramática novela

EL COBARDE

SIGUIENTE NUMERO DE LA INIGUALABLE

COLECCION F. B. I.

